



Círculo
de Montevideo

*Crisis de la gobernanza
de la democracia
representativa*

XXI Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo
Universidad de Alicante - España - Octubre 2015

Crisis de la gobernanza de la democracia representativa



CÍRCULO DE MONTEVIDEO

XXI Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo
Universidad de Alicante - España - Octubre 2015

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en cualquier medio,
citando fuentes y con la autorización previa de la Fundación Círculo de Montevideo.

Las opiniones son de exclusiva responsabilidad de quien las suscribe
y no necesariamente de la Fundación Círculo de Montevideo.
Editado y publicado por la Fundación Círculo de Montevideo.

Diseño y armado:
Andrea Desalvo
andrea.desalvo@gmail.com

Impresión:
Artes Gráficas S.A.
Porongos 3035 - Tel.: 2208 4888
Depósito Legal N°: 368.507/2016

índice

1. **Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo.**
Julio María Sanguinetti..... 5
2. **Apertura de las Jornadas por el Sr. Rector de la Universidad de Alicante.**
Manuel Palomar..... 9
3. **Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente Empresarial de la Fundación Círculo de Montevideo.**
El valor de la eficacia democrática en el desarrollo.
Carlos Slim..... 15
4. **Gobernanza económica global.**
Jose Antonio Ocampo..... 21
5. **Estado de bienestar y el Estado multimedia.**
Felipe González..... 25
6. **La necesidad de repensar la democracia y el ejercicio político que la misma implica.**
Belisario Betancur..... 29
7. **¿La democracia asegura el buen gobierno?**
Ricardo Lagos..... 31
8. **Cambios de paradigmas en la competitividad.**
Alejandro Bulgheroni..... 37

9. El nuevo reequilibrio global.	
<i>Rebeca Grynspan</i>	43
10. Funciones irrenunciables del Estado.	
<i>Natalio Botana</i>	49
11. Síntesis de la Jornada.	
<i>Enrique Iglesias</i>	53
12. Gobernanza, el arte de gobernar.	
<i>Julio María Sanguinetti</i>	59
13. De los conflictos internos de la sociedad industrial a las contradicciones de los nuevos imperios.	
<i>Alain Touraine</i>	63
14. Crisis de la gobernanza de la democracia representativa. Síntesis.	
<i>Alberto Ruiz Gallardón</i>	67
15. Cierre y espacio de preguntas, con la prensa acreditada.	
<i>Julio María Sanguinetti - Carlos Slim - Belisario Betancur</i> <i>Felipe González - Ricardo Lagos - Rebeca Grynspan</i> <i>Alejandro Bulgheroni - Natalio Botana - Enrique Manhard</i> <i>Alberto Ruiz Gallardón - Alain Touraine</i>	75
16. Discurso del Presidente Julio María Sanguinetti en el acto de investidura de su Doctorado Honoris Causa	85

1 - Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo.

Julio María Sanguinetti

Señor rector, amigos todos.

Antes que nada, unas palabras de agradecimiento por la oportunidad que nos brinda esta gran universidad, en este magnífico campus, en este formidable anfiteatro donde ayer, además, me han hecho el honor de doctorarme, grado que ostento con mucha alegría, y trataré de estar a la altura de su distinción.

El Círculo de Montevideo –permítanme decir apenas algunas palabras con referencia a él– es básicamente una prolongada conversación, como suele decir nuestro amigo Felipe González. Hace casi veinte años que quienes aquí nos encontramos estamos en este diálogo entre nosotros, y compartido con diversos públicos, sobre las preocupaciones de un tiempo que se nos ha presentado más complejo, más variado, más acuciante de lo que imaginamos en 1989 cuando, caído el Muro, triunfante la democracia liberal y la economía de mercado, parecía que había llegado la paz kantiana y que el mundo se encaminaba simplemente a un progreso indefinido.

Así ocurrió también con nuestra democracia. Hablo de la democracia latinoamericana.

Nosotros vivimos la Guerra Fría –años cincuenta, años sesenta–. El primer golpe de Estado del 60 fue en Brasil, en 1964, y allí comenzó toda una oleada y una historia que recién hoy se está empezando a contar, de una confrontación que fue fría entre las potencias y no lo fue –por cierto– en nuestro escenario latinoamericano: desde un lado se organizaron guerrillas y desde el otro se bendijeron u organizaron golpes de Estado.

El hecho es que hace treinta y siete años que empezó un retorno democrático.

En 1978, República Dominicana y Ecuador fueron los primeros.

Luego siguieron, progresivamente, Argentina en 1983; Brasil y Uruguay en 1985; y Chile y Paraguay en 1989. Pensamos que nuestra democracia viviría también un tiempo de bonanza en ese espacio de esperanza análogo al que había vivido España en los años de la transición hacia la democracia; años de tanta esperanza y de tanta perspectiva.



Lo que ocurre es que esto irrumpe en un momento de profundo cambio en el mundo: es el momento en el cual se nos revela una globalización que se venía manifestando y que el mundo, partido en dos desde el punto de vista ideológico, no advertía; de una acumulación de avances científicos y tecnológicos que estaban produciendo un cambio histórico.

Ese mundo global diluye fronteras y genera la sociedad llamada del conocimiento. Cambia la propia estructura de la propiedad y de la producción. Los *know how*, las patentes van a valer más que las propiedades materiales. La sociedad del conocimiento universaliza. La propia sociedad de consumo, con sus dos vertientes –la patológica del consumismo y la bondadosa de la democratización de los consumos– se extiende sobre una clase media que va creciendo y demandando oportunidades.

Mientras tanto, se superponen hasta los modos de comunicarnos: la televisión primero; la informática luego, y posteriormente los celulares. Todo a una velocidad de vértigo. Lo más característico de este tiempo es no solo el cambio tecnológico, que ha ocurrido en definitiva en todas las etapas de la humanidad, sino la enorme velocidad en la cual transcurre y que nos desafía: a los estudiantes, a los profesionales, que tendrán que seguir aprendiendo toda la vida, pero también a todos los sectores.

Pensemos simplemente que hace tres años se vendieron novecientos mil *smartphones*; el año siguiente mil millones, y este último mil trescientos millones. En los países emergentes fueron novecientos cuarenta mil. ¿Quién los produce? En primer lugar, una empresa coreana; en segundo término, una empresa norteamericana, y luego tres empresas chinas, que van creciendo.

Hace seis o siete años, *Nokia* era el ejemplo en el cual todos veíamos cómo un país agrícola podía estar a la vanguardia de la tecnología. En solo seis años prácticamente desapareció y hoy pasó a ser una empresa totalmente marginal. Eso nos está hablando de la magnitud del desafío y de la velocidad de los progresos tecnológicos y en los medios de comunicación.

En ese mundo está, en el epicentro, nuestra democracia, también impactada por esos medios. Todo está armado sobre la base de una representación parlamentaria que luce, en medio de esta civilización del espectáculo, como algo de otro tiempo, como una especie de ateneo en la que los políticos conversan, discurren, se enfrentan, debaten, cuando lo que la sociedad reclama son resultados rápidos.

Alain Touraine, el gran maestro que nos acompaña, dice: ¿cómo sostenemos la democracia representativa cuando el elegido tiene que gobernar mirando el mercado mundial y los electores lo hacen mirando su propio bienestar?

Allí comienza un divorcio que genera esas *malaises*, esos desencantos tan comunes; y allí comienza una democracia desgraciadamente con grietas y eclipses.

En América Latina hemos pasado por diez años de extraordinaria bonanza económica. Los precios internacionales nos han traído un fenómeno nunca antes conocido, y eso se ha aprovechado de modos diversos.

Lamentablemente, la bonanza suele tener un hijo espurio, no querido, que son los populismos, aquellos que hacen de la distribución el ejercicio económico; el uso del presupuesto al servicio de una causa política; la plaza pública orquestada y organizada como sustitución de la representación parlamentaria; el líder mesiánico por encima de las instituciones queriendo conducir y orientar. Y luego, toda una máquina que pasa incluso por la corrupción, para sostenerse y perpetuarse en el poder.

Lo estamos viendo hoy dramáticamente en Brasil, donde episodios de corrupción inesperados han arrastrado a ese gigantesco país, tan lleno de potencialidades, a una crisis política que le impide, a su vez, manejar una crisis económica. Vemos entonces a ese enorme país sumido en una gran incertidumbre.

¿Hemos avanzado? Sí.

La pobreza ha bajado de 46% a 27% o 28%. Pero seguimos con desafíos muy fuertes, incluso el de la democracia.

Cuando a la gente se le pregunta si cree en la democracia, contesta afirmativamente, pero cuando se la interroga acerca de si está conforme con el ejercicio de esa democracia, aparecen –ahí sí– las respuestas críticas y cuestionadoras, las dificultades de los partidos para adaptarse a los tiempos, y los cuestionamientos de la libertad. Más que nunca, entonces, vale el principio de separación de poderes y –más que nunca también– la libertad de prensa. Porque si hoy ha habido corrupción en Brasil también es verdad que, como nunca, han sido juzgados tanto los gobernantes como los empresarios que cayeron en ella. Y eso fue porque hubo una prensa libre que denunció y una Justicia que encontró magistrados independientes.

Montesquieu sigue vigente; nos sigue demandando y diciendo que el núcleo y corazón del sistema democrático es ese principio de distribución de poderes, de frenos y contrapesos que aseguran la libertad.

Es sobre esos temas que vamos a discurrir en estas jornadas, desde diversos ángulos, desde diversos puntos de vista, no ahorrándonos lo que son los cuestionamientos que todos nos tenemos que hacer, pero también pensando con fe en el futuro.

El caso de España, que ha pasado tantas dificultades pero que tanto ha construido en los últimos cuarenta años –porque los treinta años gloriosos o «los treinta gloriosos», como yo les llamo, le dieron a España más libertad, más prosperidad y estas magníficas universidades–, también nos permite seguir pensando con fe en el futuro.

La esperanza es el sueño del hombre despierto, decía Aristóteles.

Tenemos que seguir manteniendo viva la esperanza.

Están abiertas las sesiones.
Muchas gracias

2 - Apertura de la reunión por el Sr. Rector de la Universidad de Alicante.

Manuel Palomar

Muy buenos días.

Sean bienvenidos a la Universidad de Alicante los miembros del Círculo de Montevideo y, muy especialmente, el doctor Julio María Sanguinetti quien, desde ayer, quedó unido a nuestra universidad como *doctor honoris causa*.

Bienvenidos también los miembros de la sociedad alicantina, instituciones públicas y privadas, empresarios y empresarias, y componentes de la comunidad universitaria que hoy nos acompañan en este acto abierto al público.

Es una satisfacción para la Universidad de Alicante que la XXI edición de la Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo se lleve a cabo aquí, en este paraninfo de la universidad.

El asunto que hoy nos reúne, es la crisis de la gobernanza de la democracia representativa, y déjenme introducir algunas consideraciones al respecto que me serán útiles también para referirme a los nuevos requisitos y discursos sobre las tareas de la universidad y sobre la gobernanza universitaria.

Si coincidimos con la definición mínima de democracia de Popper –democracia significa la posibilidad de derribar gobiernos sin violencia ni derramamiento de sangre– y en que implica, como prerequisites imprescindibles, la separación de los Poderes –Ejecutivo, Legislativo y Judicial–, partidos múltiples y verdaderamente plurales, prensa libre y diversa en sus orientaciones, libertad de opinión, expresión y reunión, sufragio universal sin restricciones y elecciones regulares, estaremos de acuerdo en que desde los años cincuenta del pasado siglo, la expansión de la democracia ha sido impresionante.

Mientras que en esa época –alrededor de 1950– solo el 15% de los gobiernos del mundo era elegido por elecciones libres, en el año 2000 lo era el 62% en los más de doscientos Estados existentes; un impulso democratizador que cobró fuerza sobre todo en los años noventa del pasado siglo, aun con importantes excepciones en Asia –sobre todo en China–, buena parte de África y Oriente Medio. De hecho, como múltiples



encuestas regionales y globales documentan, y como reveló Kofi Annan en la Cumbre del Milenio, o como han puesto preocupadamente de relieve los miembros del Círculo de Montevideo, la expansión de los procedimientos democráticos, la globalización de la democracia y de los derechos humanos parece haber coincidido con el descrédito de la democracia realmente existente, con su deslegitimación o, al menos, con la pérdida de fe del público en que los gobiernos le representen realmente o no estén sujetos a intereses especiales, incluso en los Estados de más antigua tradición democrática.

Asimismo, la paradójica expansión y crisis de la democracia ha coincidido con el último ciclo de la globalización y sus secuelas.

Es decir, la siempre afortunada expansión de la democracia ha coincidido con su debilitamiento, tanto en el Norte como en el Sur globales, con dificultades para el control efectivo de los que están en el poder, en la política y más allá de la política, y con la posibilidad de que la ciudadanía pueda hacer oír su voz e influir efectivamente en el ejercicio del mismo.

Por supuesto, hay muchas razones por las que la democracia se ha debilitado o puede fragilizarse en la posdemocracia, en una era pospolítica de democracia sin política. El caso es que, las élites, el poder, la tecnología, las principales actividades económicas, los medios de comunicación, los conocimientos y las competencias demandadas son globales, y los ciudadanos, el público, locales. Y, como han señalado numerosos autores, estallados los marcos del Estado nación, se hace difícil compatibilizar democracia, soberanía nacional y globalización, el indefectible trilema de la economía mundial según Rodrik: el teorema de la imposibilidad de conciliar no más de dos de estas realidades, pero no las tres simultáneamente y sin limitaciones.

Es decir: podemos aspirar a tener democracia y globalización, pero entonces debemos perder y transferir soberanía. O podemos sumar soberanía nacional y democracia, pero desafiliarnos, si se puede elegir, de una plena integración en el mercado mundial, una alternativa onerosa y que limitaría nuestras posibilidades

de progreso económico y social. Podríamos también decidirnos por la globalización y la soberanía, pero a costa de una democracia disminuida. En todo caso, y pese a la proliferación de múltiples teorías disyuntivas, no parece haber alternativas significativas y con un apoyo social mayoritario a la globalización realmente existente.

Jorge Castañeda, que fue ministro de Relaciones Exteriores de México entre 2000 y 2003, señaló que si existe un *leitmotiv* ideológico de fin de siglo pasado sin duda reside en los imperativos inapelables de la globalización. Todo –la modernidad, el desarrollo, la democracia– se puede gracias a la globalización. Nada –la justicia, la regulación, el disenso, la igualdad, la nostalgia– se puede por culpa de la globalización.

Difícil dilema de desentrañar y resolver, porque de un lado no es perfectamente evidente que las tres grandes recetas de la globalización –austeridad fiscal, privatización y liberalización de los mercados– hayan supuesto ventajas claras y duraderas para el conjunto de los países en desarrollo sometidos a períodos alternos de auge y de caída. Es decir: cuando unas regiones mejoran, otras decaen; o bien: a momentos de crecimiento rápido en una región dada, le siguen estancamientos o recesiones más o menos intensas en períodos siguientes. En un mundo global, en fin, no hay un desacoplamiento posible, mientras que esas mismas recetas contribuyen también a erosionar el bienestar y la inclusión de las clases medias y trabajadoras del Norte global, a través del incremento del comercio internacional, la deslocalización y la inmigración, consecuencia de que la reserva de fuerza de trabajo se ha triplicado con la globalización y la incorporación del Segundo Mundo a la división internacional del trabajo, al tiempo que incrementa las oportunidades de las clases altas y altamente cualificadas, beneficiarias de la mayor movilidad de su capital financiero y humano, y de la dificultad para gravar sus ingresos: defiscalización, cambio de residencia y domicilio fiscal, paraísos fiscales, etcétera.

Todo esto es cierto, me parece, y nos enfrenta a desafíos formidables. Pero déjenme evocar también un par de aspectos complementarios en los que no

abundaré pero que han ocupado tiempo y provocado reflexión —me consta— en el Círculo de Montevideo.

Primero, en 1928, ante un público de universitarios de Cambridge, Keynes pronunció una conferencia sobre las posibilidades económicas de nuestros nietos. Sin entrar en detalles históricos y técnicos que alargarían innecesariamente mi argumentación, Keynes calculó que alrededor de 2030 la producción se habría multiplicado entre cuatro y ocho veces, lo que permitiría que al menos los habitantes de los países avanzados trabajaran no más de quince horas semanales, pudiendo dedicar el resto de su tiempo a preferir lo bueno a lo útil, y a los placeres activos, no a los meramente pasivos y reparadores. Pues bien: en lo tocante al crecimiento del Producto y de los ingresos reales per cápita Keynes no erró. En realidad, ya en el año 2000 los países llamados desarrollados eran en promedio cuatro o cinco veces más ricos que en 1930. Sin embargo, nuestra jornada de trabajo media solo se ha reducido en un quinto desde entonces, sin considerar el incrementado tiempo dedicado al transporte y a las tareas domésticas. Las clases medias y trabajadoras se disciplinan en el trabajo interminable, mientras que un porcentaje significativo de la población se ve confrontado al tiempo vacío del paro total o parcial, del desempleo debido a medios para economizar el trabajo a un ritmo superior al que podemos dar nuevos usos al trabajo. ¿Cómo es posible que si entre 1870 y 1930 las horas de trabajo disminuyeron con rapidez, de las 72 a no más de 50, desde 1930 hasta la actualidad —una era marcada por fabulosas innovaciones técnicas, supuestamente ahorradoras de trabajo, el descenso haya sido tan lento?

En segundo lugar, tengo para mí que el Estado del bienestar es, probablemente, la más alta conquista de la civilización, el pináculo político más significativo del espíritu humano, la más extensa e intensa innovación social, pese a los indudables excesos y errores en que se haya podido incurrir, las disfunciones que haya que corregir y los ajustes que haya que realizar. ¿Por qué? Por una novedad radical que importa resaltar: porque por primera vez en la larga historia de la humanidad los Estados pasaron a considerarse responsables del bienestar de sus poblaciones y garantes de sus derechos y de sus riesgos asociados a la edad, a las

variaciones económicas y a los estados valetudinarios, a la par que asegura que el ascensor social, aun limitado, funcione, y que las inevitables patologías sociales se vean limitadas.

Y de entre todas las políticas sociales que conforman la urdimbre del Estado de bienestar, me parece que —aun a riesgo de incurrir en un soez corporativismo— la inversión en educación y en investigación y desarrollo es tal vez la más relevante para el futuro de los pueblos, aun por encima de otras muy relevantes políticas sociales.

Así lo comprendieron los países que han logrado ascender vigorosamente en la división internacional del trabajo; de los “Nuevos Países Industrializados” a China, y los más desarrollados, que, incluso en el epicentro de esta devastadora crisis y sometidos a políticas de recortes fiscales y de austeridad, incrementaron sin embargo los presupuestos dedicados a educación e investigación y desarrollo, y mantuvieron o ampliaron las facilidades para acceder a los estudios.

Ningún error mayor, pues, para el futuro de nuestro país, que los pronunciados recortes en inversión educativa y en I + D, que lamentablemente hemos conocido en los últimos años. Porque —como no me he cansado de repetir— los países ricos no invierten en educación y en I + D porque son ricos, sino que son ricos porque invirtieron e invierten en educación y en investigación. No consideran a la educación un gasto, un lujo dispendioso, un derroche innecesario, sino una inversión, la mejor inversión de futuro; tanto más en un país como el nuestro en el que uno de sus lastres estructurales para el buen desempeño económico pero también para mantener cotas decentes de civismo y mejores y más sofisticadas maneras en la conversación pública, es el bajo nivel educativo de la población madura. Algún día asumiremos la delicada y grávida verdad que apesó el dictamen del que fuera rector de la Universidad de Harvard entre 1971 y 1991, Derek Curtis Bok: «Si crees que la educación es cara, prueba con la ignorancia». Si así fuera y si se admitiera sin reticencias ni remilgos la sentencia de Curtis, así en la sociedad como en el mercado y la política, no me cabe duda de que pronto acordaríamos las fórmulas para una educación ajustada y de excelencia, en vez de en-



tretenernos en falsos debates, retrógradas polémicas e increíbles y empíricamente infundadas justificaciones de la bondad de variadas formas de segregación, como cenizas arrojadas a los ojos como una suerte de alargada luz de gas.

Porque, en segundo lugar, la educación pública es, sí, también, el mayor y mejor instrumento de igualdad social, la barrera más segura frente a la desigualdad extrema, la vía regia para sostener y ampliar una movilidad social averiada en las últimas décadas.

Déjenme además decirles que yo no creo en que la equidad esté reñida o sea antagonista de la eficiencia, como no creo que haya una radical oposición entre la libertad y la igualdad, esa máxima del por otra parte tan apreciable patrimonio del liberalismo clásico. En los hechos, donde no hay libertad, por definición, no puede haber igualdad, porque quienes tienen la capacidad de privar al resto de su libertad, no son iguales al conjunto, a la mayoría; disponen, de hecho, de un poder desmedido y, por supuesto, no hubo ni hay igualdad real donde se pretendió haberla obtenido por decreto. La igualdad de oportunidades debería servir no solo para formar profesionales competentes y empleables, que aporten valor allí donde trabajen, por importante y decisiva que sea esa tarea, sino para captar las formas diversas de ser persona y para asumir nuestra contingencia y falibilidad, nuestra voluntad de superación pero también la perpetua incertidumbre en que nuestra condición se desenvuelve, como Felipe González tuvo ocasión de subrayar en el encuentro que, precisamente, sobre educación se celebró en Perú.

Y la universidad, ¿qué papel debería cumplir en el nuevo milenio? Dejaré de lado, si me lo permiten, los debates, frecuentemente mezquinos y cortos de mira, que son promovidos desde algunos altavoces sobre la universidad española. Básicamente giran –si me permiten la simplificación– sobre por qué no somos capaces de competir con Princeton o con Cambridge; sobre por qué parecemos adolecer de endogamia, y sobre por qué la empleabilidad de nuestros egresados es inferior a la que debería. Y bien, es fácil responder a estas imputaciones, aunque las respuestas no siempre se abran paso con facilidad, o no sean escuchadas. No estamos en el top 100, sencillamente porque nuestra

financiación por alumno es muchas veces inferior a las de aquellas que sí lo están. A pesar de todo, por cierto, mientras España es por PIB la decimocuarta economía de entre las 204 de Estados existentes, las universidades españolas están reconocidas dentro de los siete o diez mejores sistemas universitarios del mundo.

En el mismo sentido, adolecemos de endogamia porque los salarios del profesor universitario no incitan a la movilidad.

Finalmente no es, a mi juicio, la formación recibida la que dificulta la empleabilidad de nuestros egresados, sino la estrechez del mercado de trabajo cualificado español.

¿Qué universidad, entonces, necesitamos? En mi opinión, no una universidad laboral, no una universidad gremial, que forme a los alumnos especializados en ocupaciones específicas, adaptadas al mercado de trabajo presente y que probablemente no existan cuando concluyan su formación; no una universidad que se oriente a una acomodación a las necesidades actuales y concretas pero finitas del mercado de trabajo, sino una que se enfoque en una formación intelectual que capacite para el desarrollo de oportunidades siempre cambiantes en el mundo moderno, hoy más mudables y abiertas que nunca.

Aunque, ¿de verdad es este imperativo tan absolutamente reciente? ¿Estudiaron los distinguidos miembros del Círculo de Montevideo para ser presidentes de Gobierno, directivos de organismos internacionales, grandes empresarios? ¿Me formé yo en alguna escuela preparatoria para acceder al rectorado, para dirigir una universidad? Por supuesto que no; lo aprendimos en nuestro deambular vital y profesional, siempre por detrás de lo que hubiera sido óptimo, siempre a remolque de las metamorfosis de una realidad inabarcable, pero con la mochila de unas capacidades para aprender a innovar, que aprendimos a cultivar en nuestra trayectoria educativa y, singularmente, en la universidad.

La universidad, en fin, no debe ser sierva del mercado y sus señales en el corto plazo. La universidad debe servir para organizar y amueblar las mentes; para ha-

cerlas capaces de seguir aprendiendo; para aprender a hacer pero también a ser; para encontrar conexiones donde nadie las había previsto; para obtener conocimiento en un entorno en donde la información acumulada se duplica cada poco tiempo y su accesibilidad se incrementa exponencialmente a un precio cada vez más reducido; para fomentar la capacidad de pensar críticamente, de analizar datos numéricos y razonamientos creativos, y para saber exponer con calidad y elegancia en la escritura argumentos y conclusiones.

Asimismo, la universidad debe servir –tal como no lo he dejado de señalar y reclamar en los últimos años– como un lugar de encuentro de todos aquellos agentes –gobiernos, empresas, instituciones– que se muestren dispuestos a inquirir y a reconocer futuros al tiempo posibles y deseables para las sociedades en las cuales su actividad se inserta, en línea con las claves estratégicas y las propuestas de actuación aprobadas en la conocida como Carta Universia Río 2014. Esta carta es un llamado y una ocasión para la internacionalización de las universidades iberoamericanas. Pocos conocen –incluso en la universidad y entre el público informado– que la Universidad de Alicante tiene firmados convenios de movilidad y es socia, además, de más de 700 universidades en más de cien países repartidos por los cinco continentes; y con respecto a Iberoamérica, convenios en todos los países y con más de doscientas universidades e institutos y centros de investigación. Y menos aún son conscientes del potencial de esta extensa y tupida red de relaciones, no solo para la universidad,

como embajadora y carta de presentación de la provincia, sino para sus ciudades y potencialmente para sus instituciones y empresas.

Tampoco somos demasiado conscientes ni –desde luego– hemos sabido sacar el debido provecho del hecho de que el español sea, según el Instituto Cervantes, la segunda lengua nativa más hablada del mundo, tras el chino mandarín, y el segundo idioma de comunicación internacional. Los iberoamericanos nos haríamos, en consecuencia, un flaco favor si no consideráramos los estrechos vínculos que nos unen –más allá de un pasado que nos divide y nos unifica–, si no tuviéramos en cuenta su potencial y el mutuo beneficio que podríamos obtener de una colaboración más estrecha entre los miembros de una comunidad que, en buena parte, habla la misma lengua y agrupa a casi quinientos millones de personas, más la imponente aportación brasileño portuguesa con más de doscientos millones de personas.

Muchas gracias, y les deseo a todos y a todas muy buenas y provechosas jornadas en nombre de la Universidad de Alicante.

Buenos días.

3 - Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente Empresarial de la Fundación Círculo de Montevideo. El valor de la eficacia democrática en el desarrollo.

Carlos Slim

Ante todo, agradezco mucho la hospitalidad de la Universidad de Alicante y de su rector.

Como ya lo han escuchado, me asignaron la labor de hablar sobre el valor de la eficacia democrática en el desarrollo, tema algo complicado para mí pero sobre el que voy a tratar de hacer algunos comentarios.

Si hablamos de la eficacia democrática como observadores de lo que pasa en general en los países o por lo que percibimos acerca de lo que ocurre no solo en nuestros países sino en general, podemos decir –como señalaba antes el señor rector– que la democracia tiene varios aspectos.

Una de ellos es el electoral, y en ese sentido creo que ha sido claro el avance que ha habido: cada vez son más –miles de millones– las personas incluidas en él. Se daba la cifra del 62% en el 2000. Seguramente la cifra seguirá subiendo en el futuro conforme los países dejen las actividades rurales, agrícolas y de autoconsumo y se incorporen a la modernidad. Entonces, en la cuestión electoral, lo que todos quisiéramos o reclamamos es transparencia, competencia, que se sigan las reglas y que haya leyes electorales adecuadas. Hay discusiones acerca de si la competencia debe ser exclusivamente entre los partidos o puede haber candidatos independientes. Personalmente, creo que hay que dejar abierta la competencia entre partidos y candidatos independientes. En el caso de nuestro país hay un gobernador de un Estado muy importante que ganó siendo candidato independiente. También el gobierno de una de las ciudades más importantes de la república lo ganó otro candidato independiente, y creo que en todos lados en el mundo hemos ido avanzando mucho en este aspecto electoral, y espero que sigamos haciéndolo. Habrá que ser más estrictos en algunas cosas, como en las prácticas electorales, etcétera, pero en general ha habido un gran avance que todos aplaudimos.

Por otro lado, en lo que se refiere a la división de los Poderes, sí da la impresión de que hay muchas cosas que hacer.

Por ejemplo, los legislativos de repente parecen fábricas de leyes. Parecería que hay exceso de leyes, algunas incluso incompatibles entre ellas, lo que permite



a los buenos abogados pelear y ganar muchos juicios cuando se dan estas situaciones. Creo que sería muy importante, entonces, que en los legislativos se depuraran las leyes, que no se pensara que todos los problemas se resuelven con una ley o con un decreto. Los problemas se resuelven cuando se los analiza a fondo y se los ataca, y no solo a base de reglas, de regulación.

Parecería que, a lo mejor, dentro del legislativo debería haber alguna comisión que eliminara leyes obsoletas, leyes incompatibles con otras. A veces son incompatibles con la modernidad, con la civilización, o con los reclamos mismos de la sociedad civil. Y también podría ser que fuera necesario, además de esa comisión, que hubiera otra que escuchara los reclamos de la sociedad civil y fuera incorporando iniciativas cuyo origen no solo estuviera en el Poder Ejecutivo o en el Poder Legislativo.

Como decía ayer el doctor Sanguinetti, que recibió de esta Universidad el título de *doctor honoris causa*, y que dio un gran discurso que recomiendo ver y escuchar, las leyes se hacen para que haya más y mejor justicia, y que hay que buscar que tengan esa dirección. Hemos visto que muchas veces las cárceles están llenas de inocentes; también de personas –alrededor de un 20%– que han cometido delitos menores. A muchos se les juzga, aunque hayan cometido un delito menor y sin violencia y sean delincuentes primarios, una vez que están dentro de las cárceles, cuando debería ser al revés, es decir, que primero se les hiciera un juicio y después se les estableciera la penalidad.

Desde el punto de vista legal, desde el punto de vista jurídico en general, hay mucho que hacer, pero también desde el punto de vista de la justicia es fundamental poner la mirada en esas cárceles repletas de personas, muchos de ellas por delitos menores, o por error, siendo inocentes, permaneciendo en esos centros carcelarios que son verdaderas universidades de la delincuencia y del crimen. En lugar de resolverse un problema, en esos casos se hace más agudo, además de que muchos de los que están allí lo están por pobres y no por delincuentes; algunos porque no tienen cómo defenderse; otros, a lo mejor, por ignorancia, y otros porque una vez que han sido juzgados se les reclama una fianza –que muchas veces está en el entorno de los

€ 500 u € 800– y no tienen para pagarla. Entonces, quedan ahí toda la vida.

Considero muy importante cambiar ese tipo de cosas en nuestros países.

Por otra parte, en el aspecto jurídico, me parece que es necesario dar una gran importancia a la conciliación y al arbitraje; es decir, que no lleguen a los tribunales numerosos pleitos o desencuentros entre personas o intereses comerciales. Eso podría ayudar en gran medida no solo a hacer una justicia mucho más expedita, sino también a que no se saturaran los tribunales y los juzgados con asuntos que pueden resolverse de una manera mucho más sencilla. También, respecto de algunos delitos muy menores, probablemente lo ideal sería que las penas se pagaran con servicio social y no con cárcel.

Pienso que en lo que refiere a los Poderes Legislativo y Judicial hay una variedad muy amplia de cosas para hacer con el objetivo de que sean mucho más eficientes y justos, y que ello permita que no se descompongan hogares debido a que el padre de familia, por ejemplo, recogió leña en el bosque y eso está prohibido por la ley forestal, o a que se peleó con un amigo y lo detuvieron, o a que cometió delitos menores que no justifican su encarcelamiento. Insisto en que se habla de que un 20% está en esa situación; no sé cuál será la realidad. Las cárceles de Estados Unidos, por ejemplo, están repletas de consumidores, cuando los verdaderos *dealers* están afuera. Vemos, entonces, cómo algunas cosas están al revés de cómo deberían estar. Creo que es necesario, es imperioso que se compongan cuanto antes estos asuntos de tipo judicial en todos los países.

También me parece que para hacer todavía mejor el funcionamiento de los Poderes, deberían estar bien pagados. A mí me sorprende cuando de repente alguien llega a ser gobernador o a ocupar un cargo público importante y dice que se va a bajar un 25% o un 50% el sueldo a todos los directivos. Por el contrario, yo creo que debe haber salarios razonables que permitan al legislador, al funcionario, dedicarse a su trabajo con tranquilidad, sin tener que estar preocupado por problemas de recursos. En España, por ejemplo,

los ingresos de los ejecutivos son muy reducidos. No entiendo qué razón existe para que eso ocurra; se me hace un verdadero error. Países como Singapur pagan salarios competitivos, muy buenos, a los funcionarios públicos. Creo que esa es otra de las cosas que se necesitan para poder tener un funcionamiento efectivo de la democracia. No hablo de exageraciones, sino de ingresos razonablemente buenos que no distraigan a los funcionarios de su actividad fundamental.

Esto me lleva a dejar planteado –a modo de provocación, diría– que hay mucho que hacer para mejorar la marcha del Poder Legislativo y del Poder Judicial, porque entre la maraña de más leyes, más impunidad hay, y que todo ese tipo de cosas deben atenderse probablemente dentro de los mismos Poderes. Hay cada vez más rechazo, más hartazgo de la sociedad civil.

También creo que en este gran cambio civilizatorio que se está dando, que ya se dio pero que todavía tiene un largo kilometraje por recorrer, a pesar de que va muy acelerado, es importante que esos cambios se hagan cuanto antes y se puedan ir resolviendo antes de que el mismo cambio provoque crisis muy intensas como las que estamos viviendo. El cambio anterior, de sociedad agrícola a sociedad industrial, fue muy doloroso, pero pareciera que este puede serlo aún más; todavía tenemos vestigios de la sociedad agrícola y de la sociedad industrial en nuestros países, y con estos cambios tecnológicos de la sociedad del conocimiento y de servicios se agudiza todo. Recordemos lo que pasó en el cambio de la sociedad agrícola a la industrial, que fue traumático en muchos países y hubo grandes revoluciones y guerras civiles, como la guerra de Estados Unidos, la revolución rusa, la mexicana y muchas otras; guerras mundiales y un cambio muy doloroso, con experimentos políticos y sociales como fueron los nacionalismos, los fascismos, el comunismo, etcétera; es decir, experimentos sociales que eran propios, muchos de ellos, de sociedades agrícolas. En la sociedad moderna, en la industrial moderna, en la posmoderna y en la tecnológica es fundamental la libertad, la diversidad, la pluralidad. Ya lo señaló el rector de la universidad, que dijo que sin libertad no hay igualdad.

Creo que es fundamental la libertad, que es la que genera la innovación; es inherente a esta nueva civilización, es un paradigma de esta nueva civilización y no podemos prescindir de ella.

Todo esto es un poco para hacer ver que la definición de democracia eficiente deja mucho que desear mundialmente y hay mucho para hacer ahí.

Por otro lado, en la parte ejecutiva, creo que están muy claros los paradigmas de la nueva civilización; están claros los rezagos que tienen nuestros países –en cada uno son diferentes– y están claros los desafíos de la nueva civilización.

Tenemos que tener claros todos estos paradigmas, no solamente el Poder Ejecutivo y los funcionarios públicos, sino la sociedad misma, para saber hacia dónde vamos, a dónde queremos llegar, cuál es nuestra visión de largo plazo. De esta manera podemos tener un rumbo definido y, en el corto plazo, tomar las acciones necesarias para ir alcanzando aquellas metas intermedias de esos grandes objetivos.

La parte positiva de esta nueva civilización es que sus paradigmas son ciento ochenta grados opuestos a los de la sociedad agrícola. En ella, había esclavitud, mientras que ahora hay derechos humanos; había ignorancia, mientras que ahora la educación es básica; no había cuidado del medio ambiente y la insalubridad era enorme. Ahora todo es completamente diferente. Y lo interesante es que, conforme la sociedad agrícola se sustentaba en la explotación del hombre a través de la esclavitud, inmovilidad social, servidumbre, guerras, reconquistas, saqueos, etcétera, la civilización moderna se sustenta en que haya formación de capital humano, gente capacitada, y en el bienestar de todos los demás. Es lo que hace que la economía, en esta nueva civilización, crezca: que haya gente educada. Ya no es cuestión de esfuerzo físico –la fuerza la hacen las máquinas–; ahora se necesitan personas que sepan manejar esos equipos. Felipe dice que antes, como en *Tiempos Modernos*, el hombre era parte de la máquina; recuerdan la visión de Taylor, o en la película de Charles Chaplin, que



el hombre está atornillando la máquina, está formando parte de la maquinaria de la línea de producción. Ahora, dice Felipe, es un pastor de máquinas, es un pastor de computadoras. A través del monitor está *checkeando* que los equipos estén funcionando bien, etcétera.

Recién comentaba que los paradigmas son completamente opuestos. Desgraciadamente no son conocidos por todos, incluyendo a los gobiernos. Creo que sería muy importante que estos estuvieran conscientes de ellos. Refiriéndome solamente a algunos, serían democracia, libertad, diversidad, pluralidad, capital humano, niveles de educación y salud, globalización. Esta es simplemente un paradigma; no es la creadora de esto, sino la consecuencia. Así como en el pasado, en el Mediterráneo, fue consecuencia de la navegación globalizar ese mar, principalmente por los fenicios hace tres mil años, ahora, como parte de esta nueva globalización en que pasamos de la velocidad del caballo y de la vela a la del sonido y de la luz, el mundo se ha integrado de una manera mucho más acelerada; la famosa aldea global: somos más locales y más globales todos.

La globalización, entonces, se vuelve importante; pero también con ella es muy importante la innovación. La tecnología es fundamental: es la que ha provocado el progreso de la humanidad empezando ya desde después de la glaciación; es decir, desde hace diez mil años, la tecnología ha sido fundamental para todos los avances. Ahora ha habido algunos tan importantes, que han transformado, han revolucionado la sociedad, como lo hicieron el motor y la electricidad; ahora la electrónica ha provocado innovación, productividad, competencia. Y en general, el resultado último es el bienestar de la sociedad, que es lo que hace su sustento.

El señor rector también hacía referencia a las quince horas de trabajo a la semana. En realidad, ya no se trabajan cuarenta horas, pero no ha disminuido tanto. Se trabaja alrededor de treinta; por lo menos en Francia es así. En Estados Unidos dicen que son cuarenta, pero si se tiene en cuenta el *coffee break*, el *lunch*, etcétera, se llega a las treinta y algo.

Con relación a este tema, podemos decir que uno de los problemas nuevos es el desempleo, principalmente de los jóvenes. Al respecto, habrá que hacer ajustes. Por ejemplo, en lugar de que todos trabajemos quince o treinta horas a la semana, si trabajamos treinta y dos o treinta y tres horas en tres días, podremos abrir campo a otro grupo de personas para que trabaje los otros tres días. Además, esos cuatro días en que no trabajemos nos darían calidad de vida, posibilidad de capacitarnos, de tener dos trabajos –esto para los que quieren trabajar mucho–. De esta manera se crearían muchas actividades como consecuencia de esos cuatro días disponibles. La idea es trabajar más horas, menos días –tres– y más años. Retirarse a los 62, como ocurre ahora en España, hace insostenible la política de jubilaciones y retiros que está vigente. Reitero: habría que trabajar menos días, probablemente 33 horas, y hasta los 75 años. Aquí en la mesa creo que nos pasamos de esa edad, lo cual nos ayuda a pensar que todavía estamos vigentes. Porque ya no es una sociedad de trabajo físico; es una sociedad de conocimiento, de experiencia, y creo que esta se vuelve todavía más fuerte después de los 60 años en los que hoy la gente se retira. Sin duda hay que prolongar esa etapa.

Además de los problemas del empleo y la salud, que son muy graves, una cuestión fundamental –de la que derivan muchas otras– es la política de bienestar que se instaló después de la Segunda Guerra Mundial. Hablemos de Europa. Después de la guerra creció mucho el Producto Interno Bruto y creció muchas veces la recaudación fiscal. Hay países, como Francia, que está en el 55% del Producto; pero tiene además un 8% de déficit y una deuda enorme. Y aun pagando tasas de interés negativas, prácticamente, tiene una situación de quiebra financiera porque no dispone de los recursos para hacer frente a los compromisos que ha contraído: de salud universal, de jubilaciones, de retiros tempranos, a los 60 años; cambió algunos Holandeses cuando llegó a la presidencia.

Esa situación es muy dramática, porque cuanto más recaudaban dentro de esa insaciabilidad fiscal, más compromisos contraían: retiros tempranos, salud

universal, etcétera. Recuerden que España, por ejemplo, le daba salud al turista; había un turismo que sólo venía para que el Estado le pagara el tratamiento o la operación o la prótesis, etcétera.

Entonces, se ha llegado a excesos que son insostenibles y hay que corregir porque ya no hay más espacio fiscal. Por otro lado, es distinto usar la política fiscal como un instrumento de desarrollo, de crecimiento, de inversión, que simplemente como un instrumento de recaudación para sostener gastos corrientes.

Este ha sido uno de los problemas que está atravesando Europa de manera especial y que tendrá que resolver. Ahí es donde digo que debe haber más sociedad civil y menos gobierno. Pero también, en la inversión pública, en las empresas del Estado –y esto va a sonar chocante–, tiene que haber administradores profesionales a quienes no se puede cambiar cada cuatro, cinco años u ocho años. Y las empresas tienen que tener fines rentables e invertir para mantenerse vigentes. El presidente Sanguinetti hablaba de cómo algunas empresas de tecnología han sufrido crisis; señaló el caso de *Nokia*. Pero las grandes empresas de tecnología, como fueron por ejemplo los laboratorios de *AT&T* –que luego se llamó *Lucent* y *Alcatel*– han tenido que juntarse, y aun juntas no han podido competir con *Huawei* y algunas otras empresas nuevas. No se invierte y no se investiga lo suficiente, y todo el tiempo están surgiendo empresas nuevas.

Ese es un problema grave para el Estado: tener empresas para las que tiene que hacer grandes inversiones. Pero cuando el gobierno o el Estado no es socio o dueño de una empresa, sino que se trata de una empresa privada, recibe un porcentaje de lo que vende, un gran porcentaje de lo que gana, un porcentaje de lo que perciben sus empleados, un porcentaje de la importación de maquinaria o de la exportación, etcétera, etcétera, sin riesgos. Creo que hay que tomar en cuenta ese factor, como uno factible de mayor eficacia, crecimiento y desarrollo de los países.

En México, donde se abrió el sector energético después de setenta y tantos años, estamos viendo ahora mismo que han entrado a los concursos, y estos los ganan, en el campo a explotar, aquellos que ofrecen mayor participación al Estado. Uno de los que ganó recientemente ofreció 82% de la utilidad –que, por cierto, tiene controles para que no sea excesiva, y no incluye el costo financiero en los costos totales– más el 7% del ingreso. No cabe duda de que el Estado se va a ahorrar la inversión –la va a manejar el privado; el riesgo es del privado– y va recibir gran parte del ingreso. Quiere decir que hay modelos de participación que pueden ser muy atractivos.

Como no tengo mucho más tiempo, no quiero dejar de mencionar ahora algo que es fundamental: la educación. Hay que usar tecnología; si no, no funciona.

Hay que cambiar toda la educación; también la salud, con la genómica y la nanotecnología, va a hacer grandes avances. Asimismo, las grandes ciudades ya son obsoletas, porque fueron diseñadas para sociedades industriales. Mencionó el rector que la gente vive a una hora, u hora y media, muchas veces, de sus lugares de trabajo; entonces, no solamente pierde ese tiempo de ida y vuelta, sino también el costo del transporte, lo cual deteriora mucho su ingreso, sobre todo en nuestros países.

Por tanto, hay que rehacer barrios integrados en donde la gente viva, trabaje, estudie, se cure, se divierta; donde sus hijos hagan deporte, etcétera.

Esto es parte de los retos y rezagos que conocemos y que –creo– se deben atacar con una visión y con un rumbo.

Muchas gracias.

4 - Gobernanza económica global.

José Antonio Ocampo

Muchísimas gracias.

Quiero celebrar la oportunidad de estar nuevamente en el Círculo de Montevideo. Muchas gracias, presidente Sanguinetti. Agradezco también la posibilidad de estar en la Universidad de Alicante. Como profesor universitario que soy, celebro mucho todas las apreciaciones que ha hecho el señor rector sobre educación e investigación como ejes del desarrollo.

Me han pedido que hable sobre la gobernabilidad económica mundial, lo cual nos traslada a otra esfera. Y quiero comenzar señalando cuáles son los retos que se empiezan a vislumbrar en la coyuntura actual, en la coyuntura que se ha iniciado hace alrededor de un año.

El primero es el debilitamiento sustancial de las economías emergentes, que de alguna manera coincide –afortunadamente– con la recuperación de las economías desarrolladas: mucho más fuerte Estados Unidos, más débil el área de la Unión Europea, con algunas excepciones como el Reino Unido, y España, que es, de hecho, una de las economías que más crece. Pero hablemos del debilitamiento sustancial de las economías emergentes, cuyo resultado neto es una desaceleración económica mundial.

El efecto es bastante sustancial. El informe del Fondo Monetario Internacional, entregado la semana pasada en su reunión anual en Lima, habla de un crecimiento de las economías emergentes, este año, del 4%. Eso es casi la mitad del crecimiento en el año 2010, que fue el 7,5%. Es una desaceleración continua, que ya lleva un período largo de tiempo¹.

Detrás de ese proceso hay, por una parte, problemas individuales y, por otra, problemas del sistema económico internacional.

Entre los problemas individuales, el más importante de todos es la incertidumbre sobre el crecimiento económico de China, que fue sin duda alguna la fuen-

¹ Se refiere al informe de 2015



te principal de recuperación económica después de la crisis del 2008-2009 en el Atlántico Norte, y fue muy importante también para las economías en desarrollo como fuente de importación de sus productos. Por otra parte, es el país que ha venido determinando los precios de productos básicos de los cuales depende todavía una gran parte del mundo en desarrollo.

El segundo es el conjunto de economías dependientes de recursos básicos, que ha tenido un debilitamiento sustancial en el grueso del mundo. En América Latina eso se refleja especialmente en la desaceleración de Sudamérica, con crisis particulares que uno podría decir que van más allá de los problemas específicos de ser dependiente de recursos naturales, como es el problema de la economía venezolana, que está en un verdadero colapso, o el problema de la economía brasileña, que uno podría interpretar que tiene mucho que ver con su crisis política y, a mi juicio, con un sobreajuste económico que está en curso. Dicho sea de paso, es muy parecido al sobreajuste económico español; la recuperación española muestra, a mi juicio, que hubiera podido hacerse un ajuste mucho más suave y que fue un error haber obligado a España a tener

una recesión tan profunda como la que tuvo. En fin, creo que algo parecido, pero con el agregado de una crisis política, es lo que está ocurriendo en Brasil. Pero aun aislando esos dos casos, podríamos decir que toda Sudamérica está en un proceso de desaceleración. Chile, Perú y Colombia, que son tres economías relativamente sólidas, también están en un muy fuerte proceso de desaceleración. No ocurre lo mismo en México y en Centroamérica, que tienen otros factores: México, como exportador de manufacturas, y Centroamérica, porque además se beneficia de la caída de los precios del petróleo; entonces, tiene un efecto absolutamente opuesto en términos del impacto de los precios de los productos básicos.

Detrás de eso, como elemento sustancial, yo quisiera señalar lo que está aconteciendo con el comercio internacional. Este tema ha sido como una especie de obsesión en mis análisis desde hace ya varios años, y lo que voy a señalar lo corroboran ahora ya varios trabajos de distintos organismos; entre diciembre y enero hubo al respecto publicaciones del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y de la Or-

ganización Mundial del Comercio. Concretamente, la apreciación que hago es que con la crisis del Atlántico Norte de 2008-2009, hubo un cambio estructural en el crecimiento del comercio internacional. Este crecía aproximadamente un 7% por año. En términos reales, ese fue el ritmo que mantuvo entre 1986 y 2007; sin embargo, desde la crisis, ha venido creciendo apenas a un 3% por año. Esta es una nueva realidad. No vamos a vivir en una economía mundial en alto crecimiento, pero, en particular, no vamos a vivir en una economía internacional con un comercio mundial muy dinámico. Yo creo que esto tiene implicaciones profundas en la forma como se diseñan las economías. Por ejemplo, para América Latina, hace muy atractivos sus mercados internos, mucho más de lo que eran hace veinte años cuando el comercio internacional estaba en un gran auge, pero nuestros mercados internos tienen un pequeño problema: nos protegemos mutuamente demasiado todavía. No hemos aprendido a integrarnos. Los precios de integración están de hecho de alguna manera en América Latina en una profunda crisis.

Los otros temas tienen que ver con el panorama financiero. Y ahí yo anotaré dos cuestiones antes de entrar en los aspectos específicos de la gobernanza económica mundial. El primero es la gran turbulencia que todavía se vive en los mercados financieros para las economías emergentes. La turbulencia fue profunda en agosto y setiembre. En agosto, por el colapso de la Bolsa de Valores china, que se transmitió a todo el mundo, generó unas devaluaciones muy acentuadas en varios países latinoamericanos, que además tienen otros efectos, porque el endeudamiento empresarial, corporativo, que tuvo lugar durante el auge financiero precedente, implicó que muchas empresas en América Latina y en el mundo emergente estén altamente endeudadas en dólares. Por lo tanto, la devaluación tiene un impacto negativo en sus balances, y todavía estamos por ver sus plenos efectos. Y en setiembre, en América Latina se vivió la baja de calificación crediticia de Brasil –según las calificaciones de *Standard & Poor's*– y la gran incertidumbre que ha rondado las decisiones posibles del Banco Central de los Estados Unidos, la llamada Reserva Federal, que mantiene al mundo pendiente de qué va a hacer en materia de restricción. En setiembre decidió posponer el alza de tasas de interés, pero lo más probable es que esa alza se produzca durante este año.

En su conjunto, las economías emergentes tienen esa situación de incertidumbre que ya se refleja en seis trimestres consecutivos de salida de capitales, en contraste con la gran entrada de capitales que tuvo lugar entre 2010 y 2012, que fueron años de gran abundancia de financiamiento; tal vez —podríamos decir— de excesiva abundancia de financiamiento.

El otro tema financiero que sale cada vez más al debate es el que tiene que ver con los contrastes entre la regulación financiera de los Estados Unidos y la regulación financiera europea. Respecto de esta cuestión, por una parte, los bancos europeos han comenzado cada vez más a plantear que las regulaciones de la Junta de Estabilidad Financiera obligan a un ajuste excesivo de sus grandes bancos; y, por otra, sale a relucir el hecho de que todavía las barreras nacionales importan en la conformación empresarial europea y, por lo tanto, no hay consolidación suficiente de los bancos europeos entre naciones. Los bancos ingleses siguen siendo ingleses; los bancos españoles siguen siendo españoles, y los bancos franceses o alemanes siguen siendo nacionales. Entonces, para competir con los crecientes monstruos, digamos, norteamericanos, que vienen ganando participación en el mercado, como el *J. P. Morgan Chase* o el *Citi*, los bancos europeos tienen que consolidarse más, y esto está resultando ser un proceso difícil. Además, los grandes bancos europeos reclaman que las regulaciones están impidiendo su proceso de crecimiento; las propiamente europeas están siendo una fuente de restricción.

Dicho esto, permítanme referirme a cinco temas que considero muy importantes en lo que es estrictamente la gobernabilidad mundial.

El primero es el papel de la ONU. Y al respecto resalto que este año van a celebrarse tres de las grandes cumbres de esa organización. Ya tuvo lugar en setiembre la más importante: más de ciento sesenta Jefes de Estado demuestran que la ONU es la entidad que convoca a Jefes de Estado a nivel mundial, y aprueban los llamados Objetivos de Desarrollo Sostenible. Esta es una agenda compleja para los próximos quince años —mucho más que la que se había aprobado en el año 2000— e implica un reto enorme en términos de cuáles van a ser los mecanismos de rendición de cuentas y de

cumplimiento. Se trata de diecisiete objetivos contra ocho del año 2000, y 169 sub objetivos, ya que son objetivos adicionales a las metas.

La segunda fue la Cumbre de Financiamiento para el Desarrollo, que tuvo lugar en Addis Abeba en el mes de julio. Diría que fue una cumbre sin muchos resultados notables.

La tercera cumbre será la de París, sobre cambio climático, que debería definir ya los objetivos más concretos en esa materia, que están siendo planteados por los países, pero dado que ese es uno de los grandes retos de la humanidad, vamos a ver cómo resulta y, sobre todo, qué mecanismos de cumplimiento de los compromisos de los países se van a adoptar.

La ONU sigue siendo sin embargo marginada de los temas económicos internacionales, lo cual me lleva al segundo tema, que es el que tiene relación con el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, donde el problema fundamental es el cambio en las estructuras de gobernabilidad, que todavía están sujetas esencialmente a los debates políticos en Estados Unidos, que todavía no ha aprobado, por ejemplo, la reforma de la capitalización del Fondo Monetario Internacional que se acordó hace cinco años y, por lo tanto, tiene a la comunidad internacional casi como de rehén de su falta de acuerdos políticos; la está obstaculizando. Y ahora nuevamente el presidente del Banco Mundial ha dicho lo que me parece que era obvio desde hace algún tiempo, y es que esa institución también necesita capitalizarse para poder seguir brindando servicios en los próximos años, lo cual significa nuevamente aporte de capital. Entonces, Estados Unidos está en cierto sentido manteniendo como rehén a las dos instituciones multilaterales más importantes en materia económica.

Hay otra dimensión en la cual es fundamental el ajuste de la gobernabilidad en estas instituciones, pero en ella ha habido gradualmente acuerdos. Me refiero, básicamente, a la reducción de la participación de Europa y al aumento de la participación de Asia. Digamos que es lo que corresponde a las tendencias de la economía mundial. Creo que eso se ha venido dando y, de hecho, los acuerdos de hace cinco años y los acuer-



dos a que se llegará este año van en esa dirección y en un proceso de ajuste gradual.

Por lo tanto, el problema de los Estados Unidos es, de hecho, mucho más importante que los otros.

El tercero está, de alguna manera, ligado al anterior y tiene que ver con la decisión de las grandes economías emergentes de crear alternativas, que se reflejan en la creación del Banco Asiático de Infraestructura, liderado por China con apoyo europeo y oposición de los Estados Unidos, que se ha ido matizando con el tiempo, y lógicamente el nuevo Banco de Desarrollo, que es el del grupo de los BRIC, que son dos alternativas que apenas inician su carrera. Para mí son alternativas positivas. No veo ninguna incompatibilidad. De hecho, considero positivo que haya más instituciones en este campo, y la competencia entre ellas es tremendamente positiva para las economías en desarrollo.

La cuarta tendencia en la gobernabilidad que quiero señalar es la que tiene que ver con la tendencia a concentrar las decisiones económicas más importantes en uno de dos tipos de organismos: en el Grupo de los 20 o en la OCDE; es decir, los dos organismos que los principales países desarrollados consideran que controlan, lo que, por lo tanto, genera un problema de representatividad en la gobernabilidad económica mundial, que no es pequeño. Y eso se refleja en distintas esferas, como en la del financiamiento o las reformas financieras, donde ha habido relativo éxito bajo la Junta de Estabilidad Financiera que creó el Grupo de los 20 en el año 2009. Ahí ha habido avances importantes; diría que los principales avances en materia de gobernabilidad económica mundial se han dado allí. Por el contrario, un gran fracaso en materia macroeconómica—el principal problema macroeconómico mundial—son los desajustes de pagos, que se han acrecentado notablemente con Estados Unidos otra vez acumulando déficit y con una revaluación sustancial de su moneda, convirtiéndose ahora Europa en la principal fuente de superávits mundiales; en contra de toda lógica, digamos,

en el caso de Alemania, por ejemplo, que debería estar comenzando a reducir su superávit, como lo ha hecho China. Por lo tanto, se puede decir que en esa materia se ha fracasado.

En el caso de la otra dimensión de cooperación, que es la cooperación tributaria internacional, también lanzada por el Grupo de los 20, quisiera señalar que se le asignó a la OCDE, y esta presentó, de hecho, una interesantísima propuesta la semana pasada en Lima, en las reuniones del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. Creo que es un avance sustancial, pero tiene el problema fundamental de gobernabilidad de que finalmente la OCDE no es un organismo representativo, y si se quiere una cooperación tributaria internacional más profunda tendrá que tener lugar en otro escenario.

Por último, quiero señalar otra tendencia que se va a acrecentar si se aprueba finalmente la Alianza Transpacífica, acordada hace apenas semanas, que tiene que ver con el tema del arbitraje internacional para inversiones. Cada vez más, estamos construyendo un sistema judicial *ad hoc* a nivel internacional, sin controles propios, en el cual puede darse fácilmente la situación de que se tomen decisiones incluso en contra de las Cortes Supremas de los países involucrados. Ese es un tema de una gran importancia. El arbitraje internacional requiere una justicia internacional. Y en eso no se han querido dar los pasos en la dirección correcta. La OMC representa, de alguna manera, en materia económica, un buen ejemplo de cómo se puede construir un sistema de decisiones de conflictos entre Estados, pero hasta ahora no hemos construido un sistema para las controversias entre empresas y Estados, y hemos estado acudiendo al arbitraje que, a mi juicio, es un debilitamiento de las democracias representativas, especialmente de los sistemas de división de poderes, sin un control sobre este Poder Judicial *ad hoc* que estamos creando, con grandes poderes, a nivel internacional.

Muchas gracias.

5 - Estado de bienestar y el Estado multimedia.

Felipe González

Después de las intervenciones del señor rector, de Julio María, de Carlos y de Ocampo, podemos ver que venimos reflexionando sobre la crisis de gobernanza de la democracia representativa desde distintos aspectos.

Mientras escuchaba la reciente intervención de Ocampo, cuando hablaba de gobernanza económica, podíamos visualizar cuáles son algunos de esos aspectos.

Verán: el ámbito de realización clásico de la soberanía y de la democracia –siglo XIX, siglo XX–, donde ha existido, ha sido el Estado-nación. Y en ese ámbito de realización se han producido algunos impactos que se derivan de la revolución tecnológica y de la globalización. No obstante, cuando se oye alguna reflexión relativamente pesimista sobre la crisis de la democracia, yo suelo añadir un dato que parece pesimista pero que es optimista: la democracia no garantiza el buen gobierno; lo que garantiza es que podemos quitar al gobierno que no nos gusta, lo que no es poca cosa.

Entonces, a largo plazo, como nadie quiere que lo echen, trata de mejorar las prestaciones y, por tanto, institucionalmente no se ha inventado nada mejor por más defectuosa que sea la democracia.

Ocurre que la democracia, tal como la conocemos, está sufriendo algunas tensiones; incluso está perdiendo algunos de los elementos de valor instrumental –no estoy ideologizando la democracia– que deberíamos defender. Y en la medida en que pasa el tiempo, personalmente cada vez más tengo la sensación de que hay que comprometerse con una democracia que nos costó mucho adquirir a todos los presentes aquí, representando un área como la iberoamericana, y que ha sido un experimento relativamente reciente.

Pero además, para seguir provocando esta reflexión, diré que hay algunos elementos que podríamos llamar clásicos del buen gobierno, del buen funcionamiento de la democracia. Tenemos que corregir las desviaciones o defectos que se están produciendo.



¿Qué se espera de un gobierno? –sería la intervención de Slim—. Se espera que sea previsible, eficiente y transparente. Eso es lo que se espera desde el punto de vista clásico. Es una manera de decir que lo que se pretende es que dé seguridad jurídica, a corto, mediano y largo plazo, y previsibilidad para que el resto de los agentes sociales, económicos, puedan tomar decisiones informadas, seguras y tranquilas.

Los gobiernos que no son previsibles provocan desinversión –cuando tienen inversiones–, porque la gente no confía, o inversiones que tienden a ser depredadoras, a recuperar cuanto antes lo que se ha invertido. Porque como no existe la previsibilidad, pueden cambiar las reglas de juego, y eso genera desconfianza, mucha más en el mediano y largo plazo.

¿Cómo avanzar en la previsibilidad, la eficiencia y la transparencia? Ayer me sorprendieron algunas innovaciones en los nuevos gobiernos. Hay incluso un Departamento de Transparencia, lo que me parece muy bien. Al respecto, sugiero una idea, por si la quieren tener en cuenta respecto de cómo mejorar la transparencia al mismo tiempo que luchar con más eficacia contra prácticas corruptas.

Imagínense que los gobiernos, desde los locales a los autonómicos, o los nacionales, introducen un software de ingresos y gastos en el momento en que aprueban el presupuesto, que permita *online*, si se quiere, en abierto, informar día a día cómo funcionan los ingresos previstos en el presupuesto y cómo evolucionan y se van ejecutando los gastos.

Hasta ahora parece que eso no tiene nada que ver con la transparencia, pero en el ejercicio de gobierno, el instrumento fundamental es el presupuesto. Es lo que define la acción del gobierno. Si queremos que el presupuesto sea transparente, hay que conocer cómo evoluciona, y se puede hacer tecnológicamente y prácticamente sin ningún costo. Ya lo hacen muchas grandes empresas, aunque no tienen la obligación de transmitirlo hacia afuera.

Verán: les estaba diciendo que había que recuperar algunos elementos clásicos de gobernanza y contemplar los nuevos problemas de gobernanza que se

plantean a las democracias representativas. Les estaba hablando, de lo importante, lo trascendente que sería para la transparencia que se aplicara un software de ingresos y gastos que permitiera seguir día a día la ejecución del gasto. Créanme que los problemas que se plantean a veces de corrupción y corruptelas están en la ejecución del gasto. Porque se retrasa una obra, porque no se hace una contratación a su tiempo, porque hay un sobrecoste, etcétera. Eso se puede hoy transparentar con absoluta eficiencia.

El segundo elemento de los clásicos y que habría que recuperar es que uno no puede caer en la tentación de judicializar la política si no quiere de vuelta tener una politización de la justicia. Y es un fenómeno que trasciende las fronteras de cada uno de nuestros países. Procurar una justicia independiente significa defender la independencia de los jueces, que son los que detentan esa facultad o ese poder independiente; pero, a la vez, considerar que el Poder Judicial es también un Poder del Estado. Digo «también», porque está el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo. Y ahora tenemos distintas situaciones.

La peor de todas es la invasión del Poder Ejecutivo, en el caso venezolano, que ha arrasado completamente al Poder Judicial, lo ha sometido a su dictado y no hay ni siquiera jueces de carrera; todos son eventuales, contratados, y dependen de la gracia del Poder Ejecutivo. Y la Asamblea no funciona; lo hace por delegación. Ese es un modelo de referencia. Pareciera que aquello sería la democracia, mientras que lo que practicamos o defendemos aquí sería una traición a ella.

Son problemas clásicos de gobernanza, pero hay problemas nuevos, que no hemos sabido todavía encajar. Algunos los estaba refiriendo Ocampo, en materia de gobernanza económica. La transnacionalidad, la supranacionalidad, en multitud de decisiones que afectan a nuestra vida cotidiana, hacen que muchos ciudadanos vean que el proceso de toma de decisiones y la elección de la democracia representativa dentro del ámbito del Estado nación está desbordada supranacionalmente por decisiones que no controlamos, y que en muchas ocasiones no sabemos de quién dependen. Hay un proceso de financiarización de la economía global.

Se nos olvida que en 2008 lo que reventó no fue el sistema económico global sino más bien el sistema financiero global. Fue una implosión del sistema financiero, que contaminó a toda la economía. Bueno, ese elemento de supranacionalidad, que significa la globalización y que está para quedarse, está alterando uno de los elementos más claros de la democracia representativa, que es su realización en el ámbito del Estado nación. Y reitero: está para quedarse. Por tanto, existiría la posibilidad de ir organizando algunos elementos de gobernanza supranacional, pero llevará mucho tiempo; todavía estamos en un modelo donde eso está muy distante.

Mientras estábamos conversando, me decía Sanguinetti, oyendo la reflexión de Ocampo, que la justicia que se aplica a este inmenso lío de la federación internacional de fútbol es muy rara, porque no hay órganos previstos para dirimir las responsabilidades. Es un elemento curioso: hay un intento de aclarar, de hacer justicia, pero no hay nada que esté previsto y organizado donde depurar las responsabilidades.

Después hay un elemento interesantísimo que inquieta en el funcionamiento de la democracia representativa. Les diré que yo no creo que haya en el horizonte previsible ninguna sustitución para la democracia representativa como forma de gobierno, que no digo que sea la mejor del mundo, sino solo —como diría Churchill— la menos mala del mundo. Y aunque no haya fórmulas de sustitución, el fenómeno de la revolución tecnológica que ahora se ve tan claramente manifestado en las redes sociales hace que la democracia se vuelva «inmediática», que se horizontalice; que la representación parlamentaria, que ha sido, es y debería seguir siendo un proceso de maduración de aspiraciones generales con la tranquilidad que puede dar el debate, se vea desbordada día a día por las redes sociales. ¿Cuál sería la respuesta a esta gran interrogante? La democracia representativa, ¿puede ser también participativa, teniendo en cuenta esos grandes instrumentos que son las redes sociales? Y ¿cómo se organiza esa participación para que la democracia representativa siga procesando las decisiones como las debe procesar?

Ya a mediados de los noventa —hace casi veinte años que salí del gobierno—, en los Consejos Europeos se producía un debate curioso. El Consejo Europeo, que se sentía como alejado de la representación democrática, pretendía que los debates del Consejo, de los Jefes de Estado y de Gobierno, fuera un debate abierto; abierto a las cámaras de televisión para que los ciudadanos pudieran seguir las discusiones. Todo el mundo diría que eso es mucho mejor, mucho más transparente; sin embargo, les diré que era en realidad lo que pasaba. Mientras que las cámaras de televisión seguían el debate, cada Jefe de Estado o de Gobierno europeo hablaba para la televisión y su público, y solo cuando se iban las cámaras, intentábamos deliberar para acordar, para llegar a acuerdos. En abierto era imposible poder hacerlo.

Por cierto, coincidí mucho con la visión de Ocampo acerca de las políticas europeas que se han aplicado, tanto coyunturalmente como estructuralmente, no solo a España. Estructuralmente tenían un defecto: una unión monetaria no puede funcionar sin una unión económica y fiscal. Ese fue el tratado que firmamos hace veinte años. Sólo se aplicó la unión monetaria, y en las políticas coyunturales no se ha aplicado ninguna política anticíclica. Todas han sido procíclicas, lo cual ha profundizado muchísimo el sufrimiento.

Por tanto, tenemos esa irrupción de las redes sociales, y una gran interrogante: en esta sociedad, mucho más inmediata, cómo canalizar eso, cómo responder a lo que ha sido el elemento definitorio, que no es exactamente el Estado del bienestar sino una sociedad del bienestar derivada fundamentalmente de la concepción de una economía social de mercado.

La esencia del problema no era solo la construcción del Estado del bienestar, sino la idea de una economía social de mercado. El desafío para el siglo XXI, con ese proceso de financiarización de la economía, para cada uno de nosotros, es responder a la pregunta de cómo nos insertamos dentro de esa situación global. El que no quiera insertarse —y hay muchos que no quieren— va a quedar aislado y no va a tener ninguna posibilidad más que de repartir miseria, y eso nunca se



hace con justicia. Lo que menos justamente se reparte es la miseria, porque siempre hay una nomenclatura que se libra. Por tanto, la miseria, cuando se destruye la capacidad de generación de riqueza, es para todo. Tendríamos que buscar qué modelo de inserción, en esta realidad global, económica, social, política, etcétera, completamente interdependiente, nos permite crear una economía competitiva dentro de la economía global, que genere el excedente que necesitamos para mantener la dosis de cohesión social que decidamos que queremos mantener y que sea sostenible.

Es evidente que hay que revisar muchas cosas, pero yo les digo que, en España, con USD 5.000 de PIB per cápita se hizo un sistema nacional universal de salud hace ya muchos años, y también se llevó la educación obligatoria hasta los 16 años; de esto hace ya muchos años, como treinta. Es verdad que lo hicimos con un poco de retraso respecto de Francia, porque el liceo francés, obligatorio, gratuito y laico es una aportación de 1812, mientras que en España es posterior a 1980, es decir, unos ciento setenta años de retraso; pero se hizo. Y no teníamos un Producto Bruto como el que tenemos ahora, descontado lo que ha bajado por la crisis, y aun así –y no voy a hacer ni un gramo de demagogia– tenemos problemas de sostenibilidad del modelo, que tenemos que analizar. Y lo tenemos que analizar incluso estudiando nuestra propia demografía.

Ahora, cuando me preguntan si puede o no sobrevivir el Estado del Bienestar, digo que no es un condicionamiento; tiene que haber una economía eficiente y competitiva y una voluntad de redistribución directa o indirecta del ingreso que permita mantener la cohesión social. Mi convicción, a estas alturas de mi vida, es

que los sistemas sanitarios públicos bien gestionados son más eficientes tanto desde el punto de vista del menor coste como desde el punto de vista de la prestación del servicio.

Creo asimismo que una buena educación pública de base, además de concertar lo que haga falta, también es eficiente para igualar oportunidades.

Solo un pequeño añadido –porque estamos en un recinto universitario– para el tema de lo que señalaba el señor rector –que me parece muy importante– acerca de que la universidad no es solamente la transmisión de cantidad y calidad de conocimientos. Como en todo el proceso formativo, además de transmitir cantidad y calidad de conocimiento, hay que entrenar a los receptores del conocimiento para transformar su conocimiento en oferta que añada valor a los demás. Por tanto, hay educación como transmisión de conocimiento, y entrenamiento para generar un espíritu de iniciativa, de emprendimiento y creatividad, que transforme el conocimiento en oferta que añada valor a uno mismo y a los demás.

Y quizás el problema más serio que tenemos en nuestros sistemas educativos, además de que muchos de ellos enseñan utopías regresivas, es que cuando lo-gramos transmitir una buena cantidad y una buena calidad de conocimiento, no entrenamos a los receptores para que sepan utilizar esa cantidad y esa calidad de conocimiento y transformarlo en proyectos que añadan valor.

Muchas gracias.

6 - La necesidad de repensar la democracia y el ejercicio político que la misma implica.

Belisario Betancur

Quiero también expresar una palabra de admiración, porque me impresiona profundamente desde hace muchos años –pero cada vez se acrecienta esa impresión en mí– el arquetipo que es Julio María Sanguinetti, paradigma ya no del Uruguay ni del Círculo de Montevideo, sino de América Latina.

Lo llamamos para todo lo que nos ocurre, más de doloroso que de jubiloso. Es una especie de curandero ambulante; en la Guajira colombiana y venezolana existe una institución invisible que es la del palabrero, que es alguien que va conversando por doquier. Lo llaman simplemente para que converse, porque con su conversación, versación y elocuencia resuelve los temas; algo parecido a un personaje de García Márquez –en la escuela de teatro que tenía en La Habana, de donde salió un cuento bellissimo que se llama «Me alquilo para soñar»– que resolvía situaciones soñando. Entonces, lo buscaban los que estaban emproblemados para que les resolviera, soñando, el respectivo problema. Y Sanguinetti nos ayuda también a soñar. Sanguinetti está por doquier, siempre acompañado de la dulzura y sabiduría de Marta Canessa, su esposa.

Entonces, ¡loor y gloria a Julio María Sanguinetti!

Por otra parte, quiero decir que con el espectáculo de protesta de los estudiantes, que hemos visto, me sentía un poco más yo mismo, porque salí expulsado de un Seminario; salí expulsado en griego y en latín, porque los profesores sacerdotes eran aristotélicos y escolásticos, y yo era socrático y platónico, y no nos pusimos de acuerdo. Me hicieron, entonces, un juicio de residencia, como en la Edad Media, con todos los profesores y los obispos, me cantaron la tabla y «hasta luego, amiguito». Y fui a parar a una universidad pontificia, en Medellín, Colombia, en donde hacía de todo por estudiar. También de esa universidad, que reitero es pontificia, me expulsaban, pero yo no me iba. En vano me expulsaban, porque llegábamos al «Renacimiento» y, entonces, el padre rector decía: «En el Renacimiento, el *studiorum duces* era Tomás de Aquino». Y yo decía: «No; era Pico della Mirandola, el de “La Dignidad Humana”, su gran discurso, o Giordano Bruno, quemado en Campo dei Fiori, en Roma». Entonces, estaba yo siempre con los heterodoxos. ¡Y no sé



cuántas veces me expulsaron de mi Partido! Creo que todavía estoy expulsado. No me he rehabilitado².

Por lo tanto, las protestas de los estudiantes no las entendía yo como protestas sino como opiniones; opiniones que pueden ser un tanto heterodoxas. Pero es que la política es eso, y la democracia es eso: circulación de corrientes de opinión en contradicción unas con otras. Desde la *Politeia* de Aristóteles, se define la política como ese correr de aguas, que a veces circulan y otras se devuelven, como en un romance de García Lorca, el de la monja gitana: « ¡Qué ríos puestos de pie vislumbra su fantasía!» Y luego, ¿qué son los partidos políticos? Pues son grupos de personas activistas que se congregan en torno a unas tesis, con el objeto de conquistar el poder para poner en circulación esas tesis en beneficio de la comunidad. Ahora, no siempre se obra de esa manera. Y ahí viene entonces la debilidad de la democracia, cuando esos propósitos se desfiguran y la democracia tambalea. Y los partidos tambalean también. Y viene la revisión de los partidos, que se convierten, entonces, en grupúsculos. Mucho más cómodo es para la democracia en aquellos países donde hay dos partidos, por ejemplo, los Estados Unidos. Pero la realidad es de multipartidos.

Lord Gladstone, conservador inglés, en algún momento se cansó de ser conservador y se pasa de conservador a laborista. Entonces, sus seguidores y discípulos le decían: «Pero Lord Gladstone, ¿qué hacemos ahora nosotros en las próximas elecciones?». Y lord Gladstone pronunciaba esta definición que ustedes conocen y que yo les repito con voz temblorosa y de amargura llena como en un tango: «Vota de acuerdo con tu partido como un caballero y no de acuerdo con tu conciencia como cualquier aventurero».

Háganme el favor, ¿en qué quedamos? Quedamos en el lloriqueo por los partidos políticos; pero no quedamos en el lloriqueo, sino en el desafío que constituye la situación contemporánea de disgregación de los partidos políticos. Y ante esa realidad, en gran parte producida por la velocidad de las comunicaciones, que ya no son como en la Edad Media, con un olifante o, como

en mi tierra lo hacen los indios guanes, con un tambor o con un grito, sino que son al instante. Entonces, quedemos en que la reconstrucción de esos partidos es el apremio fundamental para la reconstrucción de la democracia, y que cautelar la democracia es la prevención frente a los riesgos que la amenazan.

Por ejemplo, un instrumento eficaz en el Reino Unido son las grandes Comisiones para los grandes temas. Cuando se trata de grandes temas, de grandes apremios, llaman a gente ajena a los partidos políticos y forman con ella Comisiones reales. En mi país –ni que pretendiéramos ser monarquía, que nunca lo fuimos; ni siquiera fuimos colonia sino virreinato– hicimos muchas Comisiones de gran calado: Comisiones para reformar lo antes reformado y lo antes reformado. Yo mismo, en mi Gobierno, formé varias Comisiones – una de ellas, de Empleo, con profesores de la Universidad de Harvard– y me dieron un resultado espléndido. Pero tampoco se puede caer en la «comisionitis», sino que hay que aterrizar, y el aterrizaje –repito– es a través de esos partidos a los cuales se debe dotar, al mismo tiempo, de transparencia total. El remedio contra la corrupción es la transparencia; es que se pueda mirar al trasluz de la existencia de los partidos y de los partícipes en esos partidos, hacia el otro lado, y ver lo que allí aparezca. Y si aparece la corrupción, llevarla a la Justicia. De manera que la Justicia también tiene que ser transparente; tiene que ser la cautela, en definitiva, de la transparencia de los partidos.

Entonces, para mí, los remedios para repensar la democracia son, sin la menor duda, la lucha contra la corrupción y el fortalecimiento de los partidos políticos. En su momento, Alexis de Tocqueville dijo: «La democracia no se devuelve; cada vez avanza más. Lo que hay que pensar es si esa democracia nos va a traer más libertad o nos va a traer nuevos riesgos, nuevas amenazas».

Hago más las palabras del premio Nobel Nash: «El gran remedio: la ecuación del amor».

Muchas gracias.

2 El Presidente Betancur hace referencia a la irrupción de un grupo de jóvenes, una veintena, de mayoría no vinculados a la Universidad de Alicante, que cuestionaban al Presidente Felipe González, por su apoyo a la oposición democrática de Venezuela.

7 - ¿La democracia asegura el buen gobierno?

Ricardo Lagos

Muchas gracias.

Creo que ha sido una mañana extraordinariamente interesante para abordar el tema global de si la gobernanza de la democracia representativa está en crisis o no.

Se me ha pedido un tema muy concreto y específico en el sentido de plantearnos si la democracia asegura un buen gobierno.

Comenzaría con una afirmación general. La democracia es una condición necesaria para el buen gobierno, pero no es una condición suficiente.

No es una condición suficiente porque el primer paso en la democracia es saber escuchar al ciudadano, y en ese primer paso la democracia tiene que ser capaz de abordar lo que es hoy la trilogía clásica de cualquier sociedad, de cualquier país, que es cuál es la relación que existe entre esa sociedad y el instrumento que se llama Estado y el instrumento que se llama mercado. Aun en las sociedades donde el Estado lo es todo, hay un espacio para el mercado. Y aun en las sociedades que se rigen por el mercado más extremo, hay un espacio para el Estado. En consecuencia, la democracia es el instrumento por el cual vamos a poder definir qué ámbitos queremos para el Estado y qué ámbitos queremos para el mercado.

Podemos tener, entonces, dos paradigmas extremos. Uno de ellos es el del neoliberalismo extremo, que dirá que en una sociedad bien organizada hay que escuchar la voz del consumidor. En el mercado, consumidores somos todos; la única diferencia es que, como consumidores, mandamos de acuerdo al tamaño de nuestros bolsillos. En cambio, tratándose del Estado, quien define lo que le quiere pedir al Estado es el ciudadano, en una democracia; y en tanto ciudadanos, ciudadanos somos todos, y todos valemos igual.

Entonces, cuando se plantea qué tipo de sociedad queremos, significa que el Estado es definido en su rol por el ciudadano y, por lo tanto, habrá algunos que digan que el rol rector de una sociedad lo definen los ciudadanos porque allí son todos iguales, y otros que dirán que el rol rector para asignar bien los recursos



corresponde a los consumidores para tener un mercado que funcione bien. Y es esta dicotomía entre más mercado o más Estado, para definir la sociedad, lo que establece qué tipo de sociedad estamos estructurando en esta cadena de derechos a izquierdas –llamémosla así–, para usar la terminología tradicional.

Entonces, ¿cuál es el primer requisito para el buen gobierno? Tener claridad sobre qué es lo que está demandando el ciudadano, que debe primar sobre el consumidor. Es aquí, entonces, donde muchos dirán –siguiendo a Bobbio– que en toda democracia debemos ser, por lo menos, iguales en algo.

¿Qué es ese algo?, El que define el ciudadano. En todos nuestros países iberoamericanos hubo un instante en que, establecida la democracia, definimos qué tipo de educación queríamos y por cuánto tiempo. Al comienzo, en mi país al menos, decidimos que debían ser cuatro años de educación obligatoria. Parecía suficiente. Después entendimos que debían ser seis, y luego consideramos que debían ser ocho. Posteriormente, claro, dijimos que tenían que ser doce. Esa necesidad de incrementar el número de años educacionales tenía que ver con el concepto dinámico de qué es un bien público, que es aquel que debe estar al alcance de todos los ciudadanos. Y ese bien público por cierto va cambiando a medida que la sociedad va cambiando; a medida que se hace más potente, más pujante, con mayor capacidad de crecer, de desarrollarse.

En consecuencia, el ciudadano empieza a demandar más de ese –como dice Bobbio– “mínimo civilizatorio” en donde todos debemos ser iguales en algo. Por lo tanto, es ese ciudadano el que, a medida que el país crece, demanda más, exige más del Estado, lo cual no quiere decir que para que el Estado provea lo que el ciudadano exige no pueda recurrir al instrumento del mercado. Hubo muchos que pensaban que si le corresponde al Estado garantizar, el Estado debe proveer. Lo que hemos aprendido es que a veces es más eficiente que el que provea sea el mercado y no el Estado, en tanto se garantizan los medios para alcanzar ese mínimo que requiere el ciudadano.

Pongamos un ejemplo muy simple: el derecho al agua potable, derecho básico por un principio de sanidad elemental. En la ciudad es muy fácil: nos conectamos al caño; en el mundo rural es más difícil. Pero el ciudadano tiene derecho a demandar que en el mundo rural también existe el derecho al agua potable. Alguno dirá: ¡Es mucho más caro! Busquemos entonces los medios para garantizarlo, pero ¿por qué voy a discriminar, en este país que va creciendo, al que vive en el mundo rural en su derecho al agua potable? Por lo tanto, se puede establecer una política para eso, como hemos hecho en muchos de nuestros países: definir que el agua potable es un derecho del ciudadano, independientemente de lo que diga el mercado, porque si se lo deja solo al mercado, este lo va a satisfacer bien en la ciudad pero no en el mundo rural, porque es muy caro y el campesino no tiene mil, dos mil o tres mil dólares o cuatro mil euros para tener agua potable en su casa.

Esta es la diferencia de cómo abordar la trilogía. Entonces, yo diría que el primer elemento de un buen gobierno es el de garantizar y entregar el mínimo civilizatorio. Y ahí entonces, normalmente, si ese mínimo civilizatorio va creciendo, alguien puede decir que al final lo que desea es llegar a lo que decía Felipe González y que planteó muy bien el rector: al Estado de Bienestar.

El tema es entonces qué Estado de Bienestar, con los recursos que existen en nuestra sociedad hoy día, estamos en condiciones de exigir, sin que satisfacer ese mínimo de Estado de bienestar signifique disminuir los niveles básicos de inversión para que esa sociedad siga creciendo.

En un momento dado, diez o quince años atrás, yo habría dicho que el dilema de Europa era cómo garantizar el Estado de bienestar que tienen –a lo mejor disminuyendo algunos de sus beneficios para seguir siendo competitivos aquí, en este continente– y que el dilema en América Latina era exactamente a la inversa: cómo garantizar un mínimo Estado de bienestar para que esas sociedades tuvieran un nivel de inclusión que les permitiera seguir desarrollándose en armonía y en paz.

Es fácil decirlo, pero difícil caminar por esa senda que se desvía para uno y otro lado, y entonces uno choca contra el cerro o se cae al precipicio.

Dicho esto, entendamos también que en todos nuestros países –puntos más, puntos menos– el Estado responde por alrededor de un 25% de la inversión total del país, y el sector privado, sea nacional o extranjero, responde por un 70% o 75%. Y es dentro de estos parámetros que nos vamos a mover.

El tema, entonces –y quisiera avanzar sobre una cuestión adicional–, es que no solamente la democracia es condición necesaria; no solamente se requiere un buen gobierno capaz de entregar y garantizar ese mínimo civilizatorio, esos bienes y servicios públicos al alcance de todos, definidos por el ciudadano, sino que el instrumento para hacer eso son las políticas públicas. Lo que le exijo a un buen gobierno es que sea capaz de entregar lo que la ciudadanía entiende que es el mínimo que está obligado a garantizar. Todas las Constituciones establecen derechos. El tema es cuántos de esos derechos están garantizados; cuántos de esos derechos –como diría un jurista– son justiciables, y porque no me fueron garantizados puedo ir a un tribunal y exigirlos. Lo otro es simplemente una declaración sobre aquello a lo cual se aspira.

Entonces, si hablamos de políticas públicas, yo diría que ese buen gobierno tiene que tener, por lo menos para comenzar, siete principios, el primero de los cuales es cumplir los requisitos básicos a los cuales han hecho referencia de una u otra forma quienes me han antecedido.

Sanguinetti nos dice que el requisito mínimo es el respeto al Estado de Derecho, para respetar el derecho de todos los ciudadanos a expresarse. Derecho básico: el respeto a los derechos humanos, a la libertad de expresión, a los derechos políticos. Todos somos iguales en derechos.

El segundo es cómo somos capaces, dentro de los requisitos básicos, de mantener los equilibrios económicos esenciales para que exista lo que decía Felipe: una macroeconomía que sea previsible. Slim hablaba

asimismo de una macroeconomía que sea compatible con las necesidades de inversión, y no tener sobresaltos. Eso lo doy por descontado.

Y el tercero, a la luz de los hechos recientes, de la crisis enorme que hemos tenido, es cómo nos aseguramos de que dentro de los requisitos básicos del buen gobierno exista un panorama internacional que por lo menos sea neutro, que no nos obligue a ir costa arriba. Mucho mejor si es favorable – ¡claro!, como lo ha sido en la década dorada, la de los últimos diez años en América Latina. Y asimismo, cómo somos capaces de un panorama internacional que tenga también una gobernanza acorde, de la cual todavía hoy estamos muy lejos y a la cual se refirió con tanta precisión Ocampo.

Punto uno, entonces: cumplamos estos requisitos básicos para el buen gobierno.

Punto dos: el buen gobierno obliga a precisar lo que será, en los próximos veinte o treinta años, el país que queremos construir. Tiene que haber, en un buen gobierno, una mirada larga, porque es en torno a esa mirada larga que se puede convocar a la sociedad a tener un entendimiento común; y esa mirada larga, en el entendimiento común, cómo queremos dibujarla. Entendamos que la dibuja el ciudadano cada cuatro, cinco o seis años, con papel y lápiz, a través de aquellos a quienes elige. Y los elige para poder conducir esa mirada larga a buen puerto.

Y lo hace –y aquí viene el requisito número tres– con un programa que se ejecuta e implementa –vía políticas públicas– en ese período de gobierno. Recordemos que el requisito dos fue decidir el tipo de sociedad para dentro de veinte o treinta años.

Quien está aquí a mi derecha, don Felipe González, en 1982 tenía en su cabeza una idea de país a dónde quería conducir a la sociedad. Era una mirada para veinte o treinta años, y gobernó catorce.

Eso me lleva al requisito número cuatro: que eso se hace con transparencia y franqueza. El gobernar esos cuatro, cinco o seis años requiere de transparencia y franqueza. Es cierto que en esas políticas públicas



siempre se va a tener que abordar los dos niveles para que sean exitosas. El primero es cómo el gobernante socializa las políticas que quiere llevar adelante en educación, en salud, en empleo, en seguridad pública, en tercera edad; las políticas concretas, las que la ciudadanía le está exigiendo. Además, cómo las garantiza y las socializa con los partidos políticos y con el Congreso. Usted será gobierno; usted tiene el liderazgo de la coalición. Pero ¿qué pasa si no es capaz de socializar? Y ¿en qué momento socializa? ¿En qué momento prepara el terreno, de manera que no le digan que está imponiendo por dictado sino que pudo tener un diálogo con los partidos, con el Congreso? ¿Y en qué momento decide que esas políticas se comunican a la opinión pública? Porque toda política pública tiene que ser comprendida por la sociedad. Si he de mencionar un elemento de una gestión exitosa de un líder, diré que su obligación número uno —que no está en ninguna Constitución— es la de comunicar. Es la voz más privilegiada de una sociedad.

Me tocó gobernar mis seis años con un Congreso en contra; con un Senado, una Cámara alta en contra, a partir de los senadores designados de la Constitución heredada de Pinochet. Por lo tanto, tenía muy claro que ante ese veto del Congreso en contra, estaba obligado muchas veces a ir a la opinión pública y enfrentar a ese Congreso. Recuerdo que un día en que se inauguraba una extensión de metro en Santiago, había un opositor que aplaudía estentóreamente al presidente. Tanto aplaudió, que me molesté y le dije: «Señor: usted no tiene derecho a aplaudir. Usted me ha votado en contra todos los requisitos y mejoras tributarias necesarias para hacer este metro. Le prohíbo aplaudir». Tenía que demostrar de alguna manera que aquel que tenía en frente era un opositor, y que al menos tuviera la sanción desde mi punto de vista. Pero, ¿ahí estaba yo como Jefe de Estado? No, no; ahí estaba como el Jefe de Gobierno que se remanga y va a la calle a pedir el apoyo de los ciudadanos.

A veces hay que saber distinguir cuándo termina el cabildeo con los partidos políticos y el Congreso, y cuándo hay que salir a la calle.

En determinado momento, hicimos una reforma en salud, y el líder del Colegio Médico se puso en contra de esa reforma y dijo que era puro cuento. El líder del Colegio Médico de mi país era de mí mismo partido, del Partido Socialista. Me amenazó con una huelga. Yo me indigné, me fui a la televisión y dije: «Sí, va a haber una huelga. Exijo que la huelga, mañana, sea completa: mañana y tarde. Porque en la mañana, cuando asisten al hospital público se van de huelga, pero en la tarde, cuando atienden a los pacientes privados, trabajan. No, señor. Exijo a los médicos que se vayan de huelga mañana y tarde». Y quedaron desnudos. Porque es fácil irse de huelga en un hospital público; es más difícil cuando se trata del hospital privado y hay descuentos del sueldo.

¿Cómo mide el buen gobierno y no exagera la demanda del ciudadano, porque deviene entonces, de repente, en un populista? Es un tema de mediciones. Fácil es decirlo, más difícil hacerlo. Pero ese sería el cuarto punto.

El quinto punto es el más difícil de todos. Porque si usted quiere definir su programa dentro de una mirada larga, y dice que se va a conformar en estos cuatro o cinco años con hacer esto y después lo otro, pasa algo que dijo Felipe en 1996 cuando dejó el gobierno. Dijo: «Perdimos la elección porque no nos dimos cuenta de que en catorce años habíamos sido tan exitosos que cambiamos a España. Y porque cambiamos a España teníamos que cambiar muchas de las políticas públicas que estábamos llevando a cabo». Y yo diría que en general el político tiende a ser un poquito conservador. Si con ciertas políticas o instrumentos le va yendo bien, pues los sigue aplicando, pero llega un momento en que porque lo hizo bien ya no le va a servir para la próxima etapa.

En los dos primeros gobiernos en los cuales serví como ministro, en la Concertación de Partidos por la Democracia, después de recuperada la democracia —fueron los gobiernos de Aylwin y Frei—, se redujo la pobreza de 40% a 22%, pero en los últimos cuatro años de esos diez, no podíamos bajarla de 22%. Entonces, claro, concluimos que había que cambiar los ins-

trumentos; si no, nos íbamos a quedar en eso, porque hay una pobreza dura, que por más que uno defina que con tal o cual medida la persona tiene derecho a demandar porque es pobre, en esa pobreza dura ese 20% no tenía ni idea de que había instrumentos políticos en su beneficio; eran pobres y, al contrario, tenían vergüenza de reconocerse como pobres y no demandaban sus derechos. Entonces hubo que hacer un cambio de política, en donde había que enseñarles cuáles eran sus derechos; por estar en esa condición tan extrema de pobreza no los conocían.

Fue todo un debate: «Si usted sabe dónde están los pobres, ¿por qué no les manda un cheque y termina con su pobreza?» Pero me parecía que eso tenía que ver con la dignidad del ser humano, y que hacer eso era algo indigno: era un paso al clientelismo electoral. Era mucho mejor enseñarles que por ser pobres tenían derechos; que por ser pobres tenían derecho a impletrar una beca de nombre ampuloso pero de un monto modesto para que sus hijos siguieran estudiando; pero porque estaban en extrema pobreza, los muchachos, en los pueblos al lado del mar, acompañaban a sus padres a pescar, y las mujeres, en pueblos rurales, acompañaban a sus madres a cosechar los frutos de los árboles. Por lo tanto, no bastaba con decirles que se les daba una beca para que siguieran estudiando; había que enseñarles a decir que tenían derecho a eso.

Entonces, el quinto elemento del buen gobierno es cómo aprendemos a modificar las políticas o los instrumentos que han sido exitosos porque producto del éxito cambió la agenda.

Último elemento: cómo somos capaces —porque esto suena tan «ingenieril», por así decirlo, tan tecnocrático, y la política es enfrentar los cambios, que se suceden y que son imprevistos— de mantener el rumbo ante las vicisitudes imprevistas que se nos van a presentar. Se requiere de un equipo encargado de ayudarlo a usted y de decirle cotidianamente: «No se olvide del rumbo, del punto final al que quiero llegar». Sé que va a tener muchos puntos inmediatos para resolver cada día, pero lo importante es la mirada larga a la cual usted invitó y que es la que permite movilizar a una ciudadanía tras un programa. Y esa mirada larga de a ratos se pierde.

En Chile, el Presidente de la República, en mi tiempo, duraba seis años. Y cada año hay que dar un mensaje al país, un mensaje a la Unión, rendir cuentas al Congreso. El primer año, los asesores prepararon un borrador de lo que era mi primer mensaje presidencial. Lo vi y me pareció muy razonable, pero dije: «No, no; yo no quiero esto. Quiero que me escriban el borrador del último mensaje presidencial; yo quiero tener claro a dónde quiero llegar después de seis años, y explicar que eso a dónde quiero llegar está inserto en una visión de país para los próximos veinte o treinta. Y a eso quiero convocar. Y sobre esa base diré lo que hice en mi primer año».

Respecto de esa cuestión, creo que, por momentos, el diario vivir nos aparta del buen gobierno; nos aparta del punto a donde se quiere llegar, que es en último término lo que explica por qué se está en el ámbito público. Todos los que estamos en esta mesa, aquí, de una u otra forma estamos en el ámbito público, y estar en el ámbito público es la menos humilde de las profesiones, porque cuando uno golpea a la puerta de la casa de una familia para invitarla a que lo vote en la próxima elección, en el fondo le está diciendo: «Vengo a invitarlos porque creo saber lo que hay que hacer para este país». No les está diciendo que cree saber mejor que ellos; les está diciendo que lo apoyen porque usted lo va a hacer. Es poco humilde, pero es lo que justifica en último término el que esté pidiendo un mandato ciudadano. Usted tiene que creerse lo que está planteando. Yo sé que hay que seguir creando y creyendo en la razón y en las ideas, indudablemente, pero también tiene que haber pasión por mantener los valores y principios, que es lo que justifica en último término la pretensión de conducir un país. Y es cierto que está la corrupción, ese cáncer que nos corroe, como aquí se ha dicho muy bien y como finalizó señalando el presidente Belisario Betancur. Pero tan importante como aquello es el hilo conductor de valores y principios.

Y si hay algo que está en esta mesa, son esos valores y principios por los cuales a cada uno de nosotros y a muchos de nosotros de nuestra generación nos tocó luchar para que estos jóvenes que irrumpieron hoy tuvieran el derecho a hacerlo y a interrumpir —como lo han hecho— sin ningún temor, porque saben que su vida no está en peligro.



Es que es distinto. ¡Es distinto!

Y quiero concluir con una anécdota. Me tocó, al final del gobierno, hacer un conjunto de modificaciones constitucionales que restablecieron cosas tan obvias como los mandos del poder civil sobre los mandos militares, como el fin de los senadores designados, como el fin de un Consejo de Seguridad Nacional en donde las cuatro ramas de las fuerzas armadas estaban en igualdad con las cuatro ramas del poder civil. Todo se hizo mediante un cambio consensuado. Y me permití decir, entonces, que –bueno– teníamos una Constitución que podía pasar, si bien había muchos temas, como el Estado subsidiario, que no lo habíamos podido cambiar y que eso quedaría para más adelante. Y, claro, como dije aquello, se publicó después un texto muy completo –que se llamó *El Pacto*– realizado por un jurista, donde se explicaba muy bien cómo se había hecho toda la negociación. Ese jurista me pidió que por favor comentara el libro. Fui, entonces, a un claustro universitario a comentarlo, y en el libro estaba explicado perfectamente; sin embargo, me parecía que lo que le faltaba era el contexto en el que se habían hecho estas tratativas. Con la edad, uno a veces se olvida de algunas cosas, y de repente pregunté: «¿Cómo se llama el comandante en jefe de la Fuerza Aérea hoy día en mi país, aquí en Chile? Me olvidé

del nombre del general. Por favor, ayúdenme». Ninguno de los quinientos alumnos sabía el nombre de ese general. Y en la primera fila había un conjunto de profesores de la Facultad, y no me atrevía a decirles: «Ayúdenme ustedes con el nombre del comandante en jefe de la Fuerza Aérea», por temor a colocarlos en una situación embarazosa. Nadie sabía. Entonces, no me aguanté y dije: «¿Ven ustedes? Esa es la diferencia: el contexto. Diez años atrás todos sabían quiénes eran las cinco primeras antigüedades de cada una de las ramas de las fuerzas armadas, porque eran actores civiles y políticos en plenitud. ¡En buena hora que ninguno de ustedes sabe, porque quiere decir que tenemos las fuerzas armadas eficientes y correspondientes a las que toda democracia aspira y que espera! ¡Eso es lo que se ha logrado! Entonces, claro, es razonable que aquellos jóvenes que no conocen ese contexto griten lo que gritaron hoy, porque no saben que hubiera sido distinto hacer en aquel momento lo que hicieron hoy, cuando no había las libertades que otros conquistaron para que ellos pudieran gritar en el día de hoy.

Muchas gracias.

8 - Cambios de paradigmas en la competitividad.

Alejandro Bulgheroni

Buenas tardes a todos.

Agradezco al Círculo de Montevideo, en especial a Julio María Sanguinetti, la oportunidad de estar nuevamente en este foro con tan distinguidos oradores, donde siempre se produce un excelente intercambio de conocimientos y de experiencias.

Desde que mi padre me invitó a trabajar con él, hace ya cincuenta años, he desarrollado muchas actividades. Comencé ayudándolo en el crecimiento de nuestra compañía de petróleo –*Bridas*, una de las empresas más importantes de la Argentina– en exploración y producción, y luego en refinación y comercialización de petróleo y gas. Hoy, asociada a otras empresas, es la segunda petrolera del país, después de la estatal *YPF*. He trabajado en desarrollo de compañías de agricultura, agroindustrias, servicios, plantas industriales, pesca, construcción, etcétera. Hoy, junto a mi mujer y mis hijos, estamos desarrollando distintos proyectos agroindustriales en diferentes países del mundo.

He vivido distintas economías mundiales, diferentes políticas, diferentes gobiernos, en mi país y en la región, y siempre, a lo largo de todos estos años de mi vida empresarial, la competitividad ha sido para mí una de las principales preocupaciones.

Hoy estoy invitado a hablar en este foro de los cambios que están ocurriendo y que afectan a la competitividad.

Si bien muchos descubrimientos y desarrollos tecnológicos, así como movimientos sociales y políticos han producido cambios en la competitividad, en los últimos diez años han ocurrido hechos muy importantes que generan nuevos paradigmas que impactarán la competitividad a nivel mundial los próximos veinte o treinta años.

La competitividad surge de un eficiente aprovechamiento de las condiciones de oferta y demanda, en relación con el proceso de producción y el intercambio de bienes. Si analizamos la demanda a nivel mundial vemos que no solamente va a aumentar la población en forma importante los próximos treinta años, sino que este hecho se verá potenciado, además, por un aumento



del consumo de la actual población, como consecuencia del progresivo crecimiento de su nivel de vida.

En cuanto a oferta se refiere, debemos tener en cuenta cómo se ve afectada por los cambios climáticos y sus efectos catastróficos, que requerirán cambios importantes en la infraestructura de los países, que es crítica para asegurar el funcionamiento efectivo de las economías. Tanto la oferta como la demanda se verán afectadas por los nuevos acuerdos de libre comercio entre los distintos países y regiones del mundo que, como forma de regular e impulsar las relaciones comerciales entre los participantes, se continuarán sumando a los ya existentes.

Hoy día, el dominio tecnológico, el uso estratégico de la información y el conocimiento y la existencia de una estructura de sistemas abierta y telecomunicada, son requisitos indispensables para mantener un negocio competitivo en el mundo de los negocios, además de lo que implica el comercio electrónico. Por suerte, el sistema general que nos rige y los avances en las comunicaciones permiten una difusión cada vez más inmediata de las tecnologías, con lo cual la ventaja competitiva inicial que puede tener su inventor es bastante temporaria, ya que en poco tiempo se difundirán, pudiendo ser usadas por otros competidores.

Hace unos años –y aún hoy–, algunas empresas instalaban sus plantas de producción en lugares alejados, buscando mano de obra barata y condiciones de producción de menor costo, que les permitieran ser más competitivas; hoy, la tecnología ha hecho que las plantas industriales se vayan robotizando, disminuyendo el requerimiento de mano de obra, con lo cual su incidencia ya no tiene un impacto tan importante en los costos de producción. Sin embargo, las personas que se necesitan para mejorar estas nuevas plantas robotizadas deberán contar con un alto nivel de conocimientos y experiencia para su manejo. Estas plantas requieren, asimismo, un mayor consumo relativo de energía, por lo que ello pasa a ser un factor importante en el costo de producción.

Todo esto hace que ya no sea primordial irse a lugares remotos buscando ventajas en las condiciones de la mano de obra, sino que se pueden elegir lugares más

próximos a los mercados y de mejor institucionalidad a largo plazo, lo que impactará en forma importante en la competitividad de los futuros productos manufacturados.

Asimismo, los desarrollos de distintos equipos electrónicos y de informática continuarán haciendo más competitivos muchos sectores industriales, de servicios y, junto con la biociencia, los relacionados con la salud.

Hay otros ejemplos de mejoras, aunque me gustaría focalizarme en el tema de la energía que, creo, va a impactar en muchos sectores productivos.

La tecnología ha hecho más eficiente la producción industrial, pero también –y esto es, para mí, el hecho más disruptivo– ha permitido desarrollar nuevas reservas de gas y petróleo en las arcillas, también conocidos como *shale oil* y *shale gas*. Hoy existe la percepción de que estos recursos no convencionales de gran magnitud podrían, a precios competitivos, transformarse en reservas equivalentes a las grandes reservas de otras áreas del mundo, lo que permitiría un nuevo equilibrio en los precios de los hidrocarburos, más relacionado con los costos de producción que con las posiciones políticas o dominantes de mercado. El resultado de este desarrollo sería, definitivamente, precios más bajos en la energía, impactando fuertemente en la competitividad de la oferta.

La otra tecnología disruptiva es la posibilidad de almacenar energía para distintos usos a costos competitivos.

Los pequeños aparatos eléctricos o electrónicos ya tienen baterías de bajo costo relativo y continuarán siendo cada vez más chicas y de más larga vida. Se ha avanzado mucho en los últimos años en el tema del transporte vehicular. Hoy en día, los vehículos eléctricos son realmente muy eficientes, aunque todavía son muy caros. Estimo que seguiremos en esta línea, focalizándonos en las baterías como el tema pendiente que encarece estos vehículos, que además tienen corta vida y son muy lentas para recargarse. No obstante, hay muchos usos para los cuales ya son eficientes.

El otro sector donde el almacenamiento de energía es muy importante es en redes eléctricas, industrias, oficinas y viviendas. Aquí también, los avances en los últimos años han sido muy significativos, bajando el costo inicial a un tercio de su valor anterior y duplicando los ciclos de carga y descarga, llevando a veinte años de vida la duración de estas baterías.

Desde el punto de vista de la oferta, hoy tenemos un mundo con una oferta relativamente barata de petróleo y gas. En los últimos cuarenta años hubo mucha volatilidad en los mercados, siendo Arabia Saudita un factor determinante en esta situación debido a su capacidad de producir importantes cantidades de hidrocarburos a bajo costo y con reservas relativamente más grandes que los demás productores.

Hacia fines de 1990 se desarrollaron tecnologías con cierto grado de efectividad para producir hidrocarburos de arcillas a valores rentables. Se comenzó con el gas natural, que es el menos viscoso y que fluye más fácilmente. Se incrementó el desarrollo de estos yacimientos, originando un rápido aumento de la oferta, que no fue acompañado por un crecimiento de la demanda. En el año 2008, la sobreoferta de gas, en simultánea con la crisis financiera e hipotecaria de los mercados financieros de Estados Unidos, produce una importante caída en el precio del gas, lo cual se traduce en una disminución inmediata de la perforación de estos yacimientos. Los equipos de perforación dejan de operar en gas y se focalizan en posibles yacimientos de petróleo.

Les aviso que esa velocidad de reacción solamente es factible en los Estados Unidos; en cualquier otro lugar del mundo esto tardaría años.

Este aumento de la oferta, sumado a una desaceleración en el crecimiento de la economía mundial, hace aumentar los *stocks*, bajando los precios y manteniéndolos bajos. La decisión de Arabia Saudita de mantener su producción está basada en su estrategia de no perder su participación en el mercado, aunque ello produzca una baja del precio de los hidrocarburos, como hemos visto a partir de mediados del año pasado. Arabia Saudita tiene que mantener estos precios del petróleo para

poder conservar sus mercados, pero puede tener problemas internos en el manejo de su economía local al ver disminuir sus ingresos por estos productos. Esto también se da con muchos otros países productores de petróleo, no solamente en Medio Oriente.

Con estos precios de petróleo no habría un incremento de la actividad de perforación en *shale*; los volúmenes de producción se mantendrían o bajarían, generándose una mayor necesidad de producción. Si le agregamos los problemas bélicos de Medio Oriente, salimos del precio fijado por los costos de producción y podrían aparecer valores relacionados –como en el pasado– con la posibilidad de desabastecimiento. Actualmente, esto llevaría a una mayor producción de arcillas, aunque no inmediatamente. Habría que ver, por lo tanto, cuál sería el precio resultante en el mediano plazo.

Veamos qué está pasando con la demanda de combustibles y el consumo de energía.

Hasta los años setenta, el consumo de petróleo por unidad de PBI era de aproximadamente 1 a 1. Principalmente en los países de la OECD, después del embargo petrolero del setenta se comienza a trabajar y, a través de la tecnología, se obtienen buenos resultados en hacer más eficiente el consumo de energía, permitiendo que el crecimiento de estos países esté condicionado en menor proporción por el precio de la misma. Como resultante, vemos una mejor utilización de los combustibles en los países de la OECD, donde el consumo de energía por unidad de PBI continúa bajando: hoy está en menos de 0.40, y se proyecta que para el año 2040 la relación consumo de petróleo por unidad de PBI será menor a 0.30.

En el caso de los países no pertenecientes a la OECD, que no llevaron a cabo este proceso de ahorro de energía a través de una mejor utilización de la misma, se espera que lo desarrollen próximamente. Por un lado, los tiempos serán más cortos debido a los avances tecnológicos; y, por el otro, los bajos costos de la energía retrasarán estos cambios.



Consumir más eficientemente equivale a reducir la demanda. En Estados Unidos, el aumento de la producción de gas ha hecho que baje el precio considerablemente, y se espera que este nivel siga por muchos años. Debido a estos bajos precios y a las consideraciones cada vez más importantes sobre el cuidado del medio ambiente, la matriz energética está cambiando, aumentando el consumo de gas en detrimento del petróleo y del carbón para generar energía. Al mismo tiempo, el bajo precio ha incentivado a producir mayores desarrollos petroquímicos, mayor industrialización y sustitución de las plantas de electricidad a carbón por gas, lo que en Estados Unidos traerá aparejado grandes oportunidades de negocios que requerirán mano de obra tecnificada.

Hace años que se está trabajando muy fuertemente para que una parte importante de nuestras energías procedan de fuentes renovables, como la solar o la eólica. Para esto es imprescindible que podamos almacenar y que la inversión en generación sea competitiva. Existen diferentes tecnologías para este propósito, algunas de las cuales se conocen desde hace décadas; ahora, lo que se busca es conseguir que sean ecológicas, fiables y económicamente competitivas. El objetivo principal del almacenamiento de energía es conseguir que la generación de electricidad no tenga que producirse en el mismo momento en que la demandan los consumidores, permitiendo ahorrar costos, optimizando el consumo y la producción local de energía.

Las nuevas tecnologías de almacenamiento se convertirán en elementos fundamentales de los sistemas eléctricos del futuro, de tal forma que el almacenamiento puede aportar valor en todos y cada uno de los eslabones de la cadena de suministro de electricidad. Cargar las baterías durante los períodos de baja demanda y devolver esa energía a la red durante los períodos de alta demanda eléctrica, es decir, la nivelación de carga, contribuye a eliminar la necesidad de costosas plantas de generación para las horas pico.

Lo importante a destacar es que los costos de almacenamiento están bajando y la cantidad y los ciclos

de vida de estas baterías son mayores, con lo cual se podrían utilizar en hogares o en mallas de electricidad.

Hoy en día, las energías provenientes de combustibles fósiles han bajado su precio, y va a ser difícil que en el mediano plazo veamos valores altos proporcionalmente. Por otro lado, las crisis económicas que han afectado a los países han obligado, a varios de ellos, a disminuir los subsidios para las energías limpias. Sin embargo, los costos de instalación de energías limpias han bajado, y también los relativos al almacenamiento de energía. Por lo tanto, la generación de energías limpias dejaría de ser una inversión cara y adicional, aunque se pierdan los subsidios.

Existe cada vez mayor consenso en el mundo sobre la necesidad de cuidar el medio ambiente. Todos los desarrollos de gas natural, de acumulación de energía y de generación con renovables resultarán en una mejor calidad del aire que se respira, con un importante impacto positivo en la salud de la población y en la contaminación de las ciudades.

Siguiendo en esta línea, debo decir que la posibilidad de utilizar energías limpias a precios competitivos disminuirá aún más el consumo de combustible fósiles.

Desde el punto de vista de la demanda, seguirá disminuyendo el consumo específico de energía. Y aquí tenemos varias alternativas: utilizar gas natural licuado para transportes de larga distancia; desarrollar todo tipo de vehículos híbridos y, por último, una vez que se logre ser más eficiente en la carga, autonomía y precios de las baterías, los autos eléctricos. Seguramente estaremos conviviendo con estos tipos de propulsión por un tiempo, para pasar definitivamente a los híbridos y, luego, a los eléctricos.

Estas economías en el uso de la energía afectarán a otras industrias, que van desde la agricultura, las industrias extractivas y las manufactureras, generando nuevas condiciones de competitividad.

Si bien la adaptación a las nuevas tecnologías sucede muy rápidamente, generando grandes y profundos cambios en el corto tiempo, este proceso se llevará a cabo durante por lo menos veinte años, siempre y cuando no haya grandes problemas geopolíticos que afecten el funcionamiento de los mercados, como podría ser una desestabilización mayor en el Medio Oriente.

El *World Economic Forum*, en su informe sobre Competitividad Global 2014-2015, plantea el concepto de competitividad sustentable, indicando que a pesar de que la competitividad puede equiparse con la productividad, la competitividad sustentable va más allá del resultado económico para incluir otros elementos importantes que hacen que las sociedades prósperas tengan un crecimiento de alta calidad, basado en un desarrollo social y ambiental sustentable, que proporciona el tipo de sociedades en las cuales los seres humanos queremos vivir.

Para terminar, me gustaría compartir con ustedes una última reflexión.

Los desarrollos que hemos mencionado, tanto en las áreas tecnológicas como en las energéticas, están alineados con el objetivo de lograr una competitividad sustentable.

Es responsabilidad de todos nosotros –Estados, empresarios, dirigentes políticos, etcétera–, cada uno desde su esfera de acción, trabajar para reducir los costos de los bienes y servicios, permitiendo mejorar el estándar de vida del ser humano, ampliando el acceso a los mismos en el marco de un entorno ambiental cuidado y saludable.

Muchas gracias.

9 - El nuevo reequilibrio global.

Rebeca Grynspan

Quiero comenzar por expresar mi sincero agradecimiento al Círculo de Montevideo y a la Universidad de Alicante por la oportunidad de participar en esta conversación y de dialogar con un grupo de personas que, año tras año, eleva la calidad del debate en torno a la política y la democracia latinoamericana.

Gracias presidente Sanguinetti por reunirnos acá, y gracias a todos los que hablaron en la mañana, porque realmente fue una lección de civismo y de por qué luchamos por la democracia.

Me dirijo a los jóvenes que nos acompañan porque creo que debemos tener mucho más diálogo intergeneracional, contarnos más del pasado. Sé que en este mundo de cambio tan rápido a veces no se valora el pasado; se cree que el pasado no nos va a enseñar cómo comportarnos o navegar en el futuro, sin embargo no deja de ser fundamental el pasado para entender el cambio, así como también para valorarlo.

Ya tengo algún tiempo con la preocupación de sentir que, si bien para nuestra generación –la mía, la nuestra aquí– la democracia es una conquista, para muchas de las nuevas generaciones es solo un dato. Sin duda debemos mejorarla, pero ¡Dios nos libre de aquellos que quieran destruirla o degenerarla!, como decía Felipe González. No; la democracia no es un dato, es una conquista, y hay que seguir perfeccionándola.

Aprovecho también las palabras del rector y su mención a la reunión de Río para decir que seguimos empeñados en concretizar una idea que viene de tiempo atrás en lo iberoamericano, pues ya en el documento de don Enrique Iglesias, del presidente Lagos y de Patricia Espinosa se hablaba de una especie de *Erasmus* iberoamericano. Bueno, en Veracruz, con todos los presidentes, nos hemos comprometido a tratar de llegar a la meta de 200.000 movilidades de estudiantes, profesores e investigadores para el año 2020, y esperamos que la Universidad de Alicante sea un socio activo en ello. Necesitamos entender mejor el mundo en que vivimos y no lo podemos entender solo desde el lugar del que no nos hemos movido. Para mostrar la importancia de esto yo menciono mucho que en América Latina dos terceras partes de los estudiantes son, por primera vez en sus familias, estudiantes universitarios.



Eso da cuenta de la enorme movilidad social que ha habido en la región.

Por supuesto, estos estudiantes universitarios que han hecho el esfuerzo junto con sus familias, no tendrán las mismas oportunidades ni tendrán equidad de acceso a las oportunidades si no les ayudamos a conocer el mundo que nos rodea. Ojalá que este *Erasmus* iberoamericano nos ayude a todos a llevarlos a tener, no solo más conocimiento en el aula, sino una experiencia educativa que puede ser fundamental para su inserción en el mundo de hoy.

Cuando preguntamos a los empresarios cuáles son las habilidades que requiere el mercado, los empresarios nos dicen que buscan personas que tengan capacidad para trabajar en equipo, que tengan la capacidad de trabajar en ambientes multiculturales y diversos. Eso no se aprende solo en el aula; se aprende con la experiencia educativa. ¡Ojalá podamos llevar esto adelante en Iberoamérica!

Paso ahora al tema que nos ocupa, comenzando por decir que este es un momento realmente fascinante para estudiar el balance de poderes y la configuración geopolítica del escenario global.

Quiero desarrollar cuatro ideas respecto de lo que está pasando, y a partir de ello, cuatro retos.

Empiezo diciendo que, en realidad, no sabemos con claridad cuál será el mundo que viene; sabemos que será distinto, pero las cosas cambian tan rápido que las proyecciones que hicimos en el año 2012 o 2013 ya están obsoletas. Precisamente, en el Informe sobre Desarrollo Humano mundial que lanzamos en 2013 hacíamos algunas proyecciones que ya están superadas estando apenas en el año 2015. Comentaré sobre esto más adelante.

Con respecto al mundo en que vivimos quiero mencionar cuáles son las cosas o elementos de este período de globalización —que no es el primero que hemos tenido en el mundo, ya que ha habido otros en la historia— que lo diferencian del pasado y que justifican el llamarlo cambio civilizatorio o cambio de época.

El primer elemento, por supuesto, es lo que se ha dicho acá: la irrupción de la era digital, el impacto cualitativo que las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación tienen sobre nuestra noción del tiempo y del espacio. Nuestra manera de aprender, de relacionarnos y de producir conocimiento ha cambiado por completo, incluyendo, por supuesto, la manera de hacer política. Y todo esto a una velocidad asombrosa, mucho mayor de lo que vivimos antes. Esta es la primera característica.

En la segunda me voy a detener un poco —y pido disculpas—, porque yo creo que parte de este cambio civilizatorio tiene que ver con el estatus de la mujer en la sociedad, porque eso ha cambiado y cambia totalmente cómo vivimos en nuestro hogar y en sociedad. Ha sido esa irrupción de las mujeres en el mundo del trabajo, en el mundo de lo público, lo que hace que este sea un cambio de época y no solo una época de cambios. Todo esto enfrenta a la sociedad a unos retos enormes.

Yo he dicho que habrá muchas cosas importantes en el siglo XXI —no tengo dudas de que las habrá—, pero creo que el carácter de este siglo estará determinado por cuánto avancemos en la equidad de género. Y ello va a generar enormes tensiones y enormes cambios culturales, tanto en el hogar como en la política y en la sociedad. Este no es un cambio menor, es un cambio fundamental; y no es un tema de las mujeres, sino de toda la sociedad.

En tercer lugar, lo que también hace distinta a esta globalización de otras es que en las otras olas de globalización había muchas menos restricciones a la movilidad de mano de obra. En esta globalización todo se mueve: el capital, los bienes, los servicios; lo que se mueve menos, o por lo menos tiene más restricción para moverse, son las personas. Ahora, claro, en este mundo tan interconectado, las personas se mueven por sí solas, a pesar de las restricciones. Tenemos una de las cifras más altas de migración que hayamos tenido alguna vez: mil millones de personas son migrantes en el mundo, y no todas internacionales; de esos mil millones, doscientos cincuenta son migrantes internacionales, los otros setecientos cincuenta lo son al interior de sus países.

Hace varios años, cuando estuve en China trabajando con Naciones Unidas, una de las cosas que preocupaban al gobierno y que nos pedía que hiciéramos era ayudarles con la migración interna. China tiene más de doscientos millones de migrantes internos, que como no están autorizados formalmente a migrar tienen enormes restricciones para acceder a la educación, a la salud, a los servicios. O sea que también es un tema fundamental el de la migración.

Para terminar con los temas que me parece que son fundamentales en términos de las diferencias que hay en el mundo de hoy, tenemos el surgimiento de nuevos actores. Hay una gama de nuevos actores en el mundo que no son solo países; en este mundo tan profundamente interconectado, no solo se conectan los países, sino también sus ciudadanos, y surgen fenómenos con una fuerza antes desconocida, como movimientos sociales a nivel global. El llamado Estado Islámico, por supuesto, es uno de los fenómenos que vemos hoy en día y que no hubiéramos esperado en otros momentos de la historia. No solo se globalizan los bienes, sino también los males, y así tenemos el crimen organizado y todo el tema de la droga. Pero también tenemos otro lado bueno: las ONG, las organizaciones voluntarias no gubernamentales, que tienen un efecto global. No se trata del Estado, sino de ciudadanos que se organizan para la labor humanitaria o para la labor en desarrollo.

Uno de los datos más interesantes en este tema de los nuevos actores, por ejemplo en la Agenda de Desarrollo y Humanitaria, que conozco bien, es que la Fundación Gates tiene más dinero para el desarrollo que el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo sumado a Unicef –Fondo de Naciones Unidas para la Infancia–, sumado al PMA –Programa Mundial de Alimentos– y sumado al Programa de Población. Estos cuatro programas de Naciones Unidas, que son la base de la Agenda de Desarrollo, tienen menos recursos que la Fundación Gates. Esos son nuevos actores que vienen al mundo a cambiar mucho la dinámica con respecto a lo que teníamos en el pasado.

Una vez me dijeron que los defectos no eran distintos a las virtudes, sino que los defectos eran las virtudes usadas en exceso. En la globalización nos pasa lo mismo y por eso en unos momentos hablaré de los retos.

¿Cuál es el segundo elemento que quiero compartir con ustedes sobre el tema de la globalización? Voy a hablar bien de la globalización; voy a decir lo que la globalización ha aportado para un mundo mejor, y sé que esto no es tan “sexy”. Uno, en general, critica la globalización, no la defiende; pero cuando vemos qué es lo que ha pasado desde el año 1990 y comparamos el Índice de Desarrollo Humano, que incluye educación, salud e ingreso para toda la población del mundo, nos damos cuenta de que entre 1990 y 2010 todos los países, con excepción de dos que están en guerra –y ahora, probablemente tendríamos que incluir a Siria y a Libia–, mejoraron su Índice de Desarrollo Humano. La globalización ha traído una enorme mejora en el Índice de Desarrollo Humano del mundo. Esa mejora no la ha logrado cada país encerrado en sí mismo, sino precisamente por la conectividad, por el comercio, por la interconexión. Y si analizamos este fenómeno vemos cómo han mejorado la educación y la salud a lo largo y ancho del globo.

Solo para darles un dato diré que la pobreza extrema en el mundo se redujo a la mitad: pasó de 1.900 millones de personas por debajo de la línea de pobreza extrema en 1990, a 836 millones en 2015. Claro, muchas de las personas que salieron de la pobreza están ahí, apenas por encima de la línea; no hemos terminado nuestra tarea. Además, queda la otra mitad. Sin embargo, no hay duda de que ha habido un gran avance en términos sociales y en mejora en la mayoría de los países del globo.

Por último, debido a la mejora que hemos experimentado, tenemos hoy –estamos siendo testigos, como bien lo dice Enrique Iglesias– una dramática transferencia de poder del norte al sur y del oeste al este.



Iba a proyectar algunas filminas, pero decidí que tal vez fuera mejor que esta conferencia continuara libre de *PowerPoint*, o *PowerPoint free*, como dirían ahora.

La emergencia del Sur es impresionante: se espera que China, India y Brasil –solo esos tres países– lleguen a concentrar el 40% de la producción mundial y que, a precios de paridad de compra, alcancen el mismo producto interno bruto que siete de las economías más grandes del mundo, incluyendo Estados Unidos, Canadá, Reino Unido y Francia; solo estamos dejando por fuera a Japón por razones técnicas. Este es un cambio brutal en términos del mundo y de lo que estamos viendo.

Si observamos el comercio, vemos que ocurre lo mismo: en el mundo, el comercio Norte-Sur, o de países desarrollados a países en desarrollo, se ha mantenido más o menos estable, pero el comercio entre los países desarrollados se ha venido abajo y ha sido sustituido por el comercio entre los países en desarrollo; el comercio Sur-Sur se ha triplicado durante este lapso.

Uno de los datos que más me impresionan de este cambio planetario y de lo que estamos viviendo hoy en día es que la mayoría de la clase media del globo va a vivir en el mundo en desarrollo. Se ha localizado distinto la producción; antes decíamos: la producción se realiza en el Sur pero el consumo sigue en el Norte. Ahora no; el 80% de la clase media del mundo va a vivir en los próximos años en los países en desarrollo. Este cambio no solo es económico, es un cambio social y político.

Paso ahora a los defectos, porque estas cualidades, usadas en exceso, nos traen retos enormes para la gobernabilidad.

El primero, como nos decía hoy a la mañana Carlos Slim, es cómo conducir el cambio para evitar que sea disruptivo y para que podamos aprovechar al máximo las oportunidades. Este mundo más multipolar, más complejo, más incierto, desafía, por supuesto, el esquema de gobernanza.

Precisamente, hoy José Antonio Ocampo y otros que disertaron en la mañana nos hablaban del tema

de la gobernanza económica mundial, donde tenemos enormes retos. En lo que tiene que ver con los bancos de desarrollo, si las instituciones del *Bretton Woods* no hacen algo serán gradualmente sustituidas por los otros bancos de desarrollo que han surgido; igual que los fondos de reserva con respecto al Fondo Monetario, o la crisis que tenemos en el comercio, porque el fracaso de la Ronda de Doha lo que hizo fue fragmentar un montón de acuerdos comerciales que hoy en día estamos tratando de agrupar de nuevo de alguna manera. El gran Acuerdo Transpacífico que se acaba de firmar, que reúne el 40% de la producción mundial, es un ejemplo de cómo los acuerdos bilaterales van a quedar superados por acuerdos macro. Ya se ha incorporado el Pacífico y ahora se discute el Atlántico; yo solo espero que no solo se discuta en el Atlántico Norte, sino que también se incorpore al Atlántico Sur.

En esta conformación, ¿cuál va a ser la nueva configuración? ¿Terminaremos en una configuración más multilateral, que es lo que todos quisiéramos ver, o estaremos yendo hacia bloques de negociación enfrentados? En lugar de colaborar, ¿se van a enfrentar? Estos bloques de negociación enfrentados, ¿serán bloques geográficos, como los que hemos visto en el pasado, o lo que estamos viendo con respecto al Pacífico nos va a llevar a bloques más geopolíticos, que no sean solo de los vecinos, de los que están juntos geográficamente, sino una conformación distinta de bloques de negociación?

En ese panorama, no tengo dudas de que necesitamos más Europa y no menos –Europa necesita más Europa para estar presente y situarse en ese mundo nuevo– y necesitamos más Iberoamérica, más integración.

Esta multipolaridad y esta conectividad también plantean el desafío, que no me parece menor, de amalgamar distintas visiones de mundo, de hacer coexistir interpretaciones de la realidad que varían inmensamente y demandan un espacio. Es un mundo que nos obliga a idear sistemas capaces de funcionar en la diversidad, que permitan y respeten distintos arreglos institucionales, ideologías, normas, valores, principios, todo dentro de un marco de derecho internacional y promoviendo una agenda global de desarrollo construida por la sumatoria de estas voluntades.

Ha pasado algo importante en Naciones Unidas en estos días con el acuerdo de la Agenda de Desarrollo; esperemos que también pase algo importante en París con respecto al cambio climático, porque eso nos daría una esperanza. Como dijo usted, presidente Sanguinetti, la esperanza es el sueño de los que están despiertos. ¡Ojalá que así sea en París!

Pero este desafío no es solo institucional; también es un desafío cultural. Este mundo tan interconectado me recuerda el modelo que se denominó *melting pot*, donde todos ponían algo de su identidad cultural pero, al mismo tiempo, la abandonaban, surgiendo así algo nuevo que los unía a todos. ¿Será ese el esquema hacia el que vamos? Tengo mis grandes dudas; yo creo que vamos más a un esquema y a una demanda cultural más cercana a lo que Mathiasen denomina «de identidades incluyentes», identidades que se mantienen pero, en lugar de separarse del otro, se relacionan con el otro. ¿Será ese el Nuevo Mundo? ¿Podremos construir un Nuevo Mundo en el que las identidades, si se afianzan, lo hagan para incluir y no para segregar o separar al otro? Yo creo que esa será una de las grandes preguntas que tendremos para ver si realmente vamos a transitar por un mundo mejor y más pacífico o por un mundo más violento.

Tercer reto. Decía que habíamos avanzado enormemente en el Índice de Desarrollo Humano durante estos años; pero esa convergencia está en peligro, y ¡esta podría ser la generación del mundo! Realmente, podríamos ser la generación que acabe con la pobreza extrema y salve al planeta. ¡Yo creo que tenemos esa oportunidad, esa posibilidad! Sin embargo, las guerras y el cambio climático amenazan la posibilidad de acabar con la pobreza extrema, a pesar de que esto fue aprobado como el primer objetivo de la Agenda de Desarrollo mundial.

América Latina no está exenta de esos dilemas: el aumento de las inequidades en el mundo también amenaza nuestra posibilidad de terminar con la pobreza. América Latina hizo un enorme esfuerzo durante estos últimos diez años para bajar la pobreza y la inequidad en la región, pero sigue siendo una región con un exceso de inequidad que produce un exceso de pobreza. ¿Cómo vamos a seguir adelante? ¿De dónde

vendrán las fuentes para un desarrollo y un crecimiento más incluyente? Creo que las políticas de los últimos años fueron muy exitosas, pero no son las que necesitamos para lo que viene. Para lo que viene necesitamos invertir mucho más en infraestructura y logística; necesitamos invertir mucho más en la sociedad del conocimiento, que para América Latina es la única manera de salir adelante; necesitamos apostar por el talento y reconocerlo ahí donde esté, conociendo cuáles son espacios de la región iberoamericana en donde el talento se puede manifestar. Seguimos con esquemas viejos para ver el talento.

Además, para promover la innovación la primera cosa que tenemos que hacer es cambiar la cultura de que cuando uno prueba algo y fracasa, es un fracaso; la única manera de innovar es probar, y cuando uno prueba, a veces fracasa antes de lograr, efectivamente, un éxito posterior.

Esto es un cambio enorme para la región. La región tiene que duplicar su inversión en tecnología, en ciencia, en infraestructura y en logística para seguir adelante por un camino de crecimiento dinámico, con inclusión social.

Por último –y voy terminando–, me referiré a la política interna, sobre lo que se habló mucho hoy aquí, por lo que yo no voy a entrar al tema. Solo quiero decir rápidamente que, al igual que la gobernanza mundial tiene importantes déficits ante este panorama y ante la necesidad creciente de la acción colectiva para responder a la producción de bienes públicos globales, así el mundo de las fronteras formales del Estado-nación está bajo tremendas presiones. Allí, como dije antes, tenemos actores no políticos, como los mercados, que le ponen límites a la política, especialmente cuando hay que hacer abuso de ella y la población no quiere un ajuste que es necesario hacer para poder salir adelante efectivamente. ¿Cómo vamos a conciliar eso nuevamente? ¿Cómo vamos a enfrentar la globalización de las expectativas a lo interno de los países? ¿Cómo vamos a responder ante una clase media más empoderada, más informada, pero también más insatisfecha?

Estamos ante un momento en que la sociedad y la economía van más rápido que las instituciones.



El cambio institucional viene rezagado tanto a nivel mundial como a nivel nacional.

Cómo vamos a adecuar las instituciones para los servicios, cómo vamos a adecuar la política para las demandas de una clase media que es menos tolerante a la corrupción, menos tolerante a la inequidad y menos tolerante a la ineficiencia, en nuestros países y en el mundo, será parte de lo que tendremos que responder para el mundo nuevo que se está desarrollando.

Muchísimas gracias.

10 - Funciones irrenunciables del Estado.

Natalio Botana

Buenas tardes.

En primer lugar, quiero expresar mi gratitud al Círculo de Montevideo y a esta Universidad de Alicante, bañada por el Mediterráneo y por la civilización que ello significa.

Prosiguiendo el admirable discurso de nuestro presidente del Círculo del día de ayer, en la ceremonia de su doctorado, quisiera poner estas palabras bajo la sombra fresca de la tolerancia. Son simplemente unas breves reflexiones para recordar que nuestro vehículo sigue siendo la palabra, el diálogo crítico y la exposición de razones.

Se me ha pedido que exponga sobre un tema gigantesco, que debo tratar en algo así como veinte minutos, de modo tal que voy a emplear un ángulo restrictivo para entrar, en estas primeras décadas del siglo XXI, en el gran tema del Estado. Se trata de un tema que no va a desaparecer: el Estado está presente como problema y el Estado está presente, también, como posibilidad de reconstrucción en el futuro.

Pero mi ángulo es muy simple: voy a postular –y es un tema muy urticante en Iberoamérica– que el Estado es un contrato fiscal. Sin contrato fiscal no hay Estado, hay simplemente un Estado virtual. ¿Qué significa un contrato fiscal? Significa que esa institución que reivindica el monopolio legítimo de la violencia en un área territorial –como ya había enseñado Max Weber– cuenta con los medios necesarios para hacer efectivo un conjunto de derechos.

El Estado democrático, bien se ha dicho, es un Estado de Derecho; pero yo diría: el Estado democrático es un Estado de derechos reconocidos y acumulados históricamente. Por consiguiente, no estoy postulando un derecho unívoco, ni tampoco estoy postulando un Estado basado en derechos naturales permanentes y esenciales. Los derechos son un producto de la historia.

Si el Estado democrático es un Estado de derechos y, además, es un contrato fiscal, la de estos dos elementos es la ciudadanía fiscal, es decir, la dimensión de un ciudadano –y de una ciudadana, por cierto– que



asume, como tal, la obligación de sostener un Estado común y universal. Esta asunción, como ocurre siempre en la historia, reúne elementos de consentimiento, pero también elementos de coacción legítima, es decir, efectividad de la ley.

Por eso lo que hemos dicho muchas veces con Ricardo Lagos. El presidente Lagos habla de derechos y de garantía de derechos, y exactamente en el mismo registro yo hablo de una trilogía, puesto que el Estado democrático supone, además, derechos escritos, y América Latina es una selva, un bosque inmenso de derechos escritos. En el siglo XIX fuimos repúblicas caligráficas, y en los siglos XX y XXI todavía somos democracias caligráficas.

Desde 1811, fecha de la primera Constitución en América del Sur, se han sucedido constituciones admirablemente escritas, tras la prosa –también admirable, dicho sea de paso– de la Constitución de Cádiz de 1812. El problema de fondo, que supone conflicto, es el pasaje histórico entre el derecho escrito, el derecho instituido –vale decir, efectivo– y las obligaciones asumidas por la ciudadanía como norte de su conducta.

Claro, me han pedido que me ocupe de las funciones irrenunciables del Estado. Y como en el comienzo de mi exposición he tipificado los derechos como derechos históricos, voy a proponer un brevísimo recorrido de ascenso y descenso. Voy a proponer –y esta es la condición irrenunciable de la libertad humana, que significa que no todo está adquirido definitivamente– que la historia de la modernidad –llamémosla así– comienza como un ascenso hacia disfrutar y gozar de más derechos, pero que esos derechos constantemente están amenazados por la declinación. Se trata de un sexteto de derechos que, como la historia nos lo ha mostrado, no siempre responden a la armonía de una buena pieza musical; es un sexteto de derechos en conflicto, que siempre hay que asegurar, y ello tiene enormes dificultades.

Esta historia empieza con la batalla principal, que es la batalla por la seguridad física y por el derecho a la vida, por el derecho físico a la vida. Pero como el Estado es un contrato fiscal, esos derechos mínimos –a

lo que se llamó Estado gendarme o Estado mínimo– cuestan dinero, y nos olvidamos de este detalle. Una buena Policía es aquella bien paga, capaz de estar bien entrenada y ser muy conocedora de sus derechos, para afrontar la amenaza de organizaciones criminales que en oportunidades son mucho más ricas que esa misma Policía que debería proteger nuestra seguridad. Lo mismo podemos decir del Ministerio Público y de los fiscales, y lo mismo podríamos decir de la Justicia y de los jueces.

Por consiguiente, los derechos no están navegando como si fueran repúblicas aéreas, tal como las llamó Bolívar a principios del siglo XIX en América del Sur. ¡No! ¡Los derechos cuestan! Si quieren tener derechos, cumplan el contrato fiscal. Claro: una cosa es cumplir con nuestras obligaciones fiscales; pero como el Estado es un contrato fiscal, otra cosa es la respuesta de ese Estado, a través de sus gobiernos elegidos democráticamente, para transformar esa masa fiscal en bienes públicos. Ahí, evidentemente –y me hago cargo de la visión optimista que ha presentado Rebeca–, en América Latina todavía tenemos un fuerte retardo.

Segundo instrumento de este sexteto. Ese primer núcleo de derechos fueron los derechos civiles, y la gran batalla fue abrir esos derechos civiles a la promesa de la democracia, que en un primer nivel fueron los derechos políticos. En ese aspecto, la democracia es una lucha histórica muy dura. Recuerden ustedes, por ejemplo, la lucha de los partidos de clase obrera en Europa para conquistar el derecho al voto; y ni que decir de lo que significó la lucha de la mujer para conquistar ese mínimo indispensable del derecho político que es el derecho al voto. En lo que respecta a las mujeres, en muchos países eso no llegó hasta bien entrado el siglo XX.

El tercer instrumento de este sexteto está presente como nunca en este momento, pues su melodía se escucha, al menos en el mundo occidental, desde que Condorcet, allá por los tiempos de la primera fase de la Revolución Francesa, escribió de su puño y letra un programa universal de educación. Y la voz de Condorcet llegó hasta nuestros países y, desde luego, a Estados Unidos. El Condorcet estadounidense se llamaba Ho-

race Mann, formidable educador del Estado de Massachusetts.

¿Qué quería Condorcet? ¿Qué querían los educadores franceses que culminaron con Jules Ferry? ¿Qué querían los nuestros, en América Latina: Manuel Montt en Chile; Sarmiento en Argentina; José Pedro Varela en Uruguay? ¿Qué querían los educadores españoles? Recuerden ustedes a Giner, pues creo que es un momento agradable para hacerlo. Ellos buscaban una utopía extraordinaria, porque querían fabricar al ciudadano de la república. Querían que de la educación surgiera ese ciudadano capaz de asumir el contrato fiscal; capaz de asumir, él mismo, la subjetividad del bien de todos, como hubiese escrito Bouchaud.

Este tema de la educación está tan presente hoy como antes, pero con cambios muy significativos. En mi país –vengo de Argentina; por supuesto, ya me habrá delatado mi pronunciación ante este público tan atento– ya no se llama «maestros» a quienes imparten educación en la escuela primaria, sino que se los llama «trabajadores de la educación». Creo que en Uruguay también.

Ahora, si volvemos a Condorcet, la figura del maestro era una especie de mediador entre el Viejo y el Nuevo Mundo; de algún modo, era una trasposición secular del ideal del hombre nuevo, una segunda naturaleza, la segunda naturaleza del ciudadano. Pero no es lo mismo la idea de educación de un Jules Ferry en Francia cuando la educación era un lugar en el que no había conflictos, que lo que ocurre ahora, en que la educación es un núcleo de conflictos. ¡Gran problema! Y en este momento esa educación se plantea, además, en un mundo en el que ya no se está hablando –fíjense qué extraña paradoja y qué desplazamiento de la subjetividad– del derecho del niño, del habitante y del ciudadano a ser educado, sino del derecho que tiene el planeta a preservar ciertos derechos de él mismo, de la propia Tierra, que pueden ser erosionados por ese aspecto depredador que, curiosamente, la naturaleza humana ha conservado.

El cuarto instrumento de este sexteto es la salud: la salud como derecho, como bien público que nace después de la educación.

Les cuento brevemente una anécdota. Hace un siglo, hacia 1910, con motivo de nuestros centenarios en el Río de la Plata, Georges Clemenceau visitó Buenos Aires, Rosario –ciudad ubicada cerca de Buenos Aires– y Montevideo. Se le consulta qué quiere ver y, por cierto, visitó la colectividad francesa y fue muy homenajead, aunque todavía no era el hombre de Estado que fue pocos años después, pero puntualmente pidió visitar lo que dijo eran los dos emblemas del Nuevo Mundo: escuelas y hospitales. Y se encontró con la curiosa novedad de que en Montevideo y en Buenos Aires había escuelas públicas y hospitales públicos. Le gustaron más las escuelas públicas de Montevideo, pero más los hospitales públicos de Buenos Aires. La salud comenzaba a transformarse en un bien público.

Por fin, el quinto instrumento –que, evidentemente, por el lado de la niñez ya estaba implícito en el derecho a la educación– es la niñez y la vejez, a lo que en América Latina se ha sumado el derecho a proteger la pobreza con un mínimo indispensable de asignación, que en mi país llamamos Asignación Universal por Hijo.

Claro, cuando nace lo que se denomina seguridad social, el mundo desarrollado no vivía la paradoja del progreso, esto es, que cada vez se vive más y cada vez se tienen menos hijos. Se trata de un hecho histórico. Hemos escuchado a Carlos Slim y a otros distinguidos miembros de nuestro Círculo de Montevideo proponer soluciones para encauzar este problema, porque cuando dictamos las primeras leyes de seguridad social lo hicimos sobre la base de una expectativa de vida al nacer que ya no es la misma. Por consiguiente –y probablemente esto es más fácil para nosotros que para ustedes, los europeos– el desafío de la inmigración no solo es de convergencia y diálogo cultural, sino también un desafío de lograr dinamismo en el mercado de trabajo.



Esto, como decía Clement Attlee allá por el año 1947, culmina con el sexto instrumento –en este momento tan desafinado en los países europeos–, que es la búsqueda del pleno empleo.

Quiere decir, entonces, que lo que llamamos Estado de bienestar y consideramos como una conquista que debe ser defendida a rajatabla, es un conjunto de derechos históricamente adquiridos. Estado de bienestar es educación, y detrás de ella los derechos civiles y políticos, así como la seguridad física, pero también es la salud, es la niñez y la vejez, y también es la búsqueda del pleno empleo.

Termino señalando lo siguiente. Si hay un contrato fiscal –y esto lo vio admirablemente Rousseau en el siglo XVIII– como todo contrato involucra una debilidad intrínseca: la voluntad general que debe orientar un contrato suele fallar.

¿Cuál es la debilidad del contrato fiscal, tanto en Europa como en América Latina?

La debilidad del contrato fiscal en Europa, lo que tienen los europeos por delante, es el desafío de Alexander Hamilton en los Estados Unidos en el año 1787. Me eduqué en Europa hace más de cincuenta años y soy –quiero señalarlo para que no haya dudas– un europeísta rabioso. Pero para que Europa pegue

nuevamente un salto cualitativo, su gran desafío histórico es la formulación de un contrato fiscal europeo, para que la moneda europea, el euro, tenga el respaldo que merece. Tal vez la moneda única se adelantó a la necesidad de formular un contrato social.

Por nuestro lado, el de América Latina, ¿cuál es la debilidad del contrato social? Son muchas las debilidades que en ocasiones nos llevan a transformar los bienes públicos efectivos en bienes públicos virtuales. Como no quiero abusar del tiempo, voy a señalar una sola debilidad, que es el drama del patrimonialismo. El drama del patrimonialismo latinoamericano –categoría sociológica que se viene exponiendo desde hace décadas– es vaciar de contenido republicano al Estado, esto es, no considerarlo como cosa pública, sino como cosa privada que usufructúan y detentan los propios gobernantes; cosa privada cuya efectividad ejemplificadora se la puede ver en el clientelismo, en la corrupción y, en una palabra, en la pérdida del sentido de la universalidad del Estado.

Con esta crítica, señor presidente, termino estas breves palabras.

Muchas gracias.

11 - Síntesis de la jornada.

Enrique Iglesias

Muchas gracias, presidente Sanguinetti, por esta invitación para participar en esta importante reunión del Círculo. He tenido el privilegio de estar en todas las reuniones y han sido siempre una grata experiencia, como la que estamos viviendo hoy con la amabilidad del rector y de este público tan atento y tan solidario con los debates que estamos teniendo.

Vivimos la universidad en plenitud; nosotros, que venimos de América Latina, conocemos las universidades con movimientos estudiantiles. Hace poco tiempo, un profesor en China me dijo: «Cómo quisiéramos tener la dinámica de sus estudiantes». Me dejó muy conforme, porque la verdad es que forma parte de la manera de ser de nuestras universidades. Así es la vida. Hemos vivido plenamente lo que es una universidad latina como esta, en la que nos sentimos muy contentos de estar.

Es muy difícil resumir la riqueza de las cosas que se han dicho en la mañana y en la tarde de hoy. Voy a intentar tomar cinco puntos sobre el tema de la democracia y cinco puntos sobre el tema de la coyuntura económica internacional que, en lo personal, me suenan como altamente relevantes.

El primer punto es lo que mencionaba hace un ratito Rebeca, es decir, la democracia como dato. Para los muchachos que han estado hoy aquí la democracia es un dato, pues no conocieron otra cosa más que democracia. Nuestra generación, con unas cuantas décadas detrás, conoció otros momentos de la vida política de nuestros países en los que fue muy difícil salir de las humillaciones, de las torturas o de las muertes para construir la democracia, que se logró gracias a esa clase política que hoy estuvo con nosotros, hablando aquí.

De manera que lo primero es eso: reconocer que la democracia como un dato es una gran conquista. Hoy se hablaba de que el 60% del mundo vota, se expresa, cuando hace un cuarto de siglo solo lo hacía el 15% o el 20%. ¡Eso no es poca cosa!

Lo segundo es la democracia y sus adjetivos. El presidente Sanguinetti siempre se pone nervioso cuando adjetivan a la democracia y así me lo enseñó. Ciertamente, cuando oigo a algunos colegas asiáticos hablar



de democracia autoritaria como solución al problema me pongo nervioso porque choca contra lo que es nuestra propia concepción, pero es otra forma y es como se está viendo la democracia hoy en ciertas partes, como por ejemplo en China.

En nuestras discusiones está el tema de la democracia participativa; ese también es un tema peligroso, porque el hecho de que se oiga a la sociedad no quiere decir que se reemplace la esencia misma de la democracia, que debe ser administrada por instituciones que representan a partidos políticos que, a su vez, representan a la opinión pública. No digo que no oigamos las expresiones de toda esa sociedad civil pero, a mi modo de ver, es muy importante reconocer que el ejercicio pleno del gobierno lo tienen las instituciones, y esas instituciones tienen detrás partidos políticos que son, en definitiva, los que deben sostener el funcionamiento de la democracia. Ciertamente, hay que buscar maneras o encontrar mecanismos que permitan enriquecer a una sociedad cada vez más plural y más expresiva y dar entrada a ciertas formas de diálogo. Es una tarea de los partidos políticos encontrar la forma de establecer mecanismos para poder oír esas expresiones de la sociedad civil.

El tercer elemento es la democracia y sus nuevas estructuras sociales. Rebeca mencionaba que en América Latina, durante los últimos diez años, han ingresado algo así como setenta u ochenta millones de personas –de los seiscientos millones que somos; (no es poca cosa) a las llamadas clases medias, que son muy vulnerables. Recordemos que hay dos clases medias: aquella que puede volver atrás y aquella que está estabilizada. Muchos de esos ochenta millones pueden volver atrás, y esa es una preocupación importante.

Lo interesante de las clases medias que están surgiendo, por lo menos en América Latina, es el tema de la preocupación por la calidad. Cuando yo era estudiante también salíamos a manifestar: en los años cincuenta salíamos a pedir más plata al Estado y más autonomía a la universidad; pero cuando en Santiago hay cien mil muchachos desfilando por la calidad de la educación, yo digo: «Caray: ¡las cosas están cambiando!» En esa sensibilidad de la clase joven hay un hecho

nuevo que me parece importante y que enriquece un poco la consulta con la sociedad.

Pero esas nuevas clases medias también están muy expuestas a factores como la abundancia de información, su capacidad de poder expresarse públicamente y, sobre todo, ese tremendo riesgo de ser capturados por el consumismo, que es el primer elemento que atrae, con una fuerza telúrica, al ejercicio de estas sociedades que acceden a mayores niveles de ingreso; consumismo que, por supuesto, da satisfacciones, pero también genera tremendas dependencias y tremendas angustias en la gente. El otro día, con Rebeca, oíamos una definición muy interesante en una conferencia de un economista –cuyo nombre no recuerdo– que dijo que, en realidad, se trata de clases medias que compran lo que no necesitan, de alguna manera sin dinero, para impresionar a la gente que no conocen. Me pareció una definición muy completa de cómo están operando hoy esas clases medias. Y yo diría que no debemos olvidar que son ochocientos millones registrados, aunque creo que pueden ser más.

Como dice el papa Francisco –voy a repetir una frase que me pareció muy decidora–: «No se contentan con promesas ilusorias, excusas o coartadas. Tampoco están esperando de brazos cruzados la ayuda de las ONG, de planes asistenciales o de soluciones que nunca llegan o, si llegan,» –dice Francisco– «llegan de tal manera que van en una dirección, o de anestesiar o de domesticar. Esto es peligroso».

Esta es un poco la realidad en la que estamos, con esas nuevas estructuras sociales que, de alguna manera, desafían el funcionamiento de la democracia.

Aquí viene el otro punto, que hoy trató con mucha precisión el amigo Ricardo Lagos, que es la democracia como legitimación social, es decir, la democracia como arte de gobernar, como arte de administrar, como arte de técnicas de gobierno. Ahí, la tarea del gobierno como ejercicio del poder es compleja porque, por un lado, tiene que respetar la racionalidad técnica, que son ciertos elementos que nadie puede evadir en el manejo de una sociedad y de una macroeconomía; pero, por otro lado, hay una racionalidad social, que

son las expectativas de la gente. Uno de los temas que tenemos hoy en América Latina es que, con las crisis de ajuste que estamos teniendo, a estas clases medias les va a ser difícil mantener sus niveles de vida, y ahí entramos, entonces, en expectativas frustrantes, que son muy peligrosas. Esa conciliación de la racionalidad técnica y la racionalidad social es la racionalidad política; ese es el arte de la política que mencionaba en el día de hoy el presidente Ricardo Lagos.

Por último, otro tema que salió en el debate, que fue presentado por Carlos Slim y por el amigo Bulgheroni, es todo lo vinculado a los nuevos instrumentos que movilizan a la sociedad, y estamos pensando, fundamentalmente, en los temas de la productividad, de la tecnología y de la innovación, sin lo cual no hay sociedades que puedan salir adelante. Eso, en América Latina, todavía no ha generado una cultura ampliamente extendida; veamos que apenas estamos gastando alrededor del 0.5% en tecnología, cuando otros países multiplican por 2, por 3 o por 4 esa tasa para poder crecer. Ahí tenemos un problema central: las sociedades del futuro, si quieren seguir progresando, de alguna manera tienen que incorporar los temas de innovación y de producción de tecnología para poder avanzar.

Creo que estos cinco grandes temas forman un primer conjunto de reflexiones que hoy los presidentes y los técnicos nos pusieron arriba de la mesa.

Hablemos ahora un poco de lo que tiene que ver con la coyuntura internacional, sobre lo que Ocampo hizo una muy buena presentación, que acaba de reforzar Rebeca.

Estamos en un cambio de época; cambio de época en donde la capacidad de anticipación se ha reducido enormemente. ¿Quién puede decirnos hoy qué va a pasar dentro de cinco años o dentro de tres años? Es difícil anticipar y creo que esa crisis de anticipación es lo que hace mucho más difícil el ejercicio del poder.

Pero yo destacaría cinco puntos que me parece que fueron importantes.

El primero y quizás uno de los temas más significativos es cómo, a pesar de la evolución de la humanidad, la desigualdad sigue siendo un tema central. El informe del amigo Piketty, distinguido economista francés, destaca cómo la desigualdad está penetrando y existe en países desarrollados, donde el 1% de la población captó en 30 años entre el 10% y 20% de la renta nacional. Se trata de un tema complicado, y de alguna manera la humanidad tiene que resolverlo; no es fácil, pero es importante que asumamos que ahí hay un factor de inestabilidad que debe ser abordado.

El segundo tema es cómo se vinieron abajo las disciplinas multilaterales. También se habló de ello en la mañana de hoy. Nosotros somos hijos de las Naciones Unidas; recuerdo cuando, de adolescente, en el año 1945, salimos a celebrar en las calles de Montevideo el surgimiento de las Naciones Unidas, así como aquella famosa frase de la Carta: «Nosotros, los pueblos del mundo, dispuestos a terminar con el flagelo de la guerra». Eso captó la filosofía de la gente joven, generándonos grandes esperanzas. A partir de ahí se creó un enorme edificio multilateral, en lo político y en lo económico. Hoy todo está en crisis.

¿Quién se acuerda hoy de la autoridad del Consejo de Seguridad? ¿Quién se acuerda de esa autoridad cuando vemos lo de Crimea, lo de Ucrania, lo del Mar de China? Aquel gran edificio está haciendo agua y creo que eso es grave porque en ese edificio asentamos nosotros el futuro de la humanidad. Reitero que hoy ese edificio multilateral está haciendo agua, está siendo debilitado y en forma seria en los estamentos políticos, donde realmente debería ser más fuerte.

Ustedes mismos, que construyeron esa magnífica obra que es la Unión Europea, están sintiendo en qué forma las expectativas de algunos sectores de la población comienzan a cambiar y a tener dudas de lo que ha sido, a mi modo de ver, uno de los grandes edificios histórico, político y económico de la historia de la humanidad.



En segundo lugar tenemos el tema del comercio, sobre lo que algo mencionó hoy el amigo Ocampo. Efectivamente, en 1986, en mi país, Uruguay, comenzó una Ronda Uruguay cuyo gran objetivo era construir un viejo sueño del mundo en desarrollo: la Organización Mundial de Comercio, es decir, un comercio multilateral abierto, con reglas claras, con tribunales donde pudiera apelarse contra los que violaran las normas, cosa que existe, afortunadamente. Sin embargo, hoy estamos viendo un grave proceso de fragmentación del comercio mundial. Lo estamos viendo en el Pacto del Pacífico, lo estamos viendo en el Pacto del Atlántico, lo estamos viendo en los Pactos del mundo Asiático. El mundo se está fragmentando; en lugar de negociar en conjunto, como átomos, vamos a negociar como células. ¿Será esto lo mejor? No lo sé. Yo confieso que tengo mis dudas. Nosotros, los países pequeños, siempre hemos soñado con el multilateralismo. Hoy el tema está ciertamente cuestionado y creo que es un problema sobre el que hay que reflexionar, sobre todo porque no sabemos hasta qué punto la lógica de la fragmentación depende de intereses comerciales o está detrás de intereses geopolíticos, como detener a China. Pero ese es otro tipo de problema, que convendrá que la historia nos vaya despejando en los próximos años.

Voy a hablar de otro tema que no se tocó pero que, en lo personal, me parece importante mencionar y es el siguiente. El mundo ordenó las finanzas; el sistema monetario mundial y el sistema financiero y bancario es hoy mucho más fuerte de lo que era cuando la crisis 2008-2009. Sin embargo, está surgiendo un fenómeno silencioso, no muy destacado entre la opinión pública, que es esta especie de inundación de liquidez que está teniendo lugar en el mundo de hoy. Los miles de millones que inyecta la Reserva Federal para levantar la demanda, o el Banco Central europeo o el Banco del Japón, están contribuyendo a una especie de empacho de ahorros para sostener una demanda que apenas se mantiene, pero están generando un problema paralelo, que es la existencia del sector financiero en la sombra. Yo creo que esto es un poderoso factor de desestabilización potencial. En este momento, el 27% del crédito de alta calidad en el mundo se opera fuera de los controles bancarios; en este momento, diez fondos de inversión de los más grandes del mundo controlan 19

trillones de activos. 19 trillones de dólares –o billones en la terminología española– es mucha plata si pensamos que América Latina produce 7 al año.

Lo que digo es que, mientras se consolidó el sistema bancario, se generó un sistema en la sombra, que no tiene cara. Antón Costas, un prestigioso economista catalán decía el otro día: «Hace treinta años, cuando yo hablaba con el mundo financiero, este tenía una cara y unos ojos; hoy no sabemos quién es». Todo ese mundo en la sombra puede ser un factor tal de perturbación que puede llevar a circunstancias financieras graves. Como toda mi vida trabajé en los medios públicos y privados de la banca, creo que este es un tema importante, que simplemente anoto como un factor con el cual hay que tener cuidado.

Diría que también es muy importante que se piense en un nuevo orden internacional. La distribución de poder en el mundo ha cambiado en forma significativa, por lo que habrá que reafirmar el piso de Naciones Unidas de 1945, rehacerlo para dar entrada a las nuevas fuentes de poder. No es posible que Bélgica tenga, en el fondo, un poder de votación mayor que el de China; ahí hay algo que no está funcionando.

Poder avanzar en una distribución del poder mundial, en una nueva estructura, va a ser un desafío muy grande. Y no se trata simplemente de un desafío, porque no debemos olvidar que no son solamente intereses económicos, sino también políticos, culturales y militares. Poner todo eso en un paquete va a llevar mucho tiempo. Es de esperar que la humanidad tenga la sabiduría para pensar, y hacerlo sin caer en un traumático desgaste.

Finalmente, si a mis largos años ustedes me preguntaran cuáles serían las cosas en las que yo diría que hay que concentrarse, o aquellas que más me preocuparía focalizar en el mundo que vendrá, respondería lo siguiente. En primer lugar, la educación, y no solamente la educación en transmisión de conocimientos, que es muy importante, sino la educación en transmisión de valores. En mi país se llevó adelante una educación que no enseñaba solo a leer y escribir, sino también a vivir: a vivir en la tolerancia, en la generosidad, en la

honestidad. Todo eso formó parte de una cierta cultura —de la que estamos muy orgullosos, dicho sea de paso—, pero hoy está en crisis. Mirando para adelante, creo que el mundo del futuro tiene que apostar a eso: no solamente a enseñar cultura, sino a enseñar valores para tener una sociedad mejor. Ese fue un poco el gran sueño de lo que enseñaron en mi país, al igual que en Argentina y en Chile, que pone en primer término la educación.

Un segundo objetivo es un nuevo Estado; no el Estado para sofocar al sector privado, sino el Estado para controlar, el Estado para compensar, el Estado para anticipar —como decía hoy Ricardo Lagos—, el Estado para informar. Creo que una de las cosas que necesita el Estado de hoy es informar a la gente. La gente puede entender y entiende, y ante estos ajustes a los que estamos enfrentados hoy por distintos motivos, el poder de la información del Estado hace a la opinión pública. Creo que es un tema que vale la pena resaltar.

Por último, creo que otro objetivo es despertar la conciencia social, es decir, superar un poco esto que el papa Francisco ha dado en llamar «la cultura de la indiferencia». Cuando hablamos de esos problemas a nivel internacional superamos algo que existió desde hace muchos siglos, que es la cultura de la caridad: la *tzedaká* judía, la limosna de los cristianos, el *zakath* de los árabes. Las grandes religiones siempre tuvieron en la caridad un compromiso, porque la caridad es la hija del amor; nosotros tenemos que pensar que lo que está en marcha hoy es la solidaridad, que es la hija de la justicia. Creo que pensar en esos términos, en la solidaridad extendida para poner la justicia en el mundo, es lo que va a permitir una sociedad mejor, en paz, mucho más creativa, y seguramente mucho más feliz. Recordemos lo que dijeron las culturas originarias mucho antes de que nosotros lo expresáramos en las Naciones Unidas, cuando el respeto por la naturaleza las llevó al nivel de la divinidad. ¡Sabían lo que estaban haciendo!

Muchas gracias.

12 - Gobernanza, el arte de gobernar.

**Julio María
Sanguinetti**

Señor rector, estimados amigos: hemos reflexionado sobre la democracia.

La democracia es una larga y fundamental construcción, que está en el núcleo esencial de nuestra civilización occidental; en ella confluye todo el conjunto de valores que la civilización judeo-cristiana-greco-romana recoge. Estamos a 800 años justos de la Carta Magna, ¡si habrá sido larga esta contribución! Y hoy, que la democracia no tiene un modelo que la confronte dialécticamente, se encuentra sin embargo, como dice el maestro Touraine, débil de factores simbólicos, en un momento en que, a su vez, aparece confrontada por quienes no creen en ella.

Voy a leer un texto de origen francés, que dice: «La naturaleza de una civilización es lo que se agrega alrededor de una religión. Nuestra civilización es hoy incapaz de construir un templo o construir una tumba. Ella será obligada a encontrar su valor fundamental o se descompondrá.

El gran fenómeno de nuestra época es el ascenso de la violencia islámica. Subestimada por la mayoría de nuestros contemporáneos, este ascenso es analógicamente comparable a los comienzos del comunismo en los tiempos de Lenin, y las consecuencias del fenómeno son aún imprevisibles. Del mismo modo, hoy el mundo occidental no parece estar preparado para afrontar este problema del Islam. En teoría, la solución parece extremadamente difícil. Quizás hubiera sido posible en algún momento, si hubiéramos podido encontrar un pensamiento aplicado a través de verdaderos hombres de Estado. Los datos actuales del problema nos llevan a creer que formas variadas de dictadura musulmana se van a ir estableciendo sucesivamente a través del mundo árabe. Cuando yo digo 'musulmán' pienso menos en las estructuras religiosas que en las estructuras temporales derivadas de la doctrina de Mahoma. En estos tiempos, el sultán de Marruecos está sobrepasado y Bourguiba no conservará el poder, salvo que se transforme en dictador. Podría haber soluciones parciales que hubieran sido suficientes para encauzar la corriente del Islam si se hubieran aplicado a tiempo. ¡Actualmente es demasiado tarde!



Los 'miserables' tienen muy poco a perder. Ellos prefieren conservar su miseria al interior de una comunidad musulmana. Su suerte, desgraciadamente, permanecerá incambiada. Nosotros tenemos de ellos una concepción demasiado occidental. A los bienes que nosotros pretendemos aportarles, ellos prefieren el porvenir de su raza. El África negra no permanecerá mucho tiempo insensible a este proceso. Todo lo que podemos hacer hoy es tomar conciencia de la gravedad del fenómeno y tentar de retardar la evolución». André Malraux, 3 de junio 1956.

Creo que esto nos está diciendo muchas cosas: no solo de lo que es el fenómeno islámico, que tiene su evolución y que, a mi juicio, será muy larga en encontrar la convivencia. Aclaro que no soy pesimista, porque también nosotros pasamos por nuestro período fundamentalista cristiano. Y, aunque parezca paradójico, mi mayor esperanza en cuanto al cambio del Islam está en las mujeres; creo que van a ser, en definitiva, el motor del cambio, porque ellas son las que proporcionan los hijos que van a la violencia.

Pero el tema fundamental es lo que dice al principio: estamos obligados a reencontrar nuestros valores fundamentales o nos descompondremos. Es lo que el maestro Touraine, a quien vamos a oír ahora, denomina la pérdida de valores simbólicos de nuestra democracia, que no puede quedar simplemente reducida a un rótulo, a una aspiración. La democracia es un núcleo esencial, que tiene que demostrar realmente el sentido de la lógica racionalista del pensamiento griego, el sentido de compasión del pensamiento cristiano, el sentido de igualdad de oportunidades debajo de la ley de las tablas del pensamiento judío y la estructura del Estado de Derecho propio de la República romana.

Dicho esto como reflexión sobre el corazón de nuestra humanidad, simplemente paso a decir que, en el terreno del orden, de la construcción de las buenas prácticas de la ley, de las buenas prácticas del ejercicio de la política, tenemos que mantener vivo el espíritu reformista, el espíritu del cambio constante y

permanente, más que nunca cuando estamos en este cambio de la civilización industrial a un nuevo estadio de civilización, con nuevos modos de producción y nuevos modos de consumo. Esto supone ir renovándonos constantemente, pero de manera moderada; los inmoderados no van a construir nunca una civilización.

Estamos llenos hoy, en América Latina y en Europa, de protestas por la protesta misma. Una indignación más otra indignación; un desencanto porque antes hubo un encantamiento falso, no nos van a dar las respuestas. Naturalmente, el destino de los moderados ya sabemos cuál es.

El viejo duque de Médici, don Cosimo, duque de Florencia, padre de Lorenzo el Magnífico a quien todos recordamos por su mecenazgo, decía: «A los moderados nos pasa como a los habitantes del primer piso de un edificio: tenemos que soportar el ruido de los de arriba y el humo de los de abajo».

Así es nuestro destino; pero acá estamos. Somos gente de la libertad que cree, justamente, en los cambios, en el espíritu moderado de un ejercicio de libertad, de un ejercicio de humanismo que vaya construyendo o reconstruyendo esos valores de una democracia que en nuestra América Latina —hablo ahora desde nuestra visión— parecía haberse incorporado definitivamente a nuestros hábitos, logrando que la ley no fuera simplemente un decreto, sino un hábito porque, como nos decía Montesquieu, la mejor ley es la costumbre, aquella que no requiere de una imposición.

Hoy, desgraciadamente, tenemos muchas fracturas, aunque felizmente, también muchas esperanzas. Estamos votando como nunca antes, pero tenemos que seguir luchando por la libertad de prensa, tenemos que seguir luchando aún por valores esenciales. Eso, en América Latina lo vamos a seguir haciendo, en Iberoamérica lo vamos a seguir haciendo, en la medida en que tengamos templanza para ir paso a paso, con un espíritu de constante reforma.

La nostalgia de las grandes causas es lo que a veces genera esa enfermedad del malestar. No estamos discutiendo ya entre libertad y tiranía; no estamos discutiendo entre democracia y comunismo, entre democracia y fascismo, y eso hace que las cosas parezcan más confusas.

Sin embargo, las respuestas están en los grandes principios: en el sentido de la libertad política, en el Estado de Derecho, en la igualdad de oportunidades, en el valor de la fraternidad, en una mirada sobre la humanidad, y en la incorporación de todos estos fenomenales cambios científicos a estructuras de sociedad abierta, que reconstruyan y valoricen el alma misma de nuestra civilización occidental.

Muchas gracias.

13 - De los conflictos internos de la sociedad industrial a las contradicciones de los nuevos imperios.

Alain Touraine

Hemos observado –y el presidente Sanguinetti acaba de volver a definir estos temas negativos– las faltas, el vacío que hay en el mundo de hoy, la ausencia de orientaciones, la ausencia de conflictos que tengan un sentido de orientación cultural, política, social, etcétera; pero yo creo que esta observación absolutamente necesaria es insuficiente, o todavía demasiado optimista, o no suficientemente pesimista.

Porque, ¿cuál es la razón de este cambio, de esta pérdida de sentido que estamos viviendo? Yo propongo una hipótesis muy sencilla: la transformación del poder en todas sus formas, vinculada con el nuevo mundo tecnológico, económico, social en el cual ya estamos viviendo. Esta definición es muy sencilla; la novedad es que el poder, que era el control de los bienes, de los recursos materiales del mundo objetivo, no solamente económico, se ha transformado y consiste hoy en un mundo de información y comunicación, y no de producción e intercambios comerciales. El poder, en esta situación, en este tipo de sociedad tecnológica y económica, se define por el control de las mentes, por la capacidad de construir la subjetividad de los actores. El poder consiste en crear representaciones, opiniones, actitudes, procesos de selección de metas, decisiones que van desde la vida y el consumo personal, hasta la orientación general de una sociedad.

Para volver a una palabra que ya no se usa, y con razón, pero que continúa cargada de significado, hemos entrado en un mundo en el cual las sociedades son dominadas, y de cierta manera remplazadas como proceso colectivo, no quiero decir por totalitarismos porque, como dije, es pasado, pero sí por poderes totales, poderes que controlan a la vez el mundo objetivo y el mundo subjetivo.

Nadie habla en términos puramente económicos de lo que está pasando en China, porque eso sería olvidar los millones de chinos que cada semana están protestando en una ciudad u otra. De la misma manera, cuando hablamos del mundo islámico no estamos hablando de religión, por supuesto, pero tampoco de petróleo; estamos hablando del califato, del *Da'ish*. El califato encierra la desaparición de la sociedad nacional bajo el intento de formar una expresión política de la Sunna islámica. Y yo quisiera agregar que en nuestro



mundo occidental, el hecho principal del último período ha sido la destrucción del capitalismo industrial y la llegada al poder de un capitalismo financiero no nacional, con doble capital Londres-Nueva York, y con un solo gobierno que es, más bien, una parte o algunos momentos de los gobiernos norteamericanos.

Entonces, en el mundo entero, en lugar de tener una serie de Estados nacionales, mi hipótesis es que estamos viviendo en un mundo dominado –y, para mí, esa es la palabra que da la respuesta a nuestras preocupaciones– por tres imperios. Y por «imperio» me refiero a un poder total que es, a la vez, económico, político y cultural. Y ¡oh casualidad!, uno está dominado por orientaciones económicas, que es el nuestro, el mundo occidental; el segundo por intereses políticos, que es China, el país del partido-Estado; y el tercero es la parte del mundo islámico que está dirigida por fuerzas básicamente religiosas, sean chiitas, poscomunista, o el mundo de *Da'ish* y su acción sobre el mundo sunita. El resto del mundo, incluso nosotros, los europeos, los latinoamericanos, la gente de otra parte del mundo occidental, especialmente de África, estamos definidos por nuestra dependencia relativa, a veces muy limitada y cómoda, a veces bastante incómoda, a veces devastada por una total desorganización estatal, como algunos países africanos, desde Libia hasta Somalia o la República Central Africana.

Entonces, lo que importa es la definición de nuestra civilización en los tiempos modernos de los últimos siglos, apoyada en la tradición cristiana y en la tradición griega, también transmitida a través del mundo árabe, y en la que inclusive participó Turquía, en el gran período del Renacimiento con Suleiman. Nuestra tradición se conforma con la introducción de lo universal dentro de la experiencia histórica y social particular: la introducción del conociendo, la introducción del monoteísmo, la introducción de la ciencia, la introducción de los derechos humanos. Todas estas cosas se resumen en una sola palabra: modernidad. La modernidad es para nosotros un punto de vista universalista dentro de la experiencia del gobierno y de las fuerzas económicas, políticas y culturales de nuestros países. Todo esto está desapareciendo. Por eso utilicé una palabra que parece sin sentido, oscura, y es que

vivimos en sociedades post-sociales, donde lo social ha desaparecido. Estamos en un mundo, no posmoderno, sino post-social, es decir, donde no hay espacio para el universalismo porque hay una vuelta al imperio: al imperio chino, al imperio occidental y, en el momento actual, al imperio yihadista –o del califato, para darle su nombre oficial– después de la desaparición del califato en 1924 en Turquía.

Nos encontramos en un mundo donde las pautas culturales, políticas y sociales predominantes son la violencia, la corrupción, el poder arbitrario, las guerras internas o las guerras extranjeras. Tuvimos experiencia con muchos imperios, incluso recientemente; el último, que era muy decente, fue el imperio británico del siglo XIX. Actualmente, Estados Unidos se enfrenta a otros imperios muy duros, transformándose, a través de la dolorosa experiencia del *nine-eleven*, en un imperio también duro, por lo menos en ciertos momentos y hasta cierto punto, sin hacer ninguna comparación entre la vida interna de los tres imperios, que son profundamente distintos.

Eso nos indica, en primer lugar, que en un mundo que podemos definir como global o globalizado –que me parece cierto–, hay que dar explicaciones y hacer interpretaciones o análisis globales, que sean útiles en todas partes del mundo. Por eso digo que el mundo entero está dominado, no ya por sociedades dominantes, y seguramente no por clases dominantes, sino por imperios, lo que realmente es otra cosa. De cierta manera, es la revancha de los dominados del sistema colonial, del sistema industrial, del sistema masculino de la civilización moderna, en la que tuvimos la suerte de vivir durante cuatro o cinco siglos, y bastante bien en general, más allá del siglo XX.

En el momento actual, lo que tenemos que buscar es si existe o no, o si puede llegar a existir –y es la primer interrogante y la más dramática– una fuerza de oposición. En el sistema de las sociedades, dentro de ese universalismo había interpretaciones sociales opuestas, conflictos; la civilización universalista que vimos era, a la vez, una sociedad, no solamente de universalismo cultural, sino de conflictos sociales. ¿Están desapareciendo los conflictos sociales? Mi respuesta es

que, si se trata de conflictos sociales, yo diría que sí. He dedicado gran parte de mi vida —e incluso mis últimos libros— al estudio de los movimientos sociales y ahora digo que los movimientos sociales han desaparecido. Pero, ¿no hay más acción posible? ¿No hay más acción colectiva? ¿No hay más proceso social de cambio posible? No; de ninguna manera. Las fuerzas de cambio anti imperiales no pueden estar basadas en intereses sociales, ni siquiera en unidades territoriales o de categorías sociales o, incluso, de género. No.

Lo que estamos observando desde el siglo XX, como consecuencia de las experiencias de totalitarismo que tuvimos, es que los movimientos sociales y políticos han sido remplazados, o están en proceso de serlo, por movimientos que son éticos y democráticos a la vez; democráticos porque se definen por su oposición contra los imperios, cualquiera sea. Por eso, en el mundo occidental, donde en general hay más libertad de expresión, vivimos, de manera mucho más clara que en China o en el mundo islámico, defendiendo valores éticos. No es por casualidad que el jefe del movimiento ético más importante en el momento actual sea —creo yo, y todo el mundo lo dice— el Papa.

Voy a dar un ejemplo muy modesto. Tengo muchos contactos y trabajo bastante con los kurdos de Irak, los kurdos meridionales. Allí hay tres regiones o provincias que son más o menos independientes, en las que han ganado las elecciones con el siguiente eslogan: «independencia, laicidad, feminismo». Recientemente, el año pasado o dos años atrás, los kurdos de Siria y también de Turquía han aceptado esta definición de sus metas políticas y culturales generales. Pero esto se veía ya en alguna parte de Afganistán en el momento de la invasión soviética y se ve también, y mucho más de lo que en general se piensa, en China, donde el primer movimiento que alcanzó un nivel más que local fue un movimiento de tipo religioso. De tal manera que el laicismo a la francesa está un poco fuera de actualidad, en el sentido de que esta espiritualidad a la que se refería el presidente Sanguinetti se lleva a cabo, a la vez, con espíritus laicos, como somos en Europa, en general, y religiosos, como son, por ejemplo, los norteamericanos o muchos africanos.

En síntesis, lo importante es que por ambos lados hemos salido del mundo sociopolítico: por un lado, estamos en un mundo con dominación de tipo cultural y simbólico —información-comunicación— y, por el otro lado, ante un movimiento que yo llamo —al igual que algunos otros— la demanda de subjetivación, la vuelta al concepto de sujeto, que es la forma no sagrada, la idea de lo secular-secular del universalismo, que durante algunos siglos fue presentado en términos de mundo objetivo y ahora lo es en términos de mundo subjetivo. Por eso mencionaba hace un momento, en la otra sala, la bien conocida expresión de Michel Foucault de la cultura de sí, que se opone al *gnothi seauton*, o conocimiento de sí mismo socrático.

Esta es mi respuesta al tema de la crisis cultural, que es muy peligrosa porque, si se mantiene, se generalizará de la violencia. Es la transformación o la formación —personalmente, creo más en la formación, pero sé que hay muchos argumentos a favor de la idea de un proceso reformista de transformación, y ambos son positivos— de las demandas sociopolíticas en reivindicaciones, en protestas —porque mandan los imperios—, básicamente protestas éticas y democráticas, pero no de una democracia de principios sino, como se ha dicho muy bien en el día de ayer, de democracias prácticas en educación, en salud, en trabajo, en vida urbana, en relaciones entre grupos generacionales, en minorías o mayorías culturales, etcétera, etcétera.

Creo, entonces, que a partir del momento en que podemos definir el nuevo escenario mundial, los nuevos actores, el conflicto central —que no es más un conflicto entre el rey y el pueblo, o entre el clero y la gente que no tiene carácter sagrado, y tampoco entre clases sociales, como ocurrió en la sociedad industrial del pasado reciente—, ya tenemos una orientación, no política, sino metapolítica; más que política, ética. Entonces, las ciencias sociales tienen que transformarse en ciencias éticas. Parecería que ya no se puede aceptar que se hable de la *shoá* en términos económicos o políticos; debe considerársela en términos de escándalo, de cosa inhumana. Reitero que me parece que no se puede aceptar algo así y que tiene que ser eliminado a cualquier precio.



Quisiera terminar diciendo que, dada la ausencia real de los intelectuales, que están más bien atrasados si los comparamos con otras categorías, e inclusive con grupos minoritarios que pueden ser más activos, estos deberían darnos una visión racional, analítica del escenario mundial y, entonces, definir las prioridades; pero le toca a los dirigentes políticos y a los dirigentes económicos –que en muchos casos son los mismos, como por ejemplo en el mundo chino– definir los caminos.

Creo, de acuerdo con la orientación general del Círculo de Montevideo, en lo que llamamos reformismo, es decir, en utilizar los procesos institucionales –y, diría, institucionales e instrumentales– como una herramienta para cambiar el universo, para hacer más de lo que queremos hacer. Reformar significa mejorar una situación definida, pero por nuestra experiencia occidental, y especialmente europea, también conocemos lo que llamamos el *welfare state*, o el caso alemán que se mencionó ayer, o la socialdemocracia, si uno quiere utilizar otra palabra, pero todo refiere a lo mismo. Sabemos que a través de reformas institucionales se abre la puerta a innovaciones tecnológicas, pero también culturales y políticas, porque eso crea la posibilidad de un espacio de libre expresión de nuevos conflictos, etcétera.

Por tanto, no hay oposición destructiva ante un proceso de innovación, de saltar a otro universo, a otro mundo, como se hizo en los momentos de las grandes revoluciones holandesa, inglesa, americana y francesa de los siglos XVII y XVIII, sino que hay una posibilidad de cambiar de universo –aunque ese cambio sea fantástico, más profundo que la industrialización– a través de procesos limitados que, a la vez, cambian la situación actual, mejoran las condiciones de los más

sub privilegiados y, además, abren espacios de innovación, de creatividad, dan la palabra a gente que no la tenía y que habla en otros idiomas –a pesar de que gramaticalmente sea el mismo–, porque se adaptan a las categorías que corresponden a nuestra experiencia vivida.

Eso sería, quizás, una conclusión poco realista, pero optimista. No creo que sea posible ser optimista y realista a la vez, por lo que considero que es preferible ser optimistas antes de darnos el lujo de ser realistas.

Gracias.

14 - Crisis de la gobernanza de la democracia representativa. Síntesis.

Alberto Ruiz Gallardón

Gracias.

Señor presidente, miembros del Círculo de Montevideo, autoridades, señoras y señores.

Como aquí se ha recordado, hace ya diecinueve años que el presidente Sanguinetti nos convocó, como personas heterogéneas y quizás también heterodoxas entre nosotros mismos, sencillamente para tender puentes, para hacer una reflexión compartida, que no guardásemos para nosotros como un enriquecimiento personal, sino que trasladásemos a la sociedad.

Algunos teníamos entonces responsabilidades de gobierno, otros las habían tenido, estaba representada –como hoy– la sociedad civil, que se enriqueció después con el mundo empresarial, pero al final el común denominador era, más que hablar, escucharnos, más que enseñar, aprender de aquello que oíamos. Y creo que en la trayectoria que hemos seguido estos años –en los que comenzamos hablando de los nuevos cambios de América Latina reunidos en la ciudad de Montevideo a finales de 1996–, los acontecimientos que se han producido son de tal trascendencia que justifican plenamente aquella iniciativa del presidente Sanguinetti del Círculo de Montevideo.

Hemos vivido la globalización; hemos vivido, felizmente, la extensión de las democracias, la extensión de las economías y el mercado; hemos vivido, también, los riesgos y las excepciones, que aun siendo pocas nos duelen igual que si fueran la nuestra propia; hemos vivido el 11 de setiembre del año 2001, y el paradigma mutado como consecuencia de aquel acontecimiento que sigue presente en los discursos y las reflexiones de todos los presentes; y hemos vivido cómo América Latina pasó de esos nuevos cambios y sus expectativas, a ser en estos momentos un actor absolutamente relevante dentro de la nueva economía y gobernabilidad global.

Seguimos tendiendo puentes, y hemos sido convocados amablemente por el rector de la Universidad de Alicante, en esta ocasión para hablar de la crisis de la gobernanza de la democracia representativa. Será difícil para mí, poder resumir ante todos ustedes y ante los medios de comunicación –a los que saludamos y agradecemos su seguimiento de este acto– la totali-



dad de las intervenciones que se han producido y que se han prolongado, más allá de las sesiones públicas, en las reuniones y en las conversaciones que seguimos manteniendo los miembros del Círculo.

Pero déjenme que haga una presentación esquemática que les pueda servir para saber, si no cuáles han sido nuestras respuestas –porque quizás las respuestas las deba de proporcionar la propia sociedad–, sí cuáles han sido nuestras preguntas. Tal vez esa sea nuestra aportación más eficaz.

«Crisis de gobernanza de la democracia representativa». Ante una convocatoria tan amplia, tan sugerente, el problema que nos tenemos que plantear es dónde está la crisis. ¿La crisis está en la gobernanza, como dice el enunciado? ¿La crisis está en la democracia representativa? ¿O la crisis está en la propia democracia?

Aquí, Rebeca Grynspan lanzó una primera advertencia que, no por obvia deja de ser necesario recordar, y es que la democracia es una conquista, no es un simple dato.

Eso, que lo sabemos bien quienes nos sentamos en esta mesa y lo sabemos bien aquellos que ya vamos cumpliendo años, evidentemente, es algo no conocido por un número importante de nuestras poblaciones. Gracias al esfuerzo de muchos, los jóvenes nacieron en democracia; no han conocido otro régimen político distinto de la democracia y no lo conciben siquiera. Piensan, por tanto, que no forma parte de sus anhelos y de sus obligaciones el mantenimiento y el fortalecimiento del sistema democrático. Sin embargo, la opinión del Círculo es que, siendo una conquista feliz, es una conquista que debe ser permanentemente alimentada; que los riesgos del sistema democrático siempre están ahí, y que ninguna situación es irreversible dentro de las sociedades humanas. Tenemos, por tanto, que enseñar a las nuevas generaciones a valorar aquello que otros conquistaron para ellos, pero que, naturalmente, también es de su propiedad y deben de poner en valor.

Recordaba Enrique Iglesias que hoy el 60% de la población mundial participa en la elección y en el control de los propios gobernantes. Esto, sin duda, es un paso absolutamente decisivo. Sin embargo, seguimos hablando de crisis, si no de la democracia, sí de la democracia representativa. ¿Por qué? Nos lo recordaba el presidente Sanguinetti: la gente cree en la democracia, pero no está conforme con el funcionamiento del sistema. Y si el funcionamiento, al final, no resulta un instrumento eficaz para la satisfacción de aspiraciones y la resolución de conflictos, por mucho que, en teoría, la idea esté concebida como un paradigma absolutamente insustituible, no logrará la complacencia de los ciudadanos.

Nuestro rector anfitrión, Manuel Palomar, nos decía que existe una paradoja en la extensión de la democracia, que coincide –paradójicamente, insisto– con su deslegitimación y su debilitamiento.

Felipe González afirmaba en su reflexión, hablando de la crisis del Estado-nación, que era una consecuencia de la propia crisis de la democracia.

Bien; creo que el resumen de este sentimiento de preocupación lo explicó perfectamente el presidente Lagos cuando hizo una afirmación que no solamente debe estar siempre presente en la agenda de cualquier político, sino en la reflexión de cualquier persona que tenga interés por la propia sociedad. La democracia, por supuesto, es una condición necesaria, pero, como él lo dice, para el buen gobierno es una condición necesaria pero no es una condición suficiente. Por lo tanto, tenemos que llegar más lejos y no nos podemos conformar con esa conquista democrática, con ese sistema de elección legitimada de nuestros gobernantes, sino que tenemos que alcanzar un nivel de eficacia, que es sobre lo que se ha intentado reflexionar en esta reunión del Círculo.

¿Cuáles son las causas de desafección? Son muchas, pero en alguna han insistido todos los ponentes de una forma reiterada.

En primer lugar, la globalización. La globalización ha sido expuesta en las distintas intervenciones como riesgo tanto como oportunidad. Y creo que todos, hayamos insistido más en uno u otro de los aspectos, coincidimos en esta doble vertiente.

El Rector se hacía una pregunta inquietante por inteligente. Decía: «¿Son compatibles democracia, globalización y soberanía?»

Carlos Slim, desde un punto de vista pragmático, proponía un nuevo enfoque. Decía: «La globalización es consecuencia y no un elemento creador de la nueva situación en la que vivimos».

Y José Antonio Ocampo hablaba del cambio estructural en el comercio internacional, de esas nuevas realidades que creíamos que eran irreversibles y, sin embargo, hemos pasado de crecer un 7% a escasamente llegar al 3%.

¿La globalización está en riesgo? ¿Es el escenario en el que nos vamos a mover en el siglo XXI? Ha habido varias e inteligentes preguntas sobre esto.

Felipe González puso el dedo en la llaga cuando dijo que la transnacionalidad supone una pérdida de control de los que toman las decisiones. Esto lo sabemos bien los ciudadanos europeos, que controlamos a nuestros alcaldes, controlamos a nuestros presidentes de las comunidades autónomas, controlamos al gobierno de la nación. ¿Qué ciudadano europeo piensa que, bien con su voto o con su participación ciudadana, tiene capacidad de controlar lo que ocurre? Y digo «lo que ocurre» porque muchas veces no se sabe si son decisiones políticas o estrictamente funcionariales.

Rebeca Grynspan introducía un nuevo y enriquecedor elemento de reflexión. Decía: «No hay gobernanza económica mundial». Esto es una realidad y hay algunos ejemplos a los que luego haré referencia. El problema está en cuál va a ser la configuración a la que nos enfrentemos en el futuro. Rebeca hacía inciso en este importante aspecto. ¿Vamos a ir, como sería deseable, a una configuración multilateral donde los

protagonistas seamos todos los actores, donde seamos de verdad todos los países miembros, donde —como decía Enrique Iglesias— actuemos como átomos y no como células, es decir respetando la propia individualidad? ¿O, por el contrario, el futuro que nos espera es más una configuración por bloques? Y si la configuración va a ser por bloques, la pregunta que también nos hacemos es: ¿cómo van a ser esos bloques: como han sido históricamente, es decir, geográficos, o por el contrario, van a ser geopolíticos? Y ¿cuáles van a ser los elementos determinantes de la configuración de esos bloques geopolíticos?

Rebeca incidía mucho en la dramática transferencia de poder que se está produciendo en estos momentos entre el Norte y el Sur y entre el Oeste y el Este, y ponía unos cuantos ejemplos que creo que están en la mente de todos. Precisamente por eso nos proponía un surgimiento, así como una reflexión sobre lo que supone el surgimiento de nuevos actores sociopolíticos distintos de los clásicos que siempre hemos conocido. Siempre hemos pensado que serían los países, y si no éstos, las alianzas entre ellos, o los bloques que formaban, los que iban a definir la economía y la política mundial, pero Rebeca nos reveló algunos datos verdaderamente llamativos. Por ejemplo, que la Fundación Gates tiene un presupuesto de inversión superior a la suma de los tres programas estrellas que tiene Naciones Unidas para el reequilibrio. Esas grandes fundaciones, los movimientos sociales, las ONG —y no hablamos solamente de elementos positivos—, ¿no son acaso actores de la economía y de la política internacional, y elementos preocupantes y profundamente negativos? Pienso, por ejemplo, en el crimen organizado; pienso, por ejemplo, en el Estado Islámico. ¿Tenemos respuesta para esta nueva situación en la que nos encontramos?

Siguiendo la máxima del presidente Lagos de que la democracia es, sin duda, una condición necesaria pero no suficiente para el buen gobierno, la segunda conclusión a la que llega el Círculo de Montevideo es que la legitimación electoral, el sistema democrático de elección de los gobernantes es una condición necesaria, pero tampoco es una condición suficiente.



Enrique Iglesias incidió mucho sobre la democracia como el arte de la legitimación social, y en este extremo el presidente Sanguinetti también apuntó cómo viejas teorías, que muchas veces se han considerado superadas, son necesarias para conseguir esa legitimación. Por ejemplo: la separación de poderes; por ejemplo: el ejercicio efectivo de la libertad de expresión, y la parte medular de la misma, que es la libertad de prensa.

Al final, tenemos que volver a lo práctico. Carlos Slim insistía mucho en que el objetivo de cualquier política debe ser conseguir el bienestar social y que, por mucha legitimación de origen que tenga, si no hay una legitimación de ejercicio por la satisfacción de las genuinas aspiraciones de los ciudadanos, es decir, por ese bienestar social, no habremos alcanzado los objetivos. Luego, Natalio lo configuró en esa feliz definición del Estado como contrato fiscal.

Pero también se nos han pedido respuestas y algunas hemos dado, ya desde el campo teórico, ya desde el campo práctico. Empecemos por las segundas.

En primer lugar, Carlos Slim ha incidido en dos ocasiones en algo que, mucho más que una frase es, probablemente, el resumen de la situación en la que en estos momentos nos encontramos: «no estamos en una época de cambio; estamos en un auténtico cambio de época». Por lo tanto, tenemos que ser conscientes –incidía esta misma mañana en la reunión que hemos tenido con el cuerpo docente de la Universidad– de que estamos ante una auténtica revolución. Las revoluciones pueden ser cosas de un día o unos días, puede ser cosa de una época –como la Revolución Industrial–, o pueden ser revoluciones silenciosas, pero no dejan de tener la misma o superior capacidad de transformar la realidad que encontraron antes de empezar a implementarse.

Esta es una auténtica revolución; estamos ante un auténtico cambio de época. Y es por eso que tenemos que dar respuestas concretas.

Por ejemplo, en lo que respecta al sistema de control de las decisiones supranacionales –volvemos a uno de los elementos que más ha preocupado en las reflexiones del Círculo–, José Antonio Ocampo y Enrique Iglesias hablaban del papel de la ONU, del deficiente papel de Naciones Unidas.

Enrique Iglesias recordaba con emoción –nos sorprendería a algunos ahora– cómo, cuando se constituyeron las Naciones Unidas después de la Segunda Guerra Mundial, en Uruguay muchos jóvenes se lanzaron a la calle celebrándolo como una de las grandes victorias de la conquista de la democracia internacional. Sin embargo, hoy nos encontramos con realidades como, por ejemplo, que el sistema monetario está excluido de la capacidad de decisión de Naciones Unidas; el Fondo Monetario Internacional no responde ante la ONU. Nos encontramos, también, con que existen organismos donde se toman decisiones trascendentes que son capaces de modificar la realidad cotidiana de los países. Pienso, por ejemplo, en el G-20, en la OCDE. Pero, sin embargo, tampoco Naciones Unidas, es decir, la pluralidad de todas las naciones del mundo, tienen esa capacidad de, primero, participar en las decisiones, y después controlar la ejecución de las mismas. ¿No estamos marginando a los países emergentes? ¿No vamos a provocar con esto, no solamente algo que desde el Círculo se ha visto bien, que es la creación de nuevos instrumentos financieros, monetarios, geopolíticamente localizados, sino incluso, en su momento, un distanciamiento del espacio que nos convoca a todos, que es Naciones Unidas, como ese órgano capaz de diálogo, de tender puentes de resolución de conflictos?

La segunda respuesta nos la dio el presidente Lagos en una brillantísima exposición en la que él pretendía establecer cuáles deben de ser las relaciones entre la sociedad o, por decirlo de otra forma, entre el Estado y los mercados. Él dijo algo que es obvio pero sobre lo que, quizás, pocos hemos reflexionado: «Los ciudadanos somos todos iguales, sí, pero los consumidores no». La pregunta es: ¿qué Estado de bienestar estoy en condiciones de exigir sin colapsar con ello la economía? Porque todos partimos de la base de que si nuestras exigencias superan aquello que el propio sistema de mercado es capaz de producir, las consecuencias acaban siendo absolutamente perversas.

Aquí, la respuesta a esta inquietante pregunta nos la dio Natalio Botana, que se refirió, como antes decía, al Estado como un contrato fiscal. Él hablaba no solamente del Estado de Derecho, sino del Estado de derechos: de derechos individuales y de derechos colectivos. Precisamente por eso defendió algo que desde las viejas teorías clásicas se justificaba: el monopolio del uso de la violencia como algo que tiene que estar reservado al legítimo poder público. Él defendió para el siglo XXI la existencia de elementos de coacción: elementos de coacción legítima del Estado, precisamente para poder cumplir sus fines. Estos no pueden extenderse a todos los ámbitos de la sociedad, pero hay una serie de principios irrenunciables que sí tiene que abarcar.

Citaba los más importantes, en los que creo coinciden plenamente todos los miembros del Círculo. Por supuesto, el primero de todos ellos es la propia democracia, los derechos humanos, los derechos fundamentales, los derechos políticos; la seguridad, tanto la interior como la exterior, que es la que origina históricamente el nacimiento de los Estados; la educación.

Hace unos años, presidente, recordarás que en unas conclusiones semejantes a estas, en una ronda de preguntas en Santo Domingo, se le preguntó al Círculo de Montevideo cuáles eran, después de tantos años de reflexión, sus tres primeras prioridades. La respuesta del Círculo fue clara: «La primera, educación; la segunda, educación; la tercera, educación. Después nos pondremos a hablar de otras prioridades». Educación ha estado presente en la intervención de todos y cada uno de los distintos ponentes. Educación como un elemento capaz de transformar nuestra condición de súbditos del Estado en auténticos ciudadanos y, por lo tanto, titulares de esa soberanía nacional que debe de corresponder a todos los ciudadanos.

Se hizo, por parte del Rector, una importantísima referencia a la importancia de la lengua, a la importancia del español y del portugués como uno de los elementos claves para crear espacios conjuntos latinoamericanos de educación, y muy especialmente de educación superior. El nos recordó un feliz pensamiento

del Rector de Harvard que yo creo que todos deberíamos llevar permanentemente en nuestra memoria: «Si crees que la educación es cara, prueba con la ignorancia».

Felipe introdujo un elemento práctico: dijo que la educación, además de transmisión de conocimientos, exige transformar el conocimiento en una oferta que añada valor a los demás. Esta es una idea históricamente asumida –tengo que decirlo– por la Compañía de Jesús, que ha tenido una fuerte vinculación con los programas educativos de búsqueda de la excelencia, de la necesidad de formarte, no solamente para tu beneficio personal, sino para devolver a la sociedad lo que la sociedad te ha aportado, precisamente, procurándote esa excelencia educativa. Él lo resume con una frase muy acertada: transformar el conocimiento en oferta que añada valor a los demás. Es, por lo tanto, una auténtica labor socializadora también aquella que se deriva del proceso educativo.

Natalio, como antes decía, hablaba de esa necesidad de reclamar un contrato fiscal europeo. Reclamaba, también, que no se perdiese el sentido de la universalidad del propio Estado. Esto es algo que los españoles conocemos bien. ¿Por qué? Porque pertenecemos a la Unión Europea y muchas veces nos confundimos con las realidades. Si hiciéramos una encuesta y preguntáramos qué es el euro, todos contestaríamos que el euro es la moneda europea. Y desgraciadamente eso no es así, o no lo es todavía. El euro es la moneda española, y es, además, la moneda francesa, y también es la moneda alemana y es la moneda italiana; pero no es la moneda europea. ¿Por qué? Porque estamos en una unión monetaria, pero no estamos todavía en una unidad monetaria, como lo es el dólar para todos los Estados de los Estados Unidos de América, con una única Reserva Federal. Tenemos que ser conscientes de que hemos anticipado el *nomen* a la realidad. Por lo tanto, que desde Latinoamérica se nos invite a los europeos a reclamar ese auténtico contrato fiscal europeo, me parece que es algo que debemos escuchar con humildad y con agradecimiento.



Para terminar, presidente, hablaré de las soluciones concretas que se han puesto encima de la mesa.

En su intervención, Carlos Slim mencionaba el valor de la eficacia democrática en el desarrollo de todas y cada una de las distintas sociedades. Él defendía la pluralidad política y ponía un ejemplo de esa incorporación, referido a su país. Hemos mantenido una tensión enriquecedora entre la necesidad de fortalecer los partidos políticos, pero abrir la política a cauces ciudadanos alternativos a los propios partidos. Él citaba como ejemplo a los candidatos independientes que habían asumido responsabilidades de gobierno en México.

Criticaba, y con razón –en un Estado compuesto y complejo como el nuestro conocemos bien ese problema–, el exceso de leyes y la confusión que muchas veces genera para los operadores de mercado la distinta normativa, con distintos niveles: europea, estatal, autonómica, local. Esto hace muy difícil establecer esa seguridad jurídica a la que luego haré referencia. Desde el sector empresarial hacía una inteligente llamada a la generación de sistemas para la resolución de conflictos –tema que, a lo mejor, algún día debería ser objeto de debate–, alternativos al estrictamente recogido en el Poder Judicial. Nuestra Constitución de 1812, la famosa *Pepa*, ya lo introdujo: puso el arbitraje al mismo nivel que el derecho a la tutela judicial efectiva por parte de los tribunales de justicia. ¿Qué duda cabe de que, de cara a la agilidad, eficiencia y seguridad jurídica frente a los riesgos que tiene el descontrol, sobre todo con organismos supranacionales, arbitraje y mediación deben ser sistemas por los que caminemos para la resolución de los inevitables conflictos complejos en las sociedades?

Hablaba una vez más de la formación del capital humano como base de la nueva sociedad e hizo una muy inteligente reflexión sobre la importancia del urbanismo en la conformación de las conductas de las personas, y la necesidad –creo entenderlo así, aunque él no lo explicó con esa contundencia– de seguir más un modelo europeo que un modelo anglosajón, en el sentido de no separar los espacios donde las personas habitamos, donde trabajamos, donde acudimos a nuestras ofertas de cultura y de ocio, sino –precisamente, además, para ahorro de costes económicos y evitar des-

plazamientos– generar espacios de carácter compartido.

Alejandro Bulgheroni nos hizo una interesantísima exposición. Si me permiten una reflexión personal, quiero decir que empezó hablando de su padre y de sus hijos; fueron sus primeras reflexiones y me quedo con ellas, no solamente por el carácter entrañable que tienen, sino por la puesta en valor de lo que significa la empresa familiar, la continuidad de aquellas actividades entre padres e hijos, la percepción de que los que estamos en un momento determinado gestionando un patrimonio, una actividad, no somos propietarios, sino única y exclusivamente tenedores, poseedores, pero tenemos la obligación de transferirlo a la siguiente generación. Y esta reflexión, ciertamente orteguiana, no solamente vale para la economía, sino también para el gobierno de un país.

También nos dio unos elementos de optimismo: señaló que la población va a aumentar –esto es obvio, aunque probablemente no en el mundo occidental–, pero nos dijo que además de aumentar la población va a aumentar el consumo y que va a haber nuevos acuerdos de libre comercio, por lo que tenemos que estar preparados. Asimismo, aparte de su bien conocida reflexión sobre la energía, introdujo otra sobre el uso de las nuevas tecnologías para hacernos más competitivos, y no solamente pensaba en los nuevos espacios, sino también en los nuevos sectores productivos.

El presidente González hizo una afirmación que yo creo que es contundente y nos debe llevar a ese optimismo que Alain Touraine mencionaba al final de su exposición, que no resumo porque todos ustedes han podido escucharla directamente. González se refirió a una primera parte obvia, pero la segunda nos llena de esperanza. Nos dijo: «La democracia no garantiza un buen gobierno» –hasta ahí la parte triste, pero viene la positiva– «pero sí garantiza que podamos echar a los malos gobiernos». Esa es, verdaderamente, la grandeza de la democracia.

Y nos decía Felipe González que hay tres elementos del buen gobierno.

El primero es la previsibilidad. La previsibilidad es determinante, es la seguridad jurídica, y es un ele-

mento tan competitivo como pueden ser las buenas infraestructuras de transporte de personas, de mercancía, de información, o como puede ser la formación del capital humano. En un mundo globalizado, donde el capital puede elegir dónde localizar su inversión, evidentemente la seguridad jurídica es la previsibilidad del resultado, tanto de la bonanza como del conflicto que hipotéticamente puede surgir. Entonces, es determinante.

En segundo lugar –hemos hablado mucho de ello–, tenemos la eficiencia; y, en tercer lugar, la transparencia.

Y González introdujo algo que para mí es novedoso y nos afecta directamente porque es uno de los grandes y graves problemas que hemos tenido en España en los últimos tiempos, que es la corrupción. La corrupción, evidentemente, nace de una voluntad –ciertamente perversa y contraria al bien común y a cualquier norma ética– de utilizar lo que es de todos para un beneficio propio. Combatir eso es una tarea ética y de educación, y es ciertamente difícil.

La corrupción puede nacer, también, de una norma sancionadora insuficiente. Es necesario que seamos beligerantes en establecer, a través de normas penales, un reproche severo de la sociedad a quien se corrompe.

Pero la corrupción, decía el presidente González, nace también del oscurantismo, del desconocimiento, de la falta de control, como consecuencia de que el proceso de decisión –de adjudicación, en definitiva– queda reservado a unos pocos. Él proponía algo que, a mi juicio, puede ser una auténtica revolución en el futuro, que es la transparencia a través de las nuevas tecnologías, la transparencia a través de unos procesos que, mediante los procedimientos informáticos –él se refería especialmente a la ejecución del presupuesto– sean conocidos por todos los ciudadanos, no en el momento de su ejecución, sino desde el mismo momento de la conformación de una decisión. Si esa transparencia existiese en los poderes públicos, a pesar de los desórdenes éticos o a pesar de la insuficiencia sancionadora, sin duda habría muchas menos oportunidades de incurrir en conductas de corrupción. Por eso me parece que es una aportación valiosa.

Precisamente, cuando el presidente González estaba hablando de la transparencia se interrumpió la sesión; y ocurrió porque entró un grupo que dijo ser de estudiantes –no sé si lo eran todos, y algunos habían escuchado hasta entonces– que, mediante la proclamación de sus consignas, no solamente quisieron hablar, sino que, además, impidieron que nosotros siguiésemos hablando.

El Círculo, les escuchó, les dio un tiempo para manifestar sus criterios y, una vez que habíamos conocido cuáles eran sus reivindicaciones, Isabel, en nombre de todos, les pidió que nos permitiesen continuar. Pero no nos dejaron continuar esta sesión hasta bien pasado el rato.

He pedido permiso al presidente Sanguinetti, y me dirijo ahora a ti, presidente González, para traer aquí una reflexión.

Mi padre era una persona de derecha y conservadora, pero profundamente demócrata. Desde su ideología conservadora intentaba construir un sistema democrático, y en 1956, en la Universidad Complutense de Madrid, organizó una estructura sindical alternativa a lo que entonces era el sindicato obligatorio de estudiantes, es decir el SEU. Como consecuencia de esos movimientos, por expresar esa opinión divergente con el poder, mi padre fue detenido y encarcelado, y estuvo durante tres meses –por cierto, sin procedimiento– en la cárcel de Carabanchel, uno de los establecimientos penitenciarios de la ciudad de Madrid.

Ayer, unos chicos, probablemente con menos educación de la que estoy convencido mostró mi padre cuando hizo su protesta en 1956, no solamente manifestaron su discrepancia, sino que, además, interrumpieron un acto que, si no es académico, se desarrollaba en sede académica. Mi padre, cuando terminó su protesta tuvo que estar tres meses en la cárcel; estos chicos, cuando terminaron su protesta salieron a la calle, probablemente tuvieron una buena tarde de viernes y esta noche han dormido todos en sus casas. ¿Por qué? Porque personas como Felipe González convirtieron un régimen de dictadura en un régimen de libertades.



Por eso, presidente, no solamente en nombre de mi generación, que vivió la transición desde su adolescencia o juventud, sino sobre todo en nombre de la generación de mis hijos, que es la misma que la de los chicos que ayer estuvieron aquí, quiero agradecerte a ti y a todos los que trabajaron contigo en España, y en tu persona a todos los dirigentes del Círculo de Montevideo que hicieron lo mismo en sus respectivos países, que cuando se manifiesta una protesta, aun perdiendo las formas de la educación, la respuesta sea única y exclusivamente el silencio y el respeto, y no la pérdida de la libertad. Eso es lo que hemos ganado y creo que eso es lo que tenemos que enseñarle, también, a las nuevas generaciones.

Termino diciendo que el presidente Lagos nos hizo un feliz resumen de cuáles tenían que ser los requisitos básicos para esa eficiencia de funcionamiento del Estado que nosotros demandamos. Habló de los derechos humanos, habló de los equilibrios económicos compatibles con la inversión, habló de la transparencia y firmeza, y habló de algo bellissimo que es la audacia, ese impulso rebelde. Nos dijo —o se los dijo a aquellos que todavía ejercen la política desde su experiencia— que hay que modificar, no solamente las políticas de fracaso y jamás considerar el error como un fracaso sino como el estímulo para un nuevo intento, sino también —y tenemos que ser conscientes de ello— las políticas de éxito, porque los paradigmas de ayer no valen para hoy. Y nos animó a todos a que mantuviésemos el rumbo y a que lo hiciésemos por encima de las coyunturas; y yo me atrevería a decir a los políticos en activo: por encima de las legislaturas.

También mencionó un clásico que creo oportuno recordar hoy: un político no debe trabajar para las próximas elecciones, sino para las próximas generaciones.

Y como decía el presidente Lagos: la razón de las ideas nunca cabe con la pasión de los ideales.

Rebeca —y esta es mi última cita— terminó con un reto; un reto ambicioso, que a muchos les puede parecer ilusorio. Dijo algo tan fascinante como que esta debe ser la generación que acabe con la pobreza extrema en el mundo.

Señores del Círculo de Montevideo, miembros del claustro académico, señoras y señores: aunque pueda parecer un reto inalcanzable, nuestra generación, la de ustedes y especialmente la de los jóvenes, ¡puede y debe acabar con la pobreza extrema en el mundo! Es verdad que Enrique Iglesias nos dijo que para eso necesitamos alcanzar una nueva conciencia social y, desde luego, no caer en la cultura de la indiferencia. Y Belisario Betancur, con sus bellísimas palabras de siempre, nos recordó aquel cuento de García Márquez *Me alquilo para soñar*. Pero no pensemos que es un sueño, porque nuestro presidente, el doctor Sanguinetti nos lo ha recordado muchas veces: la esperanza es el sueño del hombre despierto.

Y con esto, señor presidente, señoras y señores, como le gusta decir al presidente González cada vez que terminamos una reunión del Círculo de Montevideo, seguiremos esta larga conversación.

Muchísimas gracias.

15 - Cierre y espacio de preguntas, con la prensa acreditada.

Julio María Sanguinetti
Carlos Slim
Belisario Betancur
Felipe González
Ricardo Lagos
Rebeca Grynspan
Alejandro Bulgheroni
Natalio Botana
Enrique Manhard
Alberto Ruiz Gallardón
Alain Touraine

PARA 12 TV, Elsa Martínez.

Buenas tardes.

Deseo agradecer profundamente a la Universidad de Alicante y a todos ustedes por tenerles aquí. Es un honor y un privilegio poder escuchar el criterio y la sabiduría de personas como ustedes.

La pregunta es muy sencilla. En la crisis de la democracia representativa –me encanta el título, precisamente porque en el día de ayer hubo aquí un espectáculo que pone de manifiesto esa crisis–, ¿cuál es el valor de las nuevas tecnologías?

Creo que se ha hecho bastante referencia a esa nueva oportunidad, que también entraña riesgos como los de ayer; pero en esa revolución estructural –me atrevería a decir– que estamos viviendo, que sin duda es un hito histórico en los últimos ciento y pico de años, ¿cuál es el papel de hechos como WikiLeaks? ¿Qué significa la información globalizada, tanto en cuanto a riesgos o peligros, como a nuevas oportunidades para una democracia real, para esa democracia informativa que suponen las redes sociales y las nuevas tecnologías?

Felipe González

Vamos a ver; creo que hablamos de eso ayer.

Yo no veo riesgos; veo, como se ha dicho, que se introduce una nueva tecnología que es multiuso, y ya se puede utilizar para desarrollar el Estado Islámico o el tráfico de drogas, o se puede utilizar para hacer lo que se desee positivamente.

Verán, aunque sea un poco cursi voy a ir al origen de esto. Lo que estamos viviendo es una revolución de comunicación entre los seres humanos. Dice Slim muchas veces que desde que el hombre se puso sobre dos patas y empezó a pensar, busca la comunicación con el otro, sea cual sea ese otro –los flujos migratorios son eso–, y por primera vez en la historia el ser humano es capaz de comunicarse con el otro, esté donde esté, en tiempo real. Por tanto, esa barrera que podemos interpretar como tiempo que tardas en comunicarte o como espacio que te distancia del otro, ha desaparecido. Por



lo tanto, estamos en una situación radicalmente nueva: poder comunicarse en tiempo real.

Incidentes como los de ayer forman parte de la sociedad de las redes: en veinte minutos se comunican a través de redes sociales, no solo movimientos, sino consignas. Ayer comprobaba —y es la parte que me produce pesar— que algunos de los muchachos o muchachas que gritaban la consigna no sabían a qué se referían; eso no importaba. Quien sabía a qué se refería y qué intención tenía fue quien puso en marcha el mecanismo de las redes sociales.

Eso, ¿es malo o bueno? Es una de las consecuencias de la revolución tecnológica. Pero lo que se mencionaba ayer para facilitar la transparencia en los nuevos ayuntamientos, en los nuevos gobiernos locales, también es una consecuencia de la revolución tecnológica.

Alberto se refería a eso: a la posibilidad de que existiera un *software* en el que se introdujera el presupuesto desde el día en que se aprueba, con la previsión de ingresos y la previsión de gastos, y en abierto se fuera actualizando permanentemente la información sobre cómo evolucionan esos ingresos —de lo cual depende la política de gastos que se lleva adelante, salvo que te disparetes— y cómo evolucionan los gastos, cómo se ejecutan. Eso elevaría el nivel de transparencia.

Y aclaro que no hablo de la transparencia a la que normalmente nos referimos, que también critiqué ayer. Precisamente, integraba el Consejo Europeo cuando decidieron que era mejor que entraran las cámaras de televisión a sus deliberaciones, con lo cual duplicamos su duración, porque se sumó el tiempo que cada jefe de Estado y de gobierno dedicaba a hablarle a la cámara y, por tanto, a su público, al tiempo que dedicábamos a llegar a acuerdos, que ya era sin cámaras.

Por eso tengo una cierta precaución al hablar de en qué consiste la transparencia.

Pero volviendo al tema del uso de un software de ingresos y gastos —no minuto a minuto, como diría Slim, sino semana a semana, porque hemos visto lo que ocurre con la contabilidad electoral, que se marca minuto a minuto y cuando va en 0,3% del conteo da un

resultado disparatado, pero igual todos estamos enganchados—, creo que sería una extraordinaria limitación a las prácticas corruptas, porque cantaría con absoluta eficacia por qué se retrasa la tramitación de un expediente. Perdonen que me detenga en esas cosas. ¿Por qué el expediente que estaba en equis lugar ha pasado al lugar número quinientos? O, por el contrario, ¿por qué el último que entró ha pasado a estar arriba?

¿Por qué siempre, inexorablemente, hay reformados cuando se hace un contrato de obra? Ahora hay prácticas bien curiosas en las contrataciones del Estado. Y advierto que hoy, para formar una empresa, para ir a los contratos, solo se necesita un ordenador; a veces, ni siquiera el apoyo de una secretaria o un secretario. Con un computador cualquiera y una razón social, alguien puede presentarse a un concurso público y, sobre la mejor oferta, hacer una quita del 12% o 14%, que es lo que necesita una empresa establecida para mantener su propia estructura y plantilla. Obviamente, después no va a ejecutar la obra, la concesión, sino que la va a subcontratar.

Por lo tanto, la revolución tecnológica —ayer trataba de explicarlo así— ha producido impactos muy serios sobre la gobernanza de la democracia representativa. Me refiero a la democracia representativa y no al autoritarismo porque es el menor de los males del planeta. A veces se cuestiona la democracia representativa y yo no tengo ningún inconveniente en que se la cuestione, siempre que se proponga algo mejor, y hasta ahora no he visto que nada de lo propuesto sea mejor.

En definitiva, decía, hay que mejorar la gobernanza.

El tema clásico lo ha citado Alberto Ruiz Gallardón: previsibilidad —obviamente—, eficiencia, respeto de la división de poderes, respeto de las minorías, empezar a comprender que el cumplimiento de la legalidad nos protege a todos en el ejercicio de las libertades. Alguien puede decir: «No estoy dispuesto a cumplir las leyes que me parezcan injustas». ¡No! Usted dirá que está dispuesto a cambiarlas, pero no a no cumplirlas.

Cuando en México estaba Benito Juárez, decía: «A los amigos, justicia y gracia; a los enemigos, la ley».

Y Emiliano Zapata, que pedía la revolución agraria, también pedía el cumplimiento de la ley. ¡Qué curioso que un revolucionario pidiera que la ley se cumpliera! Y es que sabía que la ley era el único mecanismo de protección de los débiles, porque la ley se la salta con mucha más facilidad un poderoso.

Pero además de esos instrumentos, como decía, hay impactos en la gobernanza que se derivan, directa o indirectamente, de la revolución tecnológica. El impacto más notable es la supranacionalidad. El Estado-nación como ámbito de realización de la soberanía y la democracia está desbordado supranacionalmente. La construcción europea es voluntaria, es decir, soberanía compartida voluntariamente –aunque algunos no lo entiendan, es un proceso de compartir soberanía–, pero también internamente hay una supranacionalidad y una intranacionalidad. El poder del Estado central es más distante que el poder local, no sólo del ciudadano sino de lo global. Por tanto, hay una intermediación curiosa: una descentralización hacia abajo y una descentralización hacia arriba, lo cual dificulta la gobernanza.

Los ciudadanos votan y comprenden que los gobiernos están desbordados por decisiones –de las que habló antes Alain Touraine– que se van a tomar mucho más allá de la frontera de su país y de su voto.

El otro impacto que a mí me llama la atención –me apasiona, diría–, que deriva directamente de la revolución tecnológica, es la irrupción de las redes sociales como un mecanismo de comunicación horizontal nuevo, radicalmente distinto. El director de Google dice que ahora la red se llena de basura, y ¡es verdad!, se llena de todo: de lo bueno y de lo malo. Ahora la información se ha convertido en un bien mostrenco, como el aire. Pero, de esa superabundancia de información, ¿se deriva una mejor o mayor calidad de conocimiento? Les aseguro que no. Porque procesar una información tan abundante para orientarse hacia buenos resultados –en la filosofía alemana dirían «para encontrar la verdad»– es cada vez más difícil, en el sentido filosófico del término.

Por tanto, estamos con una revolución tecnológica, una revolución de comunicación entre los seres humanos que está alterando todo; según Ruiz Gallardón, hasta el Derecho. En realidad, el Derecho Mercantil se basa más en un buen *software* diseñado por un ingeniero y no por un jurista. De ahí sale Amazon y tantas miles de cosas. ¿Dónde se paga el IVA, cuando uno puede encargar un elefante y se lo mandan en un paquete?

Ese impacto en la gobernanza de la democracia representativa todavía no lo hemos asimilado. ¿El parlamento puede funcionar a la velocidad de crucero, no ya de la prensa, sino de las redes? ¡Imposible! Las redes no solo son inmediatas, sino «inmediáticas», porque también impactan. Y el parlamento tiene que seguir siendo –lamento decirlo, porque la gente no lo aceptará– un mediador en términos de reflexión y reposo, para que las leyes que derivan del él no sean un movimiento compulsivo del minuto en el que estalla un escándalo en las redes sociales y parece que todo el mundo está en una determinada corriente. El parlamento se inventó en la democracia representativa para que fuera un órgano de reposo, de serenar el juicio, para que no haya un cambio como establecer la pena de muerte hoy porque ha habido un crimen horrible, y mirarla mañana como un horror que exista.

Por lo tanto, estamos con un problema. Se trata de un desafío apasionante y la mayoría de los políticos –ya no sólo de mi edad, sino de mucho menos edad que yo– todavía son incapaces de asumir lo que significan las redes sociales, incluyendo lo que nos pasó ayer. Está bien; de verdad. Sé que esta insultada entristece mucho más al rector que a mí y a muchos de mis amigos, de los que me quieren. Y vivirla, además, exactamente con la misma técnica de redes sociales, pues, casi me divertía, y sé que la voy a vivir otras pocas veces. Y me divierte porque para mí no es tan difícil encontrar el origen.

NOTICIAS CUATRO, Rubén Dempere.

Mi pregunta es para el señor Slim.

Me gustaría que concretara un poco más su propuesta laboral, sobre todo en lo que respecta a los salarios, o sea, cómo quedarían los salarios en esa jornada laboral concentrada.



Carlos Slim

No se trata de una solución por decreto, sino que me parece un asunto casi aritmético, ya que hay más gente trabajando, es mucha mayor la productividad, hay máquinas más grandes, más anchas y más rápidas realizando los trabajos. Evidentemente la tecnología acelera el proceso productivo y los servicios, de manera tal que se necesita menos gente para hacer las mismas cosas. Por tanto, va a haber que impulsar las actividades que generen más empleo y promover aquellas nuevas generadoras de empleo, como es el entretenimiento, el turismo, la educación, y también la salud, porque con mayor expectativa de vida, la gente va a tener que trabajar más.

La idea busca varios efectos. Uno de ellos es dar cabida a que trabajen más personas: tener al personal en las empresas trabajando tres días de once o doce horas –las que correspondan–, da cabida a que, para completar seis jornadas de trabajo intenso u horario completo, los otros tres días trabaje otro grupo. Pero las personas, los trabajadores, los empleados, tendrán cuatro días para prepararse, para capacitarse para mejores trabajos; o si quieren o necesitan más dinero, o son muy trabajadores y quieren trabajar mucho, para tener dos trabajos y mejorar su calidad de vida. Creo que lo importante es que puedan capacitarse para un mejor trabajo. Pero, además, esos cuatro días libres van a servir para crear nuevas actividades económicas que van a ser muy importantes para, a su vez, generar más empleo.

Esto va a acabar llegando tarde o temprano, y más rápido de lo que se supone.

Por otro lado, estas personas que quizás trabajarán alguna hora menos, también se transportarán menos tiempo, ya que quienes viven a una hora de distancia de su trabajo se ahorrarán dos horas. Pero también tendrán que jubilarse más tarde. Si en lugar de jubilarse a los 62 años se jubilan a los 75, son trece años más de aportación de cuotas y trece años menos de pago del fondo de retiro, ya sea empresarial, personal, individual o del Estado; eso permite sanear la situación financiera de grandes dificultades del Estado para poder pagar las pensiones tempranas.

Pienso que los salarios deberán ser prácticamente iguales. Los horarios de trabajo no serán muy diferentes porque serán once horas efectivas, cuando actualmente, dentro de las cuarenta horas hay *lunchs* y algunas otras interrupciones que llevan a que al final sean menos de treinta y cinco las horas reales. No son equivalentes, son un poco menos, pero al mismo tiempo las personas trabajarán 75 años. Las empresas que tengan planes de pensiones propios, como ocurre en muchos países –en España creo que es combinado con el Estado–, que individualizan cuentas para los trabajadores, o un fondo global para jubilarse de acuerdo con algún programa de retiro, tendrán que aportar menos a ese programa porque, en lugar de hacer los cálculos actuariales con 60 o 65 años –o los que corresponda–, los harán con 75. Quiere decir que eso que deja de aportar al fondo puede compensar el que se trabajen menos horas y haya más trabajadores.

Entonces, concretamente, la idea es que se paguen salarios básicamente iguales a los que se están pagando ahora, pero que las personas trabajen hasta mayor edad, en virtud de que ahora, por la sociedad del conocimiento, de la información, cuando lleguen a los 60 años las personas que hoy tienen treinta o cuarenta, probablemente la esperanza de vida ya será de 90 años o más. Es importante tener en cuenta que, en el futuro, esta edad puede ser aún más elevada.

Manuel Palomar - Muchas gracias.

LA SEXTA NOTICIAS, Javier Borrás.

Mi pregunta es para el señor Felipe González.

Hablando de la democracia representativa, es vital saber cómo se eligen los representantes, cómo se elaboran las listas de todo un partido. Precisamente, hoy se van a votar esas listas en el Comité Federal del PSOE, y quería preguntarle, presidente, si usted sabe a qué obedece que se incluya a Irene Lozano, alguien que ha sido tan crítico con el Partido Socialista, y si entiende el malestar del Partido Socialista andaluz cuando esta persona se ha dirigido a sus integrantes como saqueadores de cajas y a Andalucía como el cortijo.

Gracias.

Felipe González

La responsabilidad que tenemos los políticos cuando venimos a hablar de algo es no hablar de otra cosa, a fin de que lo que hemos hablado no quede en el silencio o se aparte.

Sin embargo, aunque yo no me he enterado de cómo se han elaborado las listas, voy a decir que esto no es la primera vez que ocurre. Recuerdo que también hubo una reacción así en algún momento, cuando se incorporó Rosa Aguilar. No estoy siguiendo cuáles son las reacciones y no estoy seguro de que haya o no molestias. En fin; imagino que si se incorpora a esta persona, a la que no conozco en absoluto, será porque el espacio parece el adecuado. Por lo tanto, o ha dicho algo inadecuado antes y de alguna manera se tendría que rectificar, o no creía en lo que estaba diciendo. Pero no creo en ninguna de esas cosas. La verdad es que no estoy siguiendo eso ni me parece muy relevante.

Me parece más relevante decirles que cuando Slim plantea lo del tiempo de trabajo pienso, de verdad, que dentro de diez años esto ya no se discutirá, porque el reparto del tiempo de trabajo disponible es una necesidad ineludible de la sociedad en la que estamos viviendo.

Ahora, ¿cómo se dignifica el trabajo? Partiendo del reparto del tiempo de trabajo disponible, es discutible. ¿Cómo se organiza la jornada? ¿Cómo se liga la retribución a la productividad?

Comprendo que lo de las listas les interese mucho, pero yo hace ya mucho tiempo que no estoy listo para una lista.

JEFE DEL SERVICIO DE PEDIATRÍA DEL HOSPITAL GENERAL UNIVERSITARIO DE ELCHE Y PRESIDENTE DEL COLEGIO DE MÉDICOS DE ALICANTE, José Pastor.

Buenos días.

Quiero felicitar al señor Felipe González por haber aceptado de una forma tan democrática lo que ocurrió ayer, propio de un lugar como la Universidad, llena de jóvenes cuya expresión puede no seguir los cauces reglamentarios. Yo creo que hay que aceptarlo en un ambiente como este.

Pero mi pregunta no era para él sino, quizás, para el profesor Touraine.

Todas las tecnologías de la información y la comunicación han afectado muchísimo a nuestra profesión, dado que en estos últimos cuarenta años ha sido tremenda la posibilidad de interrelación. Del mismo modo que en nuestro caso el paciente ha pasado de ser pasivo a ser un paciente activo, creo que el ciudadano, gracias a este desarrollo de las nuevas tecnologías, también podrá convertirse en un ciudadano activo y volver, quizás, a aquel experimento único e irrepetible que se produjo en la democracia ateniense, permitiendo, en vez de esta democracia representativa que ahora puede estar con cierto problema de gobernanza, una democracia directa, en la que el ciudadano vuelva a ser el protagonista.

Muchas gracias.

Alain Touraine

Se trata de temas muy importantes, a tal punto que no comparto la idea –muy difundida y muy respetable– de que en el futuro o en el presente los problemas centrales y más agudos son los de la educación. Yo diría que eso fue cierto en el gran siglo de la educación, que fue el siglo XVIII; después, hubo predominancia



de los problemas de trabajo; y por las razones que indiqué, yo creo que los problemas centrales en el momento actual y en el futuro próximo son los de la salud, es decir, la relación del individuo y de la organización social con los problemas de la individualidad y los problemas de la personalidad. En eso, francamente, no creo que las tecnologías sean muy importantes. Creo que lo fundamental que está pasando ahora, de manera bastante interesante y activa, es la relación del individuo con su propia experiencia. Voy a tomar el ejemplo más difundido y conocido: en muchos países existen grupos de personas enfermas, en la mayoría de los casos de cáncer –yo participé en alguno de estos grupos–, que se unen para compartir, para reconstruir su vida, su proyecto, sus relaciones, su vida familiar, su vida individual, a través de la experiencia de la enfermedad, transformando esa enfermedad en una manera de vivir la totalidad de su experiencia personal. Ese es el cambio real. De la misma manera que en el gran debate sobre el fin de la vida, el tema básico es dar al individuo la responsabilidad última: la del comienzo, a través de sus padres, y la del fin, mediante su propia vida.

Eso es, realmente, una transformación cultural, una transformación de la definición del significado de la experiencia, sea de enfermedad, de trabajo, de accidentes o de problemas de cualquier tipo.

Entonces, quiero aprovechar esta oportunidad para decir que hay que mantener como prioridad absoluta la transformación o la formación de un nuevo sistema de significado de la experiencia, sea económica o de educación, es lo mismo. En el hospital, por ejemplo, el primer paso es crear espacios individualizados para los médicos, para los enfermeros o enfermeras y para los enfermos; lograr que no haya un control administrativo completo del espacio, del tiempo e, incluso, de las iniciativas del tratamiento médico.

Por lo tanto, creo que no hay que dar tanta importancia a los problemas de la tecnología porque, básicamente, se trata de un cambio de significado de la enfermedad, que no es algo que venga de afuera, sino parte de la manera de definir el sentido de su propia existencia.

ESTUDIANTE, Alejandro Lillo.

Quiero destacar que estoy muy contento de haber podido estar en aquí, en la reunión del Círculo de Montevideo, donde se han dicho cosas muy interesantes que sería ideal que se pudieran llevar a la práctica, porque muchas veces lo pensamos pero practicarlos en la sociedad es difícil.

También estoy contento y orgulloso de que esta reunión se haya podido celebrar en la Universidad de Alicante, ubicada en mi ciudad, que es San Vicente.

Quiero felicitar a Manuel Palomar por el éxito de estas jornadas.

Estos días hemos hablado, fundamentalmente, de dos conceptos: la democracia y el Estado de bienestar que, me parece –y pienso que la mayoría de los que están acá así lo creen–, son dos de los logros más importantes que ha construido la humanidad.

Ayer, Natalio Botana nos habló del sexteto de derechos irrenunciables que debe promover el Estado, pero creo que también somos conscientes de que cada vez le exigimos al Estado más cosas, aparte de esos derechos irrenunciables.

Felipe González dijo, también, que la función de los gobernantes es encontrar el modelo interdependiente que genera el excedente de la economía para poder mantener ese Estado de bienestar.

Mi pregunta, principalmente a Felipe González, es si este creciente Estado de bienestar y el juego de la democracia, en el que los gobernantes, lógicamente, cada vez ofrecen más cosas a ese Estado de bienestar, no podría generar una burbuja que pueda explotar.

Felipe González

Creo que nosotros empezamos a construir muy tarde de lo que serían los cimientos del Estado de bienestar.

Me gusta más hablar de «sociedad de bienestar» que de «Estado de bienestar». Aunque sé que es una batalla que tengo perdida, considero una contradicción en sus términos homologar «Estado» y «bienestar», y me parece que «sociedad» y «bienestar» es más razonable.

Como decía, nosotros llegamos muy tarde a eso. En los años ochenta fue cuando sentamos las bases, los pilares del Estado de bienestar, a través de dos mecanismos absolutamente clásicos de redistribución indirecta del ingreso que se generaba, destinándolo a la sanidad universal, al sistema sanitario público –la llamada *ley Lluich* por un hombre, un buen catalán al que después asesinó ETA–, y al acceso a la educación universal y gratuita hasta los 16 años, logrado solo ciento sesenta años después de que lo hubieran decidido los franceses. Después, la universidad cambió muy rápidamente: llegué al gobierno con 600.000 universitarios y salí con 1.500.000, de los cuales 900.000 eran becarios. Por lo tanto, cambió un poco ese panorama con el esfuerzo que hicimos.

Ahora nos planteamos, y debemos seguir planteándonos, cuáles son los factores de sostenibilidad de la cohesión social, de la sociedad del bienestar más que del Estado del bienestar. Nos lo debemos seguir planteando, decía, y no solo por las razones inmediatas de crisis económica, que todavía no hemos superado. Ahora parece que estamos en la cola de la crisis, pero es como la figura de los zorros, que tienen más cola que cuerpo; yo solo lo advierto porque, como todavía nos queda –más allá de las campañas electorales– algún sufrimiento por delante, habría que verlo.

Pero más allá de la crisis, nosotros tenemos el problema de ver cómo nos insertamos en la economía global de manera competitiva. A la izquierda le da más

miedo hablar de competitividad, pero si no hay un economía eficiente y competitiva en la globalización, en la realidad global interdependiente, no se creará el excedente que necesitamos para que la economía siga siendo una economía social de mercado, que fue la gran aportación europea.

Por tanto, necesitamos eso: un proyecto de economía competitiva y eficiente. Después, necesitamos un pacto social, un pacto de la sociedad para analizar los factores de sostenibilidad, que están alterados, no porque tengamos menos producto por habitante del que teníamos en 1985, cuando se creó el Sistema Nacional de Salud, que teníamos la tercera parte del producto por habitante, sino porque hay nuevos factores que ponen en cuestión la sostenibilidad. Uno de esos factores lo mencionaba Slim hace poco, indirectamente: la población vive mucho más; las enfermedades crónicas tienen un coste sanitario enorme, etcétera, etcétera. Entonces, tenemos que analizar los elementos de sostenibilidad.

Cuando hablamos del Estado, yo creo que hay que rescatar el concepto de ciudadanía, que lo estamos perdiendo. La ciudadanía no es un paquete de derechos, sino de derechos y obligaciones; si no, no hay ciudadanía. Se está resquebrajando porque estamos creando una especie de ciudadanía de derechos sin ninguna conciencia de la ciudadanía de obligaciones. Eso, por un lado. Por el otro, estamos menospreciando la ciudadanía como concepto básico en el que se fundamenta cualquier tipo de democracia en sociedades complejas, y sustituyéndola por sentimientos de pertenencia. Es más, cuando oigo a Alberto Ruiz Gallardón hablar de derechos individuales y colectivos, debo decir que derechos colectivos no hay; hay derechos que afectan a colectivos, pero el ejercicio del Derecho es siempre individual, siempre termina en el ciudadano. El que tiene derecho a una asistencia sanitaria es el ciudadano; el que tiene derecho a la educación es el ciudadano.

Entonces, lo que digo es que nosotros tenemos la obligación de repensar, re decidir qué proyecto de so-



ciudad queremos. Yo creo que la cohesión social es un elemento imprescindible para que haya patria con fraternidad, porque no creo que exista una patria sin fraternidad, –aunque hay algunas madres patrias que para sus hijos son madrastras, como dice un amigo filósofo–, máxime si se le quiere dar sentido a la economía.

Decía Alain Touraine, citando nada menos que al papa Francisco –y también se mencionaba ayer en el seminario–, que si se le quiere dar sentido a la economía, debe ser al servicio del hombre. Si no, ¿qué sentido tiene la economía? Cuando denunciamos hechos-problema que se están planteando, debemos recordar que la sociedad de la globalización es la sociedad de la libertad de los movimientos de capital, de la libertad de las inversiones, de la libertad del comercio; es la sociedad de todas las libertades, menos la de los seres humanos de moverse. Se supone que las otras libertades se están desarrollando al servicio de los seres humanos. ¡Se supone! No digo que el provecho individual no sea un motor pero, desde el punto de vista político, se supone que se facilitan las libertades –de todo: de movimiento de capital, de establecimiento, de inversiones, de comercio, etcétera– porque eso mejorará las condiciones de vida de los seres humanos. Pero esas libertades se contradicen con lo otro.

Entonces, lo que propongo, lo que sugiero, lo que creo que hay que hacer –y hay que hacerlo en cada época de la historia– son reformas, pero reformas de verdad, porque todo el mundo habla de ellas pero la verdad es que yo he visto pocas reformas en el tiempo que llevamos soportando la crisis.

Con respecto a este tema, hay algo que ha dicho Alain Touraine que me interesa mucho resaltar para encajarlo en la revolución tecnológica. Hay dos tipos de reformas como innovación: aquellas que mejoran el proceso de toma de decisión, y las disruptivas, las que cambian el proceso de toma de decisión y producen un resultado mejor. Necesitamos los dos tipos de reformas para encastrar las nuevas realidades, pero si renunciamos a la economía social de mercado habremos renunciado a los objetivos más nobles de la construc-

ción europea en el siglo XX. ¡Y yo no estoy dispuesto a renunciar a eso! Debemos adaptarlo a la realidad actual y no mentir. Si no somos competitivos, no tendremos economía social de mercado. Es un cuento cuando se promete igualdad, pero esa igualdad es para repartir miseria; la miseria siempre se reparte de manera desigual, porque la nomenclatura nunca vive en la miseria.

Por lo tanto, tenemos que hacer eficiente la economía, tenemos que explicarlo, tenemos que ligar los salarios a la productividad para dignificar el trabajo; en definitiva, tenemos que hacer un esfuerzo de ciudadanía.

Manuel Palomar - Muchas gracias.

Ahora sí tiene que ser la última pregunta y con ella acabamos porque ya tienen que marchar nuestros invitados.

ESTUDIANTE, Marcia Kesler.

Buenas tardes.

Soy alumna del grupo de universidades de Andalucía –la UNIA, la Universidad de Jaén, la Universidad de Granada, un consorcio denominado Pablo de Olavide– y en mi país, Brasil, estoy terminando una tesis para un doctorado sobre democracia y transición democrática.

He apuntado algunas cosas: «Separación de poderes y libertad de expresión», mencionadas por el señor Enrique Iglesias; «Gestión de la ética», sobre lo que comentó el presidente Sanguinetti; «La ciudadanía no está conforme con el funcionamiento actual del sistema democrático», dijo don Felipe González. Además, se habló sobre ofertar valor a los demás.

En lo que tiene que ver con la libertad de expresión –el ser humano está detrás de todo– me pregunto si no falta espacio. Se vincula la democracia con el laicismo, y la religión con la institución: el catolicismo,

el islamismo. ¿No será que hoy está faltando, dentro de la libertad de expresión, un espacio para poder hablar sobre el ser humano, sobre la creatividad, sobre la relación del ser humano con Dios? ¿No será que está faltando promover ese espacio para poder escuchar al otro e, incluso, para hacer estudios? Porque hay una transformación social entre personas que realmente están dispuestas –como dijo el ex presidente Felipe González– a añadir valor. El que es egoísta no va a transferir valor, sino que lo va a guardar para sí; el que es egoísta no va a tomar la propuesta de don Slim de trabajar 3 o 4 días a la semana. ¿Subvencionaría el Estado y la empresa los otros días para la formación del empleado, para que encuentre un espacio en el que sea posible desarrollar el talento, el don de cada uno?

Manuel Palomar

Muchas gracias por tu intervención, que más que pregunta ha sido una pequeña reflexión.

Julio María Sanguinetti

Daremos una breve respuesta, porque ya estamos con el tiempo cumplido.

La libertad de prensa sigue siendo esencial; siempre fue la garantía de todos los demás derechos y sigue siéndolo. Creo que Brasil es un extraordinario ejemplo del valor de la libertad de prensa. Si hoy ha habido un terremoto político en Brasil a raíz de las revelaciones sobre enormes y lamentables episodios de corrupción es porque la prensa libre los ha denunciado, los ha documentado, ha abierto el debate, e incluso ha creado en la sociedad el espacio para que ella realmente adquiriera esa conciencia y la justicia pudiera actuar. Una vez más queda claro allí el enorme valor de la libertad de prensa.

A esto añado que todos los espacios de comunicación se han ampliado como nunca. Nunca ha habido mayores posibilidades de comunicación que hoy, con las redes sociales, con todos los mecanismos de comunicación entre los humanos, con todos los mecanismos de coordinación; nunca ha habido más espacio de difusión; nunca ha habido, incluso, más imposibilidad de monopolios a través de lo que son las redes transversales, que le han dado a los ciudadanos la mayor capacidad de expresarse.

Creo que esto es un gran valor, un activo para una democracia mucho más rica y mucho menos constreñida a las fórmulas de los partidos y, especialmente, de las corporaciones.

En nombre del Círculo de Montevideo quiero agradecer a todos, y también a los medios de prensa, que nos hayan acompañado en estas jornadas que finalizo con las siguientes palabras: confiar siempre en el valor del diálogo, en el valor de la conversación y en el valor de las ideas, porque más que nunca, una revolución científica, una revolución tecnológica precisa conducción, y las que conducen son las ideas.

Muchas gracias a todos.

16 - Discurso del Presidente Julio María Sanguinetti en el acto de investidura de su Doctorado Honoris Causa.

Señor Rector, Señores Miembros del Claustro, amigos todos:

Es una gran emoción, sin duda también una gran alegría, estar aquí en Alicante y en esta Universidad que representa una tan larga y centenaria tradición de esta tierra de hombres libres, legendario ámbito de emprendedores. En esta tierra, para bien en general y en ocasiones no tanto, se ha cultivado el espíritu individualista, henchido de un sentido de la libertad que se ha respirado siempre y sigue vivo.

Lo agradezco muy profundamente a todos y especialmente la “laudatio” que se me ha dedicado. Lo hago sintiéndolo como tributo y homenaje a la democracia y el pensamiento iberoamericano, a los ideales de la democracia, al principio supremo de la libertad. Aquí solo soy uno más en esa representación que aquí invisten con tanta altura algunos de nuestros colegas, como Ricardo Lagos, Belisario Betancur o Felipe González, soldados civiles de esta gloriosa causa.

Me habéis entregado recién un libro que reproduce en su portada el maravilloso cuadro de Rafael, la Escuela de Atenas. En él Platón levanta su dedo hacia arriba, mientras Aristóteles apunta a la tierra. Esa escena nos inspira a decir unas palabras y apuntar unas reflexiones sobre lo que es la esencia del pensamiento y la filosofía de la tolerancia, concebidas como corazón y alma de la democracia y de la convivencia pacífica.

Es un culto que ya no debíamos practicar luego de terminada la guerra fría y caídos los muros, cuando parecía que habíamos entrado ya en la paz kantiana. Hoy, sin embargo, hemos de seguir hablando de tolerancia como sustento de la libertad; tenemos que seguir hablando de la necesidad de la convivencia entre los humanos; seguimos convocados a luchar contra los dogmatismos.

Nuevamente brotan dogmatismos religiosos que están asolando el mundo, enfrentado civilizaciones que tendrían que estar dialogando y construyendo, esas mismas civilizaciones que un día convivieron, en esta España donde musulmanes, judíos y católicos pudieron traducir las grandes obras de los grandes sabios y vivir la posibilidad cierta de la convivencia. Sin embargo, en estos días estamos obligados a defender el espíritu



de la tolerancia, la idea “voltairiana” de la libertad, la concepción de Locke de los derechos individuales, aun la de Stuart Mill, que nos tienen que seguir inspirando para construir una sociedad en que se viva cabalmente el principio de que “a Dios lo que es de Dios y a César lo que es del César”.

A esos dogmatismos tampoco estamos ajenos en el mundo político porque también allí adolecemos de fundamentalismos. Se da incluso un fundamentalismo democrático, cuando nos salimos de la racionalidad crítica de Kant y nos dejamos llevar por el absolutismo platónico, que está allí representado en la imagen del cuadro comentado; cuando perdemos de vista el valor de la libertad individual de Locke y nos dejamos arrastrar por ese concepto de voluntad general arrasadora que tanto predicó Rousseau.

Esa tensión de ideas está detrás, aunque a veces no se entienda, de lo que son esos populismos que sufrimos en América Latina. Ese fundamentalismo democrático piensa que en nombre de una mayoría electoral se posee la capacidad ilimitada de ejercer todos los poderes en todos los terrenos. Se va más allá del respeto a la necesaria separación de poderes, incluso más allá del respeto a las minorías, porque la democracia no es solo el gobierno de las mayorías sino el del respeto de las minorías y de todas las libertades individuales.

Son fundamentalismos contra los cuales hoy tenemos que seguir reivindicando la libertad y la tolerancia, muy especialmente en los claustros de nuestras Universidades, porque es en el terreno de las ideas donde en definitiva se gestan los grandes movimientos.

Heinrich Heine les decía a los franceses hace ya más de dos siglos “no olviden el valor de las ideas, no olviden la importancia de las ideas porque en el silencio de un laboratorio académico puede imaginarse la destrucción de una civilización”, y bien que ha ocurrido cuando hay libros que inspiraron destrucciones de pueblos y civilizaciones.

Pero hay otros fundamentalismos. Venimos de dos siglos políticos y de un siglo último economicista y siendo la economía base y sustento de la organización social, puede transformarse en dogma. Hannah Arendt nos dice en la condición humana que hay solo dos ideologías que han pretendido explicarlo todo y asumir la clave de la historia. Ni aun ninguna de las religiones ha llegado a la concepción construida en nombre de la raza o en nombre de la economía; y bien que así ha ocurrido, cuando por un lado las estructuras marxistas ahogaron las libertades o por otro los excesos de un liberalismo mal entendido olvidaron las necesarias obligaciones de la solidaridad social y de la integración pacífica de las sociedades.

También nuestro mundo adolece del fundamentalismo de la ciencia, que es la que lo mueve. No es casualidad que en la evolución de la humanidad es la ciencia y su derivación tecnológica las que van marcando los tiempos históricos y definiendo cada etapa por el acceso al conocimiento.

Desde que nos pusimos de pie hace doscientos mil años, desde ese entonces, siempre, al final, quien ha alcanzado el mayor poder científico y la mayor capacidad tecnológica es el que ha predominado. Y digo poder porque, así como la ciencia es liberación, también puede ser destrucción y nunca debemos aceptar que ella se transforme en religión.

Es muy peligrosa la política cuando se hace religión, muy peligrosa también la religión cuando se transforma en poder político; muy peligrosa la ciencia, además, cuando trasciende el ámbito de sus exactitudes y desbordando sus posibilidades asume una actitud de omnipotencia. Porque la ciencia y la tecnología no son morales y la moral y la ética la deben imponer aquellos obligados a encausar la sociedad dentro de un Estado democrático.

Ha habido pensadores que sostuvieron que la política podía llegar a ser ciencia. Saint Simon decía que el avance científico y el avance tecnológico harían que las

decisiones del Estado serían científicas y estarían más allá de la voluntad humana. Bajo esa racionalidad desaparecerían la arbitrariedad, la ignorancia y las intrigas.

Pobre Saint Simon ... Olvidaba que esa ciencia y esa técnica iban a desarrollarse adentro de sociedades humanas, donde hay individualidades, donde hay principios, donde hay ética, donde hay sentimientos. Que difícil es a veces administrar sentimientos a los que solemos mirar desde lejos sin comprender que ellos están en la base de tantos excesos.

El más común de esos sentimientos ha sido el patriotismo. El patriotismo es un sentimiento puro: es el amor, el amor a aquella tierra de la cual uno se siente hijo. Como dice García Márquez en su novela célebre, en el momento que Aureliano Buendía se niega a mudarse porque “uno es de donde tiene a sus muertos”.

Ese es el sentimiento patriótico; su alma es fundamentalmente amor. No debe confundirse entonces con el nacionalismo, que se ubica en el ámbito de la política. Muchas veces es necesario, para defenderse, pero muy riesgoso cuando se desborda.

Es un sentimiento que se basa en la ajenidad, en la alteridad, en la mirada hacia el otro como diferente, y que exacerbado bien sabemos que ha estado en la base de tantas arbitrariedades, de tantas guerras, de tantos padecimientos. Hemos entonces de seguir defendiéndonos de la intolerancia y tratar de encausar esas fuerzas que desatan la ciencia, la tecnología, la economía y las pasiones nacionales. Todos pueden y deben ser encausados y esa es la inexcusable labor de un Estado democrático, asentado en la voluntad ciudadana pero con la capacidad de moderar esas fuerzas que puedan desbordarse y degenerar en enemigas de la libertad. Esa libertad que sustenta la democracia, porque el ideal democrático no es otro, que el de la sociedad tolerante, que acepta opiniones diversas; ese y no otro, es el alma misma, el espíritu de nuestro sistema.

Usted me ha inspirado, señor Rector, con esa escuela de Atenas del inefable Rafael y digamos entonces, para terminar, de como vemos a la democracia en la perspectiva de los tiempos.

La entendemos, desde la distancia de los siglos, cuando el estadista clásico nos decía que en los asuntos públicos “un respetuoso temor es el que nos impone aceptar el cambio de los sucesivos gobiernos y el respeto a aquellas leyes que se han dictado, especialmente para enfrentar injusticias. Amamos la belleza con sencillez y el conocimiento sin arrogancia. Hacemos de la riqueza una oportunidad para hacer y no un motivo de vanagloria. En Atenas, la pobreza no es vergüenza, sí lo es no hacer nada por superarla”.

Pericles, discurso fúnebre a los muertos de la Guerra del Peloponeso, año 431 antes de Cristo...

Muchas gracias

